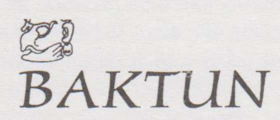
EL VAMPIRO

FROYLAN TURCIOS

FROYLAN TURCIOS

EL VAMPIRO



BAKTUN

Editorial

Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.
telefax: 232-1342
e+mail: baktun@gmx.net
internet: http://baktun.freeservers.com/
Ap. Post.: 1192, Tegucigalpa, D. C.

Duodécima edición, 2005, reproducida literalmente de la segunda edición hecha por el autor en París en 1930. Es propiedad.

Impreso por Litografía López, S. de R. L.
Tegucigalpa, M.D.C., Honduras, C. A.

A mi ESPERANZA BONILLA

ESTUDIO PRELIMINAR

Por Longino BECERRA

Nacimiento y Estudios

JOSÉ FROYLÁN DE JESÚS TURCIOS fue un excelente intelectual y un gran patriota. Nació en Juticalpa, Olancho, el 7 de julio de 1874 y murió en San José de Costa Rica el 19 de noviembre de 1943. Su padre, Froylán Turcios, era un hacendado que había hecho cierto capital exportando vacas hacia Cuba. Su madre, Trinidad Canelas de Turcios, una matrona de mucho aprecio en la ciudad de Juticalpa, procreó 12 hijos y murió, a la edad de 36 años, el 17 de enero de 1886. Este suceso le trajo mucha desgracia a la familia, pues el padre no pudo recuperarse de dicha pérdida y falleció cuatro años después, el 19 de septiembre de 1890, lo que produjo la ruina económica para aquellas distinguidas personas.

Froylán comienza sus estudios elementales en la escuela de la maestra María de Jesús Mejía y los termina en el establecimiento dirigido por el educador cubano Francisco de Paula Flores, al que Turcios recuerda con respeto. Desde su temprana infancia fue muy estudioso. A los nueve años de edad ya era un lector entusiasta de Julio Verne, Balzac, Dumas, Hugo y muchos otros autores. En la biblioteca de su padre, quien tenía también esa misma afición, encontró gran parte de los libros que siempre le entusiasmaron. Cuando agotó esta fuente bibliográfica, no tuvo dificultades en solicitar libros prestados a los amigos de su familia. Él cuenta esta anécdota: "un domingo iba distraído por una calle, y al pasar frente a los balcones de la casa del licenciado Pedro Rivera Bustillo me detuve, mirando, en el fondo de un cuarto, un armario-escritorio de cristales repleto de libros empastados. ¡Qué sorpresa! ¿Pero cómo pudo escaparse a mis búsquedas incesantes aquel magnífico tesoro? Mi corazón latió fuertemente". No soportando más la tentación, Froylán entró en la casa y le solicitó algunos libros a su propietario, quien, conociéndolo a él y a su familia, no vaciló en prestárselos.

A partir de 1885 inicia Turcios los estudios secundarios en distintos establecimientos de Tegucigalpa. Estuvo interno en el Colegio La Unión, dirigido por los maestros Antonio Alvarado, guatemalteco, y Fernando C. Quintanilla, salvadoreño. En 1888 prosigue estos estudios en el Instituto Nacional. Después de una breve interrupción, los continúa en el Instituto El Porvenir, que dirige el pedagogo guatemalteco Víctor Chavarría. Se retira de dicho plantel y, luego de pasar algún tiempo en

únicamente una correspondencia para *La Nación* de Buenos Aires. Su *Salutación a los poetas brasileros* y otras poesías de temas exóticos los escribió después en Tegucigalpa". No son, por ello, ciertas las historias, un tanto exageradas, que refieren varios autores sobre este viaje al Brasil de Turcios y Molina.

En 1911, durante la segunda Presidencia del general Manuel Bonilla, habiendo sido nombrado Ministro de Gobernación el entonces Vicepresidente de la República, Francisco Bertrand, éste lo llamó para que ocupara, por cuarta y última vez, el puesto de Subsecretario de dicha cartera. Después, en 1918, al renovarse por sorteo la mitad del Congreso, de acuerdo con la Constitución de 1894, que había sido restablecida bajo el gobierno de Miguel R. Dávila en 1908, Turcios salió electo diputado en representación de Intibucá por el partido de Bertrand, a quien ayudó en su política. Desde diciembre de 1929 hasta abril de 1933, es decir, durante todo el gobierno de Vicente Mejía Colindres, desempeñó el puesto de Encargado de Negocios en Francia. Este fue el último cargo oficial que desempeñó Turcios, pues al ser impuesta la dictadura ultraconservadora de Tiburcio Carías Andino (1933-1949) optó por establecerse en San José de Costa Rica, dedicándose por entero a la literatura y a la venta de libros. Murió allí el 19 de noviembre de 1943.

El patriota

En enero de 1924 estalló una de las tantas guerras civiles que azotaron a Honduras por más de cien años. La causa de la misma fue que, no habiendo obtenido mayoría absoluta ninguno de los tres candidatos que participaron en las elecciones de octubre de 1923 (dos liberales: Policarpo Bonilla y Juan Angel Arias; y un conservador: Tiburcio Carías Andino), el Congreso, dominado por los liberales, se negó a declarar electo a Carías, quien obtuvo el mayor número de sufragios. El propio Carías y los generales Gregorio Ferrera y Vicente Tosta se levantaron en armas y, después de varios combates victoriosos, sitiaron la capital el 14 de marzo de 1924. Con el pretexto de garantizar la vida de los ciudadanos estadounidenses con residencia en Tegucigalpa, el embajador de Estados Unidos en Honduras, Franklin Morales, hizo desembarcar el 19 de marzo 200 marinos fuertemente armados del buque *Milwaukee* surto en el Golfo de Fonseca.

El gobierno de Honduras, en manos del Consejo de Ministros por la muerte de Rafael López Gutiérrez el 10 de marzo, protestó airadamente contra este atropello. Fue entonces cuando Froylán Turcios dio muestras de su elevado patriotismo al promover el repudio popular contra el ejército extranjero de ocupación. El efecto que este acto produjo en su espíritu, puede verse al leer las siguientes palabras suyas, escritas años

después: "al día siguiente ingresó a la capital la tropa invasora, y, por primera vez, sentí, convertida en hecho, la afrenta con que se humillara a mi patria. Lancé una candente hoja suelta protestando de aquel incalificable abuso de la fuerza bruta".

Para animar al pueblo en su protesta contra la ocupación extranjera, Turcios comenzó a publicar diariamente, a partir del 21 de marzo, el "Boletín de la Defensa Nacional"; en el que, además de él, colaboraban numerosos intelectuales de indiscutible patriotismo, entre ellos Alfonso Guillén Zelaya, Visitación Padilla, Adán Canales, Saúl Zelaya Jiménez, Vicente Mejía Colindres y otros. La publicación era impresa en un número de cinco mil ejemplares y para financiarla se recurrió a la colecta pública. "Llegó una hora —escribe Turcios— en que me faltó dinero para pagar a los tipógrafos que trabajaban en el diario y promoví en él una suscripción para obtener esos fondos. La primera persona que se presentó, llevando su cuota de cinco pesos, fue la señora *Mercedes Garay* (tía del licenciado Constantino Garay), quien, al abrazarme, elogiando mi actitud, díjome que *si fuera rica habría puesto a mis órdenes toda su fortuna para contribuir eficazmente a expulsar a los marinos intrusos del territorio patrio*".

Cuando, años más tarde, Turcios hace una valoración de este trabajo, expresará las siguientes palabras: "nunca, en ningún momento histórico en los anales de los pueblos hispanoamericanos escarnecidos por el imperialismo yanqui, fue éste atacado con mayor audacia, con mayor desprecio de la vida, con mayor impetuosa energía, que como lo fue en el Boletín de la Defensa Nacional [. . .]. Debo añadir que las semanas mejor empleadas de mi existencia fueron aquellas en que, sin perder un minuto, sin medir los peligros y las conveniencias, con plena renuncia de mi vida trabajé intensamente, con el cerebro y el corazón —como nadie jamás lo hiciera— por la dignidad, por la gloria y por la soberanía de Honduras".

Como era de esperarse, esta campaña patriótica de Turcios no se llevó a cabo sin consecuencias desagradables y hasta peligrosas para él. Nombrado Presidente Provisional de la República Vicente Tosta, según los acuerdos a que se llegó con el intermediario norteamericano, Summer Welles, una patrulla fuertemente armada captura a Turcios y lo conduce a las celdas policiales. Se le acusaba de que en sus publicaciones, principalmente el "Boletín de la Defensa Nacional", favorecía la rebelión del Ministro de la Guerra, Gregorio Ferrera, quien, insatisfecho con la política de Tosta respecto a los acuerdos pacificadores, se alzó en armas el 31 de julio. Por gestiones del Ministro de México en Honduras, Pablo Campos Ortiz, quien le hizo ver a Tosta el desprestigio que le acarreaba la prisión de Turcios, éste fue puesto en libertad 48 horas después. Sin embargo, ante las amenazas que se proyectaban

Juticalpa, retorna al Instituto Nacional en 1893, del que pasa nuevamente al Instituto El Porvenir, ahora guiado por el maestro Esteban Guardiola. Como ya entonces el patrimonio familiar estaba casi en cero, con el objeto de proseguir su aprendizaje busca un empleo, encargándose de la correspondencia del abogado Pedro J. Bustillo, Ministro de Instrucción Pública, por un salario de treinta pesos al mes. En Tegucigalpa continúa sus lecturas afanosas, contando ahora con la posibilidad de comprar en las librerías capitalinas todas las obras que eran de su agrado. Es entonces, 1893, cuando comienza a publicar con asiduidad sus primeros versos y algunos cuentos breves, utilizando para ello las páginas de *El Diario de Honduras,* cuyos directores, Alberto Zúñiga y Juan María Cuéllar, le brindan apoyo con ese fin. Turcios, por tanto, no hizo estudios superiores y no existe seguridad de que haya concluido los secundarios.

Cargos oficiales

En 1894, al triunfar el movimiento liberal encabezado por Policarpo Bonilla (Presidente Electo de 1895 a 1899) Froylán Turcios recibe el nombramiento de corrector de pruebas en la Tipografía Nacional. Un año después, 1895, don Policarpo lo designa Secretario de la Legación que, encabezada por Terencio Sierra, representará a Honduras en las fiestas conmemorativas del triunfo de los ejércitos centroamericanos contra el filibustero William Walker, las que tendrían lugar en San José de Costa Rica. Terencio Sierra, Comandante de Armas en Amapala, rechazó el nombramiento de Turcios por considerarlo muy joven para desempeñarse en aquellas funciones. Sin embargo, por la firmeza que le demostró Turcios, termina aceptándolo, hecho que fue ratificado cuando el mozalbete lo saca de apuros al entregarle a última hora un discurso que le había escrito para el acto solemne.

En 1897, Policarpo Bonilla lo nombra Subsecretario de Gobernación, cargo que, como dice el mismo Turcios, desempeñó a nivel de Secretario de Estado "por la lenta y pertinaz dolencia del ministro, general Dionisio Gutiérrez". Posteriormente, en 1904, ya durante el gobierno de Manuel Bonilla (1903-1907), recibió el nombramiento de Ministro en propiedad de aquella cartera, con un sueldo de ciento veinticinco pesos mensuales. A mediados de 1906 viaja con Juan Ramón Molina a Río de Janeiro, pues ambos fueron nombrados Secretarios de la Delegación de Honduras a la Tercera Conferencia Panamericana. Sobre este viaje dio Turcios amplias informaciones con posterioridad, diciendo en cierta parte: "conservo mis remembranzas de aquellas capitales en un libro, inédito aún, sobre Rosas y el doctor Francia [. . .]. Fuera de esa labor, de mi cuento *Elysabeth,* y de un breve Diario que apareció en *El Tiempo,* no escribí nada en el Brasil. Molina

contra su vida, optó por asilarse en la Embajada mexicana, donde estuvo dos meses y medio.

Otra acción, esta vez relacionada con la defensa de la soberanía centroamericana, fue el apoyo que Froylán Turcios le brindó a Augusto César Sandino en su heroica lucha contra el ejército norteamericano que, una vez más, ocupó Nicaragua en diciembre de 1926. La acción fue llevada a cabo para respaldar al gobierno conservador de Adolfo Díaz, quien se enfrentaba a una guerra civil de los liberales bajo el mando del general José María Moncada. Con la ayuda del gobierno de México, donde la revolución de 1910 dejó ciertos sedimentos nacionalistas, los liberales lograron imponerse en los distintos campos de batalla y amenazar la capital. El Presidente de Estados Unidos, Coolidge, interesado en impedir la derrota de Adolfo Díaz, envió a Henry Stimson para imponer un arreglo a las partes contendientes. El negociador norteamericano demuestra gran habilidad y convence al general José María Moncada, el 4 de mayo de 1927, de que acepte un arreglo en el que liberales y conservadores recibirán cuotas importantes de poder, al margen, claro está, del pueblo.

Sandino, que ya había formado una columna independiente y luchaba por su cuenta desde noviembre de 1926, repudió los arreglos entre liberales, conservadores y tropas invasoras. Desde Jinotega les comunica a las autoridades departamentales del país, por medio de un telegrama fechado el 12 de mayo, su decisión de no aceptar el acuerdo y combatir hasta la muerte a los ocupantes extranjeros. El paso de Sandino transforma la guerra civil de los partidos tradicionales en una guerra patriótica, de liberación, contra el ejército norteamericano. El 16 de julio de 1927 ataca la ciudad de Ocotal, resguardada por soldados de la Marina de Guerra norteamericana, hecho que trascendió al mundo como una acción de legítima defensa.

Turcios conoció la gesta sandinista y, desde el primer momento, se puso al servicio de la misma para darla a conocer internacionalmente y ayudarla de distintas maneras, lo que condujo a que el propio Sandino lo nombrara su *Representante Personal en América Latina.* Así escribió Turcios al referirse al entusiasmo con que abrazó la causa nicaragüense: "durante los años 1927-1928 trabajé, en cuerpo y alma, en la magna empresa, acometida por un grupo de valientes, de arrojar de Nicaragua a la soldadesca yanqui que la infamaba esclavizándola [. . .]. Sin medir el peligro diario a que me exponía ante el poder público de Honduras, luché día y noche sin descanso, de palabra y de obra, en la tribuna y en la Revista Ariel, en pro del triunfo de aquel supremo ideal: la intensidad de mi acción llegó a su extremo límite: fuera de la activísima propaganda de mi revista y de mi continua correspondencia para los diarios extranjeros, escribí, de mi puño y letra, más de cuatro mil cartas a los

hombres prominentes de todos los países del mundo y a las instituciones de carácter cívico de que tuve noticia, haciendo conocer el proceso del movimiento libertario".

Pero, lamentablemente, hubo un desacuerdo político entre Sandino y Turcios, lo que determinará que éste se aparte de la causa que tan ardientemente había abrazado. En carta del 20 de noviembre de 1928, Sandino le informaba a Turcios un arreglo con las fuerzas políticas de oposición a fin de establecer un gobierno distinto al de José María Moncada, impuesto por los invasores en los comicios celebrados el 4 de dicho mes y año. El arreglo era con el *Partido Liberal Republicano,* el *Partido Laborista* y el *Grupo Solidario,* los cuales le dejarían la Presidencia a un sandinista (el Dr. Pedro J. Zepeda), aceptarían a Sandino como Generalísimo del nuevo Ejército y se distribuirían la Vicepresidencia, así como el Gabinete de Gobierno. Un ejército conjunto, formado en México, se encargaría de derrocar a Moncada e imponer el nuevo régimen. Sandino comisionaba a Turcios para que cumpliera diversas actividades en México a favor de este plan.

Turcios se entera del problema y le responde a Sandino, en carta del 17 de diciembre de 1928, lo siguiente: "el patricio, el prócer Sandino, mi amigo, mi hermano, por quien daría mi sangre, es el Héroe de los Héroes en la guerra de independencia que hoy asombra al mundo. Al Sandino caudillo de una guerra civil, en una miserable contienda fratricida, "no lo conozco" y nada tendría que ver con él. No estaré, pues, jamás, de acuerdo con la misión a México. Yo no debo cooperar a empequeñecer la homérica figura del "Libertador Sandino", como un nuevo Bolívar bajo el cielo de América". En contrapartida, Turcios le propone a Sandino un plan distinto de arreglo, contentivo de cuatro puntos: 1) que Moncada demande la salida de las tropas extranjeras; 2) que al cumplirse esta exigencia, Sandino deponga las armas y las deposite en Costa Rica; 3) que Moncada pondrá en vigencia la Constitución de la República; y 4) que el gobierno de Moncada le reconocerá a Sandino y a sus tropas todos sus derechos por medio de una amplia amnistía.

Sandino le ratifica a Turcios, en carta del 18 de diciembre, el pacto cuatripartito, por lo que éste le reitera, asimismo, en carta del 28, su posición anterior. "Si Ud. —le expresa— persiste en el plan que hoy me ratifica, nos separaremos como dos hermanos que no pudieron entenderse". Sandino, entonces, le envía una nueva carta el 7 de enero de 1929 con una respuesta brutalmente inusual. Dice así esta misiva en lo atañedero: "tengo el honor de comunicarle, que en esta fecha le ha sido aceptada dicha renuncia, quedándole a la vez prohibido negociar con los documentos del Ejército que tiene Ud. en su poder, y de los cuales dará la debida cuenta al comisionado que este Comando Gral. del

Ejército designe para ello [. . .]. Mientras tanto, no se desean comunicaciones de Ud. en nuestro campamento. Cuando miro casos como el de Ud. me viene el recuerdo de Diógenes el filósofo [. . .]. Se olvidó Ud. de que los muñecos están en los bazares, y que los que combaten en las Segovias tienen ideas propias". Tomando en cuenta estas palabras, Turcios escribió en su diario el 23 de febrero de 1934 al enterarse del asesinato perpetrado contra Sandino el 21 de ese mes: "si Sandino no hubiera sido tan ruin para conmigo con qué brillante y terrible cólera le vengaría mi pluma! Con el mismo o mayor ardor con que hice conocer al mundo su epopeya. Pero como no tengo nada de santo, como soy de carne y hueso, no puedo olvidar su ingratitud; y solamente mi pasión por la soberanía de Centro América y la forma infame y perversa con que fue ultimado me obligan a romper el silencio para condenar a sus verdugos".

El literato

Froylán Turcios fue un literato en el cabal sentido de la palabra. Nació y vivió para las letras. Como él mismo informa: "a los once años escribí mis primeros versos. A los doce empecé a darles publicidad". Es autor de numerosos libros, algunos publicados y otros desaparecidos. En 1922 el escritor mexicano, Juan de Dios Bojórquez, le hizo una entrevista interesante, circunstancia en la que le formuló esta pregunta: *"¿cuántos libros ha publicado?"*. A lo que Turcios respondió: "Ocho. Mariposas, Renglones, Hojas de Otoño, El Vampiro, Tierra Maternal, El Fantasma Blanco, Prosas Nuevas y Floresta Sonora". En sus *Memorias*, Turcios hace referencia a la época en que dio a la publicidad estas y otras obras, algunas de las cuales no han llegado hasta nosotros. Las fechas dadas por Turcios son las siguientes: *Mariposas,* 1895, obra que comprende los textos en verso y prosa escritos por el autor desde los 14 a los 17 años; *Renglones,* 1899-1903, el cual recoge los escritos que van desde los 17 a los 25 años; *Hojas de Otoño,* 1904, libro que Turcios considera como superior a los ensayos juveniles anteriores; *El Vampiro,* 1910; *el Fantasma Blanco,* 1911; *Prosas Nuevas,* 1914; *Floresta Sonora,* 1915 y *Tierra Maternal,* 1915. Además de estas obras, Turcios publicó en 1929, con la Editorial *Le livre libre,* de París, *Cuentos del amor y de la muerte,* 1929; *El Vampiro,* segunda edición, 1930; *Flores de Almendro,* 1931; y *Páginas de Ayer,* 1932.

Como puede verse, esta es una respetable producción literaria. Sin embargo, hay una buena cantidad de títulos anunciados por Turcios, no sólo en proceso de redacción, sino también listos ya para entrar en prensa. Algunas de estas obras son las que siguen: *Historia de Honduras* (2 tomos), *Presidentes de Honduras, Anecdotario Hondureño,*

Annabel Lee (novela), *Biografía de un amigo, Anecdotario centroamericano, Prosas Cívicas, Los dictadores Rosas y Francia,* y *Luces de todos los horizontes.* ¿Qué pasó con estos libros? Parece que el autor decidió quemarlos en un determinado momento de su vida, salvo las *Memorias,* que escaparon de ese acto y fueron dadas a la estampa muchos años después de su muerte [Primera Edición,1980, Editorial Universitaria, Tegucigalpa, Honduras]. Dos pudieron ser las causas de tal conducta: i) la insatisfacción de Turcios durante los últimos años de su existencia con la calidad de dichos libros, pues, la mayoría eran trabajos de juventud; y ii) la decepción que le generó el no poder publicarlos en grandes tiradas y ediciones de lujo, como era su deseo. Así lo anuncia él mismo en sus *Memorias,* concluidas el 10 de octubre de 1934: "Fuera de mis Memorias, que deben publicarse en la forma que sea posible, estoy resuelto a quemarlos antes de permitir que se impriman en ediciones sórdidas y vulgares. Son obras nacionales de notoria importancia colectiva y de verdadera valía. Obras —¿Por qué no decirlo, prescindiendo de ridículas modestias?— útiles y bellas. Y cualquier Gobierno de mi patria, sea nacionalista o liberal, tiene el deber de publicarlas con ediciones empastadas, elegantes y duraderas, en Europa o en los Estados Unidos, y en un número que no baje de veinte mil ejemplares cada una. Si así no se hace, y mi adversa suerte me impide editarlos en esa forma *—empeño mi palabra de honor de quemar esos libros".* Aunque estas palabras son categóricas, yo me inclino a creer que más bien fue la inconformidad con las obras escritas la que llevó a Turcios a destruirlas. Respecto a la posible pérdida de los originales, no creo que esto haya ocurrido porque en ninguna otra cosa, incluso menos importante, se aprecia descuido de su parte o de su familia.

Entre las obras desaparecidas se encuentra la novela *Annabel Lee,* escrita entre 1904 y 1905, es decir, a los treinta años de edad. Se trata de una obra que describe los amores de Froylán con una muchacha de Tegucigalpa, a la que él, como lo hacía con casi todas sus amigas, le puso ese nombre poético. En el viaje que, con Juan Ramón Molina, hizo a América del Sur y Europa durante1906, Turcios llevó el manuscrito a fin de que su gran amigo le escribiera un prólogo, lo que cumplió Molina a cabalidad encerrado en un cuarto de hotel de París. Turcios cuenta lo siguiente sobre el particular: "con el pretexto de que deseaba vivir entre gente que hablara español, Molina se trasladó, poco después de nuestra llegada, del suntuoso *Terminus* al *Hotel América,* tienda de mala muerte ubicada en la Rue Lafayette. Llevóse en su baúl el manuscrito de mi novela Annabel Lee, para la que deseaba escribir un prefacio [. . .]. Tres semanas duró su tarea, corrigiendo, copiando una y cinco veces, limando su recia y melódica prosa con tenaz perseverancia. Pudiera decir muy bien que Juan Ramón apenas conoció París. Ni en museos,

ni en teatros, ni en bibliotecas puso nunca los pies. Ni siquiera en uno de esos alegres cabarets de Montmatre, centro tácito de los viajeros hispanoamericanos".

Este prólogo fue publicado durante 1948 en un libro de prosas de Molina que formó parte de la colección *Clásicos del Istmo* patrocinada por el gobierno de Juan José Arévalo en Guatemala. Se conoce, pues, lo que escribió Molina sobre *Annabel Lee,* pero no la novela misma. Por el texto del prólogo puede afirmarse que la obra trata de un idilio muy intenso, en el que el artista —Froylán Turcios— hizo derroche de una enorme capacidad creadora. Léanse, si no, estas palabras de Molina: "es en París, en un cuarto de hotel, mientras la gran cosmópolis ilumina feéricamente sus calles, realzadas por los simulacros de los héroes del pensamiento y de la acción, donde trazo el prólogo de este idilio de amor. De amor y de dolor. Si comprimís el libro en vuestras manos, en una hora de meditaciones, quizás tomaría la forma de un corazón, tan enorme cantidad de ternura y de amargura hay en sus páginas". Lamentablemente, como he dicho en otra parte, el libro de Turcios, quien se refiere varias veces a él en sus *Memorias,* desapareció sin dejar rastro, por lo que, para hacernos una leve idea del mismo, sólo tenemos el recurso de leer el prólogo solitario de Molina.

Por otra parte, es muy importante destacar la intensa actividad desplegada por Turcios al frente de numerosas publicaciones periódicas, muchas de las cuales fueron fundadas por él con diversos fines. En 1893, por ejemplo, cuando estudiaba en el colegio *El Porvenir,* su director, el maestro Esteban Guardiola, hombre de gran cultura y de notable sensibilidad pedagógica, fundó una sociedad literaria con los mejores estudiantes del plantel. Turcios fue electo Presidente de dicha organización, la que, por sugerencia del mismo Guardiola, creó el semanario *El Porvenir* con el propósito de canalizar las inquietudes literarias que se dieran entre los estudiantes, órgano dirigido también por Froylán. En uno de los tantos encuentros de dicha entidad fue acordado que Turcios se abocara al entonces Ministro de Gobernación, el general Domingo Vásquez, a fin de solicitarle una orden para que el semanario antes aludido se imprimiera gratuitamente en la Tipografía Nacional, gestión que fue resuelta en forma positiva, gracias a la habilidad con que el mozalbete supo llegarle al ínclito espadón. Por desgracia, como el mismo Turcios informa, la guerra que los liberales, bajo las órdenes de Policarpo Bonilla, le hicieron a Domingo Vásquez, entonces ya electo Presidente de Honduras (1893-1894), acabó con aquellos esfuerzos literarios del maestro Esteban Guardiola.

Además de la anterior publicación, Turcios fundó *El Heraldo, La Revista, El Ferrocarril, Revista Nueva, Boletín de la Revolución, El Tiempo, Revista Letras Nacionales, Esfinge, Revista Hispano-América,*

Boletín de la Defensa Nacional, Revista Ariel y *Revista Acción Cívica.* También fue director por varios años del diario *El Nuevo Tiempo,* semioficial, y de la revista *El Ateneo de Honduras.* De todas estas publicaciones, que sin duda alguna le consumieron enormes energías a Turcios, la que más huella dejó en los medios culturales hondureños y centroamericanos fue la revista *Esfinge,* publicada a partir de 1912. Acerca de la misma escribió Medardo Mejía en su ensayo "Froylán Turcios", de 1957: "La revista *Esfinge* de sus primeros años, no era una revista, era una joya; y no era una mercancía, era un regalo. Cuanto llegó a saberse del arte y de las letras en la Honduras de aquel tiempo, fue por *Esfinge.* Y cuanto llegó a alcanzarse como cultivo estético entre los hondureños, fue por Turcios". Los grandes escritores de la época, según informa el propio Froylán, elogiaron esta publicación, ya en cartas a su director o en comentarios de prensa. Turcios dice: "fundé a mi vez el quincenario antológico Esfinge *—el mayor esfuerzo hecho en Hispano América para presentar las más brillantes páginas de los grandes poetas y escritores de todos los tiempos—* según José Enrique Rodó; *la mejor antología castellana—* según Rubén Darío; *la antología más completa y brillante de las letras universales—* según Ramón del Valle-Inclán".

El Vampiro

Por tanto, el escrito más amplio que nos queda de Turcios dentro del género de la novela es *El Vampiro.* Se trata de una obra de 140 páginas, más o menos, en el formato *dieciséis,* tan común entre nosotros. Turcios comenzó a escribirla en Guatemala, lugar donde vivió dos años: de 1908 a1909; pero, como él mismo informa, el libro fue concluido en Tegucigalpa, habiéndose hecho la primera edición en octubre de 1910. Así escribe el autor: "terminé *El Vampiro* en enero de 1910, logrando su edición en octubre. Con su producto partí para Managua a fines de ese mes". Este viaje lo hizo Turcios para incorporarse a las fuerzas militares que organizaba en Nicaragua el general Antonio Monterroso por órdenes de Manuel Bonilla para derrocar al Presidente Miguel R. Dávila. Turcios intervino, con el grado de coronel, en lo que se llamó el *Ejército de Oriente,* al mando de Monterroso. Su puesto era de Secretario del Comandante en Jefe y encargado de redactar el *Boletín de la Revolución.* El movimiento de Manuel Bonilla logró el propósito de derrocar a Dávila, gracias al apoyo que personalmente logró de Estados Unidos. En este gobierno Turcios fue director del diario semioficial *El Nuevo Tiempo.*

1. El contenido de la novela. La obra tiene como tema central el amor de dos primos, Rogerio de Mendoza, quien frisaba en los catorce años, y Luz de Mendoza, con quince. Ambos residen en compañía de la madre de Rogerio, Francisca Marroquín, viuda, además de varios

criados, algunos de ellos muy antiguos, como Genaro. El grupo ocupa una casona de porte señorial ubicada en uno de los barrios aristocráticos de Antigua Guatemala. Los jóvenes llevan una vida muy conservadora en aquella mansión: estudian música y literatura con una maestra privada, de nacionalidad alemana; leen libros de variados asuntos; pasean por los jardines; se dicen palabras tiernas, en las que no faltan los juramentos de amor eterno, pero no se besan como todos los enamorados. Sólo al final de la novela hay un episodio en el que sí ocurre ese hecho de modo ardiente, símbolo de que ese era su último encuentro en la vida.

La existencia de los dos jóvenes es, pues, tranquila y pudo transcurrir sin problemas hasta alcanzar la mayoría de edad que, en un determinado momento, ambos fijaron para contraer matrimonio. Sin embargo, en la novela interviene un factor trágico que acaba con aquella dicha. Resulta que a la familia Mendoza la persiguen hados maléficos, herencia del abuelo paterno, Humberto de Mendoza, un trotamundos, calavera y homicida. Este, al enviudar muy joven, vino a enamorarse perdidamente de Leonor Moreira, una quinceañera residente en Antigua; pero la damita, por uno de esos imprevistos del amor, contrajo matrimonio con el abogado Santiesteban. Sin embargo, Humberto, el abuelo de Rogerio, no era para quedarse con los brazos cruzados: el mismo día de la boda, con un grupo de amigos bien armados, secuestró a Leonor y se la llevó para Asia, hasta donde los administradores de sus haciendas le enviaban las ganancias para que las disfrutara.

Dos años después llegó clandestinamente a la casona de Antigua y, por razones desconocidas, tuvo un altercado con Leonor. El jardinero, Genaro, quien era el custodio permanente de la mansión, escuchó aquella disputa desde el pasillo y, para sorpresa de él, hubo de reconocer la voz de su patrón, así como el de una dama que sollozaba y que, en un determinado momento, dio un grito desgarrador, como si hubiese sido apuñalada. Al amanecer, Genaro encontró la habitación como siempre: la puerta sin abrir y ni señales de su amo. Un año más tarde de este hecho, el mismo sirviente, quien cierta noche de luna se quedó dormido sobre una de las banquetas del jardín, vio llegar a su patrón y a Santiesteban con dos padrinos cada uno para batirse en duelo por el secuestro de Leonor. Los hombres lucharon fieramente hasta matarse con las espadas. Comprobado esto, los padrinos de ambos hicieron dos sepulturas en el jardín y los enterraron. Genaro contempló, lleno de miedo, este nuevo episodio detrás de unos arbustos y guardó el secreto de ambas acciones durante toda la vida, pero, al cumplir Rogerio los quince años, decidió hacerle saber uno y otro acontecimiento. Por su parte, el hijo de don Humberto, Luis de Mendoza, padre de Rogerio, hizo circular la noticia de que a su progenitor lo había devorado

un león en Asia. Para ello envió una carta desde España, donde estudiaba.

Como la alcoba del abuelo Humberto fue escenario también de otros sucesos violatorios de los mandamientos cristianos, en dicho cuarto se asentaron algunos espíritus demoníacos, por lo que nadie podía entrar allí sin que a la familia le ocurriera alguna desgracia. Esto lo supo Humberto y, a causa de ello, al hacer su testamento con sobrada anticipación, dejó establecido que aquel cuarto permaneciera siempre con llave y que la casona de la Antigua no se vendiera jamás. Cierta vez que su hijo, Luis de Mendoza, padre de Rogerio, desoyendo los ruegos de doña Francisca, su consorte, entró en la recámara perdió el juicio y murió días después. Algunos de aquellos espíritus infernales asentados en la alcoba de Humberto encarnaban en personas conocidas, como el padre Félix Aguilar, quien, haciendo un mal uso de la religión, tenía dominada a doña Francisca. Sin embargo, Rogerio descubrió el origen satánico de este hombre por su figura asquerosa y por intentar poseer a Luz durante una confesión. A causa de esto, después de propinarle una buena azotaina, el muchacho lo corrió de la casa.

A Rogerio, pues, que había crecido viendo el cuarto del abuelo siempre cerrado, le vino un día la ardiente curiosidad de entrar en el mismo, para lo que le solicita la llave a su madre. Ésta le hace saber el peligro de tal atrevimiento y, con el fin de disuadirlo, le informa lo ocurrido a su progenitor. Sin embargo, Rogerio mantiene la demanda, aunque, por consideración a su madre, hubo de aplazar el proyecto para más adelante. Una noche, cerca ya de las doce, pues doña Francisca le había dicho que a esa hora las consecuencias serían menos graves, entró en la habitación alumbrándose con una linterna. Al principio sólo vio objetos personales de su abuelo, llenos de telarañas y cubiertos de polvo, además de sentir una fuerte pestilencia cadavérica.

Decepcionado por no descubrir algo más asombroso, comienza a retirarse, pero en ese momento su perro, *Bravonel,* entra vertiginosamente en la recámara y, atraído por la pestilencia, se pone a rascar sobre un cortinón de damasco que colgaba de una de las paredes. Rogerio hace a un lado dicha tela y halla una puerta que conduce a otra recámara. Lleno de curiosidad pero también de temor, entra en ese otro cuarto. Frente a él aparece un lecho matrimonial antiguo, de color negro, sobre el que había unas sábanas amarillentas manchadas de sangre; en el espaldar de la cama yace un vestido de mujer con iguales sombras oscuras, y en el piso hay un zapato femenino y una peineta de estilo antiguo. La intensificación del hedor en un rincón del cuarto lo lleva a descubrir un agujero que alguien escarbó en otra época y que no pudo tapar por completo. Introduce la mano y extrae una calavera, la que, al caérsele de las manos, da varias vueltas sobre la alfombra polvorienta.

En ese instante un gigantesco vampiro sale del hueco y lo ataca con furia, dando unos chillidos infernales. Rogerio se defiende como puede, pero, al caérsele la linterna y quedar a oscuras, aquella alimaña, en quien Rogerio identifica al padre Félix, lo hiere en el cuello. Sin embargo, aun así el muchacho logra atraparlo y le retuerce la cabeza brutalmente con las manos; luego, sintiendo cerca de él a su perro, que no lo ha abandonado en aquel apuro, le toca el hocico en la oscuridad y le pone dentro de él al murciélago para que lo acabe de triturar. Tambaleándose, abandona la estancia y, ya en su cuarto, cae sin conocimiento. Así estuvo por muchas horas, víctima de terribles alucinaciones. Sin embargo, unos redobles de campana escuchados muy a lo lejos, no obstante venir de cerca, lo despiertan y entonces oye que alguien próximo a su cama dice esta frase: "ya llevan a enterrar al padre Félix; anoche, a las doce, murió estrangulado". Aquellas palabras le traen el recuerdo de lo sucedido en la habitación de su abuelo y, apresuradamente, se viste para ir en busca de Luz, a quien encuentra tendida sobre un lecho mortuorio, cubierta de flores. En el cuello blanco de la muchacha era visible una herida. "¡Luz"!, grita Rogerio, y, una vez más, cae al suelo sin conocimiento.

2. La estructura de la obra. El Vampiro no tiene propiamente capítulos, como las novelas clásicas, que llevan el relato de una manera continua hasta el final. Más bien lo que encontramos en esta obra son escenas cortas, sin título, aunque separadas por números romanos (64 en total) referentes a la vida de los dos personajes centrales, así como de otros que también intervienen en la historia. Las escenas se presentan como recuerdos autobiográficos; por eso están escritas en primera persona, y muy pocas de ellas son continuación unas de otras. A causa de lo anterior, la novela no tiene un tiempo definido, sino solamente un espacio definido, lo que le da una gran agilidad y hace de Froylán Turcios un indiscutible precursor de las técnicas modernas del relato.

Según el análisis estructuralista, toda novela que verdaderamente lo sea ofrece dos campos de captación al lector: uno *horizontal,* es decir, la historia que se cuenta, la que aparece fragmentada en las partes o capítulos, de modo que sólo es conocida completamente al terminarse la lectura; y el otro *vertical,* es decir, los planos completos que presenta el autor dentro del desarrollo del relato, los que, como historias anexas, tienen sentido por sí mismas. Turcios, sin conocer esta teoría moderna del estructuralismo, aplicó de manera maestra dicho método. En *El Vampiro* tenemos la historia central de la novela, es decir, los amores apasionados, aunque platónicos, de Rogerio y Luz, pero, al mismo tiempo, se dan dos situaciones distintas al relato principal: i) la historia del abuelo Humberto, y ii) las reflexiones que aporta el autor a lo largo

de todo el texto sobre diversos temas como preocupación teórica de la obra: la religión, los celos, el baile, la mujer, la muerte, la vida, el más allá, el progreso, la poesía, los poetas, etc. Tanto las historias anexas como las reflexiones teóricas tienen un sentido completo y representan la intención intelectual del autor, el que, para manifestarlas, utiliza el relato de los amores entre Rogerio y Luz como un cañamazo, es decir, un fondo que le proporciona el marco adecuado. En realidad, puede afirmarse que la intención de Turcios al escribir este libro no era relatar unos amores inocentes, sino expresar algunas opiniones de carácter intelectual como las que aparecen aquí y allá en el libro.

3. El estilo de la novela. Turcios emplea, de preferencia, en esta obra un estilo *periódico,* es decir, no *cortado.* La característica de dicho estilo es el empleo de frases largas, con varios *complementos de sujeto* y varios *complementos de predicado* simultáneamente, ya sea en grandes párrafos o en párrafos breves. Al contrario, el *estilo cortado* se diferencia por el uso de frases de poca extensión, con exiguos elementos entre el sujeto y el predicado. Un ejemplo típico del *estilo periódico* que emplea Turcios en *El Vampiro,* es el siguiente: "de mis nobles antepasados, ninguno tan interesante como ese trágico Humberto, altivo y galán, héroe por el porte y por el alma, ingenioso y generoso como surgido de la más pura cepa de los bravos hidalgos castellanos. Espíritu inquieto y audaz, acometió empresas magnas, dignas de perpetuarse sobre la sagrada frialdad de los mármoles y de difundirse al son de la lira por todos los ámbitos del mundo. Insolente camorrista, enamorado tenaz de todos los lindos ojos que encontraba a su paso, desenvainó la espada en cien lances de amor y de honor. Su pecho, vigoroso como el de un atleta griego, ostentaba gran número de cicatrices, y había precipitado en la tumba a más de una docena de valientes". Por supuesto, en la redacción general del libro también se encuentran muchos ejemplos de *estilo cortado,* pero lo que predomina en la obra es esta prosa abundante, caracterizada más por el derroche de elementos que por la economía de los mismos.

Es también muy característico en *El Vampiro* el empleo frecuente de los recursos poéticos, sobre todo al hacer descripciones de personas o de ambientes. No olvidemos que Turcios fue un poeta y que, aun cuando escribiera en prosa, los ritmos, las imágenes y los términos propios de la actividad lírica, se le salían con gran facilidad. Para el caso, hablando de Luz, la novia de Rogerio, éste la pinta así: "estaba peregrinamente seductora con su ligero traje blanco y la cabellera de tinieblas partida en dos bandas sobre la cándida camelia de la frente". En otra parte, el mismo personaje habla de su novia de esta manera: "Luz llenaba de flores los grandes vasos de plata de los salones y del comedor. Juntos recorríamos en las claras mañanas la parte del jardín

antiguo cultivado por Genaro; y en su falda azul caían las rosas, los geranios y los claveles. Ella conocía el secreto de armonizar mágicamente los colores y tejía ramilletes delicados que se deshojaban en el oratorio. ¡La recuerdo tan blanca, tan fresca y tan pura, con su ligero traje de lino, en el cuello una cintita verde y sobre el corazón un ramo de violetas!".

La irresistible *poeticidad* de Turcios se nota, asimismo, en la adjetivación empleada por él en este libro, la que no sólo es frondosa, sino también extraída de un repertorio básicamente lírico. Por ejemplo, al describir la casona de los Mendoza, Turcios dice: "exornaban su exterior imponente exóticas gárgolas extravagantes sobre la bordadura rústica de la cornisa; y el ancho zaguán era, en verdad, suntuoso, con sus gruesas pilastras de granito gris, coronadas de símbolos quiméricos, de sombrías imágenes eclesiásticas y de viejos escudos cubiertos de coronas y puñales. La venerable puerta metálica, de una sola hoja, resonaba, al abrirse, como una inválida campana. Sobre la cerradura amarillenta una lustrosa bola de bronce servía de llamador". Al hacer el retrato de Genaro, el sirviente más antiguo de la casa, Turcios se expresa de este modo: "era un viejecillo seco, de color de aceituna, con una pipa de barro en la boca, el rostro lleno de pecas y de arrugas y los claros ojuelos brillando bondadosamente bajo un áspero bosque de cejas blanquecinas. La testa, cubierta de cadejos blancos, tenía una forma anormal, casi oblonga; y las manos, de largos dedos nudosos, no se estaban quietas jamás". Repárese cómo Turcios emplea el adjetivo en doble aposición (antes y después del nombre), así: "exóticas gárgolas extravagantes", "sombrías imágenes eclesiásticas", "venerable puerta metálica", "largos dedos nudosos", etc. Elemento de esta prosa poética es también el uso de los pronombres en forma enclítica, es decir, pospuestos al verbo, lo que, como se sabe, constituye un recurso lírico muy común. Así leemos en *El Vampiro* frases como éstas: "amábala sobre todas las cosas", "prohibióme salir de mi habitación", "púsolo bajo la ubre repleta", "levantéme, al día siguiente, con el alba", "encontrábamonos reunidos en la gran sala", "grabóse eternamente, con sello imborrable, sobre las conciencias", "considerábame bueno y generoso", etc., etc.

Debe agregarse, además, como parte del estudio estilístico de *El Vampiro,* que Froylán no hace este relato amoroso de una manera clara, inconfundible, sino que le introduce numerosos contenidos de misterio y de intriga. El lector es puesto ante situaciones aparentemente sobrenaturales, en las que los personajes no actúan por sí mismos, sino sujetos a fuerzas extrahumanas. Sin embargo, todo esto es puro recurso literario, para provocar estados anímicos ansiosos en los lectores, pues el escritor va dejando aquí y allá los elementos necesarios para tener una explicación racional de los hechos atribuidos a espíritus maléficos. En

varias partes del libro se insinúa, por ejemplo, que los personajes están dominados por un pensamiento mágico, es decir, que interpretan los hechos simples como manifestaciones de poderes extraños, tal lo que ocurre con Genaro, quien en todo ve fantasmas, duendes y espíritus, lo mismo que doña Francisca, madre de Rogerio, la cual tiene la calavera de su marido, Luis de Mendoza, en la alcoba para rezar en presencia de ella. La lógica nos dice que el misterio con que los personajes de la novela ven los hechos de la casona antigüeña no es otra cosa que un recurso para ocultar ante la opinión vecina los crímenes del abuelo. Atribuirle todo al Diablo es precisamente la mejor manera de ser Diablo.

4. La escuela de la obra. Es indudable que este libro de Froylán Turcios se inscribe en la escuela del *romanticismo literario.* La enorme carga subjetiva [emociones, sentimientos, lirismo, etc.] que se percibe en él lo sitúan, indiscutiblemente, en dicha tendencia. Por otra parte, los libros que cita como lecturas habituales de los personajes participantes en la novela, libros que son los mismos que el propio Turcios leía, confirman este aspecto de la obra. Él mismo, cuando habla de sus inclinaciones literarias de juventud, se define como un romántico. "Mi vocación literaria —escribió a los 60 años de edad— afirmábase cada día. Mis cuadernos estaban llenos de cálidas églogas, de rimas sonoras y prosas de músicas extrañas. La vida de los campos contribuyó a que se multiplicaran mis quimeras, encendiendo argentinas estrellas en mi cielo romántico".

El *romanticismo* es un movimiento literario que surge en Europa a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Se inspira en la lucha contra el abuso de las reglas que impusieron los *neoclásicos,* quienes habían hecho de la literatura una actividad fría, sin el vuelo libre del espíritu, porque todo lo enmarcaban en normas inviolables. Además, los neoclásicos adoptaron el mundo de los griegos y los romanos como paradigma de sus creaciones. Los *románticos,* en cambio, reivindicaban el retorno a lo nacional: la vida de cada país, la historia, el paisaje, los sueños y las esperanzas, etc. Es importante decir, por otra parte, que el *romanticismo,* al rechazar cualquier imposición en el mundo creativo, también rechazaba todo abuso en el mundo político; de ahí que los autores románticos fueran contrarios al retorno del absolutismo derribado por la revolución burguesa en la mayor parte de los países de Europa. A causa de tales hechos, al *romanticismo* se le ha definido como un movimiento revolucionario, no sólo en la literatura, sino también en la política. Entre los más brillantes escritores de esta escuela están: Goethe (1749-1845), Schiller (1759-1805), Novalis (1772-1801), Wordsworh (1770-1850), Byron (1788-1824), Shelley (1792-1822), Walter Scott (1771-1832), Lamartine (1790-1869), Víctor Hugo (1802-1885), Musset (1810-1857), Larra (1809-1837), Espronceda (1808-1842),

Bécquer (1836-1870) y muchos más.

Pero Turcios no fue un romántico en el concepto de mayor subjetividad propio de dicha escuela. El romanticismo de Turcios es más objetivo; trabaja con un número mayor de elementos de la *realidad exterior* que de la *realidad interior.* Por ello el romanticismo de Turcios resulta vigoroso, induce más a la protesta que al llanto. En Turcios los temas sentimentales no son tratados por sí mismos, es decir, no constituyen la razón de ser del trabajo literario. Para Turcios esos temas solamente representan un motivo que le permite expresar opiniones respecto a los conflictos del hombre frente al mundo. Hay, pues, en las obras de Turcios una carga intelectual de mayor peso que la existente en las obras de un Musset o un Bécquer. Estos y otros autores enfatizan el factor emocional; sus palabras, extraídas del corazón, van también al corazón; por ello resultan dulces y tiernos en lo que escriben, pero nada más. Turcios, en cambio, si bien extrae sus palabras del corazón, primero las hace pasar por el cerebro antes de comunicarlas, lo que determina que su discurso se equilibre entre el sentimiento y el pensamiento. Es claro que mucho del ingrediente intelectual propuesto por él como apoyo del relato romántico pertenece a una época ya pasada y forma parte de una filosofía rural hace tiempo vencida. De ahí que, al conocer ahora ese ingrediente, percibamos lo que tiene de inválido, aunque no dejemos de reconocerlo como testimonio legítimo de una forma anterior de pensar. Leer, pues, a Turcios como romántico, es algo más que hundirse en un océano de lágrimas: es oír también una voz que incita a la reflexión seria frente al mundo y la vida.

Nací en La Antigua, cuando la mágica Ciudad del Recuerdo conservaba, mejor que ahora, su recóndito prestigio legendario. Pasé mi infancia en una gran casa tétrica y secular, situada cerca de la ruinosa parroquia de San Sebastián. Era una cómoda vivienda de la última época de la Colonia, que mi padre, don Luis de Mendoza, heredó de un abuelo aventurero. Exornaban su exterior imponente exóticas gárgolas extravagantes sobre la bordadura rústica de la cornisa; y el ancho zaguán era, en verdad, suntuoso, con sus gruesas pilastras de granito gris, coronadas de símbolos quiméricos, de sombrías imágenes eclesiásticas y de viejos escudos cubiertos de coronas y puñales. La venerable puerta metálica, de una sola hoja, resonaba, al abrirse, como una inválida campana. Sobre la cerradura amarillenta una lustrosa bola de bronce servía de llamador. A la izquierda de este portón señorial, doce enormes balcones de negro hierro mostraban aparatosamente sus complicados dibujos, sus óvalos y rosetones y sus irregulares líneas de lanzas que terminaban en un extenso abanico, simulando la cola abierta de un pavo real. En el interior el pesado edificio extendíase ampliamente con sus largos corredores, sus altas estancias y sus dos salones abovedados. Las alfombras y tapices, los

cortinajes, los espejos y los cuadros, las sillas, las mesas, los extraños candelabros de plata, todo lo que constituye el adorno de una residencia de preclaras estirpes era de una singular magnificencia, pero de una época muerta. Mi abuelo Humberto de Mendoza, en sus eternas correrías de Europa y Asia, recogió mil cosas raras que depositó en su casa de La Antigua como en un íntimo museo.

De mis nobles antepasados, ninguno tan interesante como ese trágico Humberto, altivo y galán, héroe por el porte y por el alma, ingenioso y generoso como surgido de la más pura cepa de los bravos hidalgos castellanos. Espíritu inquieto y audaz, acometió empresas magnas, dignas de perpetuarse sobre la sagrada frialdad de los mármoles y de difundirse al son de la lira por todos los ámbitos del mundo. Insolente camorrista, enamorado tenaz de todos los lindos ojos que encontraba a su paso, desenvainó la espada en cien lances de amor y de honor. Su pecho, vigoroso como el de un atleta griego, ostentaba gran número de cicatrices, y había precipitado en la tumba a más de una docena de valientes. Insigne tañedor de vihuela, conquistaba los corazones de las muchachas románticas, entonando en la medianoche, bajo sus rejas, tiernas coplas andaluzas y melancólicos fados portugueses.

Era un verdadero caballero de capa y espada, de sombrero de plumas y espolines de plata; y murió en pleno vigor vital, en una tremenda cacería de leones en el Indostán. Suyo era el retrato de cuerpo entero que, dentro de su magnífico marco de oro, cubría uno de los lienzos extremos del primer salón. En los ingenuos tiempos de mi niñez quedábame en éxtasis, admirando aquel joven arrogante, que tenía en los cabellos y en los ojos una negrura alucinadora. El fino bigote sobre el labio rojo y carnoso, el mórbido mentón irregular, la frente amplia y serena, el aire altanero e imperativo mezclado con cierto felino encanto, con cierta lánguida gracia de mujer, hacían de él un personaje inolvidable.

Fué aquel gallardo mancebo la más violenta obsesión de mis primeros sueños. Amábale y temíale a la vez; y, en más de una ocasión, al mirarle fijamente, parecióme que iba a saltar de su marco amarillo para tirarme del pelo, encolerizado, o para estrecharme familiarmente contra su brillante jubón de terciopelo azul.

II

Un vasto jardín, circuído por un alto muro de piedra, rodeaba la casa por el sur. Arboles centenarios de rumorosa fronda extendíanse de un extremo a otro, y sombreaban eternamente aquel lugar, dándole un aspecto tristón de cementerio de aldea. Tupidos rosales y gran variedad de arbustos y plantas florecían en las primaveras, y rectas columnas de plátanos, de perales y durazneros, de eucaliptos y de cipreses, alineábanse junto a las paredes como inmóviles centinelas. Hacia un ámbito obscuro, entre un compacto grupo de pinos, surgía la caseta del viejo Genaro, que fué el criado de confianza de mi padre y que hacía ahora el oficio de jardinero. Vegetaba allí con su perro *Bravonel*. Pasábase el tiempo cultivando la tierra negra y fecunda, armado de una barra, de una pala y de un azadón. Era un viejecillo seco, de color de aceituna, con una pipa de barro en la boca, el rostro lleno de pecas y de arrugas y los claros ojuelos brillando bondadosamente bajo un áspero bosque de cejas blanquecinas. La testa, cubierta de cadejos blancos, tenía una forma anormal, casi oblonga; y las manos, de largos dedos nudosos, no se estaban quietas jamás. Supersticioso y sincero, sabía mil cuentos fúnebres que ponían los pelos de punta. Creía ciegamente en los aparecidos, en las amenazas del otro mundo, en las brujerías y en las condenaciones. Apenas cerraba la noche metíase en su cuartucho con su perro. Levantábase con el alba; pero no entreabría nunca la puerta sin hacer antes, tres veces, la señal de la cruz. Con frecuencia pasábase horas enteras trazando signos cabalísticos sobre la parda arena de las avenidas y repitiendo monótonamente siniestras palabras macabras. Trotaba, en ocasiones, bajo los árboles, con los brazos abiertos, para evitar un oculto

maleficio. Causábanle terror las mariposas negras y cuando veía revolar alguna escondíase rápidamente detrás de los troncos, quedándose inmóvil hasta que el insecto se alejaba. Muchas gentes de la ciudad ignoraban su existencia, pues casi nunca salía de aquel jardín—en el que los pájaros se acostumbraron a oírle hablar solo—fumando continuamente, como si el humo de su pipa alejara de su lado los malos espíritus. Era, no cabe duda, un neurasténico, un ser pueril, atacado del miedo a lo desconocido. Pero en casa todos le queríamos piadosamente.

III

Mi madre, mi prima Luz y yo ocupábamos aquella antigua mansión, que fácilmente habría podido alojar a varias familias numerosas. Componía la servidumbre, fuera de Genaro, la anciana Salomé y sus dos hijas.

¿Qué decir de mi madre. . .? Doña Francisca Marroquín era una dama linajuda que casó por amor con el excelente caballero don Luis de Mendoza, muerto en plena juventud. Era muy blanca, muy dulce, muy tímida; con una de esas indecisas beldades pálidas y melancólicas, que parece que surgieran de las bóvedas nemorosas de los claustros o de la húmeda penumbra, saturada de incienso, de las viejas catedrales. Usaba grandes aros de oro en las orejas de nácar y sortijas de rubíes en ambas manos, suaves como una flor. Tenía los ojos aterciopelados y la boca infantil y graciosa. Su frente parecía de alabastro, y sus cabellos cortos, de un castaño casi negro, formaban sobre su nuca ricitos obscuros que yo gustaba de enredar entre mis dedos. De mediana estatura, su andar era lánguido y muy lento: su voz, débil y velada, llegaba siempre a mis oídos como una música. Su alma encantadora y soñadora, errante e indecisa, era como un lirio ilusorio, purísima y piadosa. No he conocido jamás un corazón más tierno que el suyo. Cualquier infortunio la hacía estremecer y su caridad era un recinto abierto para recibir al desvalido. Un poco mística, con ribetes de fanática, los clérigos encauzaron, por algún tiempo, su espíritu. Su nombre

sonaba en las fiestas de las iglesias y congregaciones religiosas; pero su envidiable fama regional provenía de su virtud, de su generosidad inagotable que supo curar tantos infortunios.

Frecuentemente veíase en casa gran número de sacerdotes de toda edad y tamaño. Me infundían pavoroso respeto, y cuando me acariciaban, sentándome sobre sus rodillas, no me atrevía a mirarles la cara, dominado por un malestar sin nombre. No me inspiraban ningún afecto; y al sentir sus pasos en el corredor ocultábame en algún rincón, como Genaro al divisar una mariposa negra. Mi Madre intentó, inútilmente, sofocar en mí esta animadversión instintiva. Luego, como era natural en su carácter pasivo e indiferente, no volvió a pensar en ello. La buena señora no daba importancia alguna a los impulsos del espíritu y sólo las desgracias exteriorizadas en lamentaciones o súplicas lograban conmoverla. Cuando yo cometía alguna leve falta, en vez de castigarme, atraíame dulcemente sobre su seno; y me adormecía en él, aspirando su tenue perfume de estoraque, como el de los ropajes de las santas.

IV

Luz era un ser encantador, y—como decía mi madre— la celeste luz de la casa.

Tenía entonces quince años. Su opulenta cabellera, de un negror profundo con reflejos azulados, con reflejos que sólo he visto en el plumaje de ciertos pájaros de las sierras; sus grandes ojos pensativos, hechos de sol y de tiniebla, tristes y bellos como los plenilunios, ojos que hacían soñar en ignotos edenes sobrenaturales; su boca pura y encendida; el milagro marmóreo de su frente; el cuello grácil; las manos fabulosamente blancas y finas; su óvalo seráfico; su piel de flor; su aire grave de silencio y de misterio, hacían de ella una criatura excepcional y casi divina.

Era, sí, una joven maravillosa, esbelta y sonrosada, y de una inteligencia extraordinaria. Tenía hoyuelos en

las manos y en las mejillas mórbidas. Sonriendo, encantaba los corazones. Había en ella algo de ave y de lirio. Su paso era como un rumor de seda y cuando hablaba sus palabras melodiosas perfumaban como las flores.

Hija póstuma de un hermano de mi padre, Manuel de Mendoza, médico y periodista, su madre, doña Luz Figueroa, de inolvidable hermosura, falleció de un mal desconocido, dejándola de cuatro años. Creció en aquella vasta casa silenciosa. Mi padre la admiraba mucho, y, el día en que murió, ella le lloró como lo hubiera hecho una persona mayor; y desde entonces mi madre la quiso más, con cierto apasionamiento, extraño en su carácter apacible.

¿Cómo era yo al cumplir mis trece años? Mirándome en un gran espejo biselado del comedor, veía un muchacho pálido de rizos blondos, de mirada altanera, frente espaciosa y labios rojos y bellos; esbelto dentro del traje de paño negro con medias de seda y gorra de terciopelo. Hebillas de oro aprisionaban los zapatos y un claro diamante fulgía en la mano izquierda, pequeña y regordeta. Cierto sello de fiero desdén notábase sobre el hermoso rostro revestido de una seriedad prematura.

Tal era en aquella edad feliz. Viéndome así, un soplo de orgullo llenaba mi alma. Encontrábame un vago parecido con el famoso Humberto de Mendoza, a quien, por esta circunstancia, había dejado de temer. Y, definitivamente me aferré en mi creencia, cuando una mañana, mientras nos hallábamos reunidos en el gran salón, doña Francisca me atrajo hacia sí, y poniéndome frente al viejo retrato, exclamó con su acento armonioso:

—Rogerio, hijo mío, en el talante gallardo te pareces mucho al abuelo. ¿No te enorgullece la semejanza?

—Sólo que él—añadió con su linda sonrisa—no tuvo miedo a los espectros ni a los curas.

Ligeramente avergonzado con estas últimas palabras,

miré a Luz, y juré que, en lo sucesivo, sabría mostrar el valor que tanto admiraba en mi terrible ascendiente.

V

Desde entonces propúseme dominar cualquier temor pueril ante los sombríos relatos de Genaro y ante la aparición de los clérigos en el pasillo del zaguán. Pero mi invencible repugnancia por los hombres tonsurados no se alteró. Germinaba en el fondo de mi ser como un sedimento amargo. Tampoco el antiguo jardinero podía ver con buenos ojos a los eclesiásticos, y acerca de ellos nos contaba, a Luz y a mí, siniestras historias. Las oíamos sentados en el banco de piedra de la pequeña terraza del jardín, después de nuestras lecciones del mediodía. En la solemne quietud de la tarde sonaban lúgubremente las palabras del viejo, y la relación revestíase, a veces, de un carácter tan horrible, que nuestras almas se llenaban de espanto. Mi prima y yo nos mirábamos angustiados; y, a pesar de mis esfuerzos para ocultar mi emoción, mis manos temblaban como si fueran presas de la fiebre; mientras el hombrecillo continuaba, con azorado aspecto, su fúnebre relato, hasta que la tarde moría. En ocasiones el horror de su narración era tan espeluznante que, interrumpiéndolo, echábamos a correr enloquecidos, en busca de mamá; y aún el mismo narrador encerrábase apresuradamente en su cuarto, temeroso de sus propias palabras.

Ella nos preguntaba el motivo de nuestro susto. Pero guardamos siempre el grave secreto.

VI

Luz y yo nos queríamos profundamente. Amábala sobre todas las cosas de la tierra; y ella me decía que me adoraba más que a su propia alma.

Nuestra madre, siendo tan buena, ocupaba un lugar secundario en nuestros corazones.

Toda la fuerza de nuestros espíritus se reconcentró en la honda ternura que nos unía. Una confianza absoluta nos hizo inseparables; y, mutuamente, adivinábamos nuestros menores deseos para satisfacerlos.

Sólo a su lado era yo feliz. Vivíamos en nuestra casa como en un castillo cerrado, presos por nuestra voluntad. Una excelente institutriz alemana, radicada en La Antigua, nos daba diariamente lecciones sobre diversas materias, desde hacía algunos años. (¿Por qué Edwig no enseñaría idiomas?) Nuestros conocimientos eran mayores que los de los alumnos del colegio que tenían nuestra edad. Negóse mi madre a que asistiéramos a los establecimientos públicos, temiendo que en ellos se desarrollaran en nosotros, con el continuo roce igualitario, maneras vulgares y costumbres plebeyas.

Edwig Schoffen nació en Heildelberg y sentía intensa pasión por los secretos del verso y del pentagrama. Fuera de las áridas matemáticas y de diez o doce textos científicos, nos hizo conocer y comprender a los mejores poetas alemanes, y de su boca aprendimos canciones de Goethe, de Uhland y de Heine, iniciándonos en ese estudio divino del pensamiento de los grandes rimadores y abriendo ante nuestras deslumbradas fantasías extraños mundos de misterioso amor.

Dirigidos hábilmente por ella, el piano, recién llegado de la capital, empezó a vibrar bajo nuestros dedos, y Edwig se sorprendió de las excepcionales aptitudes que desarrollamos en breve tiempo. Aprendimos luego a dibujar y a tocar la guitarra, instrumento que me seducía porque fuera el favorito de mi obsesionante abuelo. Pronto cultivó, con maternal paciencia, nuestras voces claras y puras, que se unían cristalinamente. Cantábamos ya dos o tres romanzas húngaras y ligeros aires de la antigua Germania, cuando una noche llegó doña Francisca, acompañada del Padre Félix, al salón en que nos hallábamos con Edwig. Esta elogió nuestros admirables adelantos y nos hizo repetir una triste sonata. Mientras vibraban nuestras voces y

mi madre sonreía de entusiasmo y de orgullo, vi, en la pálida luna de un espejo, el rostro agudo y negro del eclesiástico, descompuesto singularmente. Sus ojos pequeños, amarillentos y hundidos en las cuencas, como dos foscas alimañas en sus agujeros, devoraban el semblante de Luz con un ardor maléfico y bestial. Volvíme, inquieto por aquella mirada impura y profanadora, y me encontré con las repugnantes pupilas fijas ahora sobre mí con feroz expresión de odio contenido. Terminé el canto trémulo de asombro. Mi madre y el presbítero desaparecieron en silencio.

VII

Un día en que hojeaba un volumen ilustrado oí al Padre Félix que decía a mi madre en la estancia contigua:

—¿Y ese chicuelo duerme cerca de Luz?

—Sí, en el siguiente cuarto.

—Pues hoy mismo deberá arreglársele otra habitación. No es conveniente que esos niños tan precoces duerman el uno junto al otro.

Aquella noche trasladaron mi pequeño catre de hierro a una alcoba de cortinones azules, que el gran salón separaba de la de mi prima.

VIII

El Padre Félix convirtióse en mi tenaz enemigo. Visitábanos dos veces por día, en la mañana y en la noche, y yo, entonces, no pude comprender por qué me miraba con tan terrible cólera. Una vez, en el oratorio, me amenazó con un fuerte castigo por no sé qué crimen imaginario, y me ordenó, con voz ronca y agrio gesto, que fuera a confesarme, obligando a mi madre a que me enviara a la iglesia al día siguiente. Fui, en efecto; pero no me confesé con él, sino con el Padre Gregorio, un simpático viejecillo

muy afectuoso con los niños. Mi perseguidor se enfureció; pero yo no cedí, y su odio fue en aumento. Cuando nos encontraba a Luz y a mí corriendo por el hermoso jardín, poníase color de ceniza, y una espuma amarilla manchaba su boca de labios delgados, llenos de pústulas y grietas violáceas. Por mi parte, también le odiaba, viéndole tan hostil y despótico, y meditaba contra él feroces venganzas.

IX

Mi madre ordenó a Luz que se confesara dos veces por semana con el Padre Félix. Resistióse, oponiendo sus lágrimas a aquel mandato; pero, por la primera vez, fue rechazada secamente.

Desde el primer sábado en que concurrió a la iglesia de San José, el melancólico carácter de mi prima volvióse taciturno. Asombraba a Edwig por su febril dedicación al estudio. Hizo tan rápidos progresos en el canto que tuve que multiplicar mis esfuerzos para no quedarme rezagado. El día de la confesión poníase lúgubre y apenas hablaba. Yo la interrogué vanamente para que me dijera su pesar. Su obstinado silencio me resintió y no volví a hacerle ninguna pregunta. Sin embargo, yo sufría atrozmente cuando oía a mi madre levantar la voz alterada para obligar a Luz a que fuera a la iglesia.

X

Llegó el mes de agosto y yo cumplí catorce años. Celebróse en casa este acontecimiento íntimo y algunos amigos de mamá, después de la comida, reuniéronse en el salón. En aquellas horas Luz me miró como a un extraño. Permaneció sentada entre Edwing y un rubicundo muchachote alemán que le enseñaba una carterita de terciopelo llena de muñecos y esbozos de animales absurdos. Ella parecía admirar el talento del pintor, que le sonreía con aire amoroso. En pie, cerca de una butaca en que una gruesa señora dormía, mirábame yo, orgullosamente, en el

espejo, comparándome con el caballero del retrato que fue mi abuelo. Así, con mi traje magnífico de paño azul, antojábaseme más seguro el parecido; pero tal satisfacción de mi pueril vanidad no impidió que, al mirar nuevamente a Luz, tan interesada en el dibujo del alemán, mis ojos desdeñosos empezaran a derramar un raudal de lágrimas.

¿Lo vio ella o lo comprendió? Cuando alcé la cabeza estaba ya a mi lado, hablándome tiernamente. Me condujo al corredor y ahí besó mis cabellos y enjugó mi llanto con su pañuelo de seda oloroso a jazmines. No volvió a separarse de mí y me consideré feliz como nunca.

Sólo cuando ya todos se hubieron retirado del salón, y en el momento en que me dirigía a mi cuarto, pasó junto a mí una sombra rápida, que, asiéndome de una oreja, tiró de ella brutalmente. Sofoqué un grito y busqué a tientas a mi cobarde agresor. Sentí un vago ruido, semejante al rumor de las alas de un buitre, y luego el golpe del zaguán al cerrarse.

XI

En la tarde siguiente, mientras ensayábamos un trozo de la *Gioconda,* cayó Luz desvanecida en brazos de Edwig. El doctor Sáenz, que la examinó poco después, dijo que se trataba de una ligera indisposición cerebral, y que la fiebre cedería pronto.

A las nueve de aquella noche mi madre dormía en un extremo de la estancia de la enferma y yo me hallaba sentado a su cabecera. Tenía entre mis manos una de las de Luz, pálida y ardiente; y contemplaba su rostro querido, inmóvil sobre la almohada, con los labios entreabiertos y los cabellos en desorden.

Repentinamente, en el silencio, resonaron dos fuertes golpes en el portón. Luz abrió los ojos, estremeciéndose.

—¡Es él!—exclamó junto a mi oído, con voz sorda—. Toma el crucifijo de marfil que está sobre la mesa y no le dejes entrar. ¡Echale, Rogerio! ¡Eres inocente y puro y puedes hacerlo! ¡Arrójale para siempre de esta casa!

Yo me levanté, sin comprender apenas, e hice lo que me decía. Al atravesar la puerta tuve la segura intuición de que algo misterioso y terrible pasaba en mí, a mi alrededor, y fuera de la vida. Avancé lentamente y quedéme a dos pasos del zaguán, escuchando.

En la calle reinaba la obscuridad. . . Oí un ruido áspero y cavernoso como un estertor de agonizante.

En un rápido ímpetu abrí el ancho portón, y el Padre Félix apareció en el umbral. El viento inflaba su capa negra, que hacia los costados se extendía como dos alas siniestras; y su peludo sombrero, del color de su rostro, semejaba un repugnante pliegue membranoso sobre el cráneo.

Miróme con extravío un segundo y dió un paso.

—¡Atrás, Lucifer!—grité, presentándole el Cristo—. ¡Atrás, malvado! ¡Fuera! ¡Fuera!

El fraile se rió de una manera espantosa, y, retrocediendo, salió del umbral. Entonces yo, dominado por un interno impulso, avancé contra él violentamente, con el crucifijo en alto, pronunciando terribles palabras. El continuó huyendo, dando increíbles saltos hacia atrás. . .

Pavorosamente la capa se partió en dos partes, y vi que el maldito se alejaba por la calle negra sin tocar el suelo.

XII

Sonó la medianoche y mi madre se levantó bruscamente de la butaca.

—Vete a dormir, Rogerio—me dijo—. Yo haré lo mismo. Ya ves cómo Luz reposa como un ángel.

En efecto, la joven yacía en un dulce sueño. Su lindo rostro mostraba una absoluta serenidad. Salí sin hacer ruido.

Pasaron dos horas. Revolvíame en el lecho, insomne y febril. En el salón contiguo oí sonar leves pasos. . . No, nada. . . ¿Tendré miedo. . .? Los rumores volvieron a oírse. . . Sentí de pronto un suave suspiro, un tenue perfume y unos brazos que dulcemente se enlazaron a mi cuello. . .

—Soy yo, Rogerio, no grites.

Encendí una lámpara. Y la miré a mi lado, muy bella y muy pálida.

Tomé sus manos, que besé llorando.

—¿Qué te pasa, Lucita? ¿Tienes miedo?

—Oyeme—murmuró, con los ojos enloquecidos—. Me pasa una cosa horrible. ¿Sabes, Rogerio? Me voy a condenar.

—¿Tú? ¿Por que?

Ella sollozó entonces, largo rato, amargamente.

—Habla, te lo ruego—le dije—. Me estás matando con tus lágrimas.

—Ese Padre Félix. . . desde la primera confesión está hundiéndome en el infierno. Ayer me horrorizó con sus ruegos viles y bestiales. . . Desapercibime de que la iglesia hallábase vacía y las puertas cerradas. . . El salió de repente del confesionario con los ojos casi fuera de las órbitas y la lengua colgante. Huí, llena de terror, lanzando agudos gritos. Me alcanzó y luché con él. Resbaló y cayó. . . Púsose de nuevo a perseguirme, con un ruido extraño en la garganta, como el de los gatos sobre los aleros en la obscuridad de

las noches. Ya me daba alcance cuando tomé un crucifijo del altar y con él le contuve. Entonces arrojó por el suelo los vasos, los paramentos y los libros sagrados. Derribó el cáliz y pateó las hostias. Saltaba alrededor de mí, revolando tenebrosamente. En un instante en que se subió al altar, salí corriendo, como en un vértigo. Llegué a la puerta que da frente a la plaza, y escapé. El Cristo quedó sobre el umbral. Nada dije a mamá porque no me hubiera creído.

XIII

Cinco días después, al pasar una mañana junto al cuarto de mi madre, oí voces iracundas y sollozos. La puerta, con llave por el interior, impedía escuchar las palabras. Pero mi corazón decíame que los sollozos eran de Luz. Comprendí la escena como si la hubiera presenciado desde su principio. . .

Fui rápidamente a la estancia de mi prima y luego a la mía: me embocé en una corta capa para ocultar mis manos, y, vibrante de indignación, penetré en la alcoba de mi madre por la puerta que comunicaba con su oratorio.

Al verme entrar, Luz corrió hacia mí. Temblaba de pies a cabeza.

Doña Francisca no volvía de su asombro, mirándome parado frente a ella, con el sombrero puesto y el aire altivo de mis antepasados. El Padre Félix, en pie, lívido, e inclinada sobre el pecho la curva nariz, recostábase en una mesa.

—¿Qué pasa aquí?—grité, con una voz ronca y profunda que no me conocía.

Mi madre, al oír aquella voz, se puso a temblar.

Entonces yo continué con el mismo tono colérico y extraño:

—Oid bien: Luz, contra su voluntad, no volverá jamás a las iglesias, profanadas vilmente por algunos clérigos infames. Y puesta, por la voluntad de Dios, bajo mi amparo, en lo sucesivo sólo dependerá de mí. Así lo ordena en su casa Rogerio de Mendoza, quien hoy arroja de ella a latigazos a fray Félix Aguilar, sacerdote impuro, condenado desde en vida en el más lóbrego infierno, en donde su alma de podredumbre se debatirá en terribles angustias por los siglos de los siglos.

Y sacando de la capa la mano izquierda armada de un látigo, y la derecha con el Cristo, azoté, implacablemente, una, dos, tres veces, el rostro del réprobo. Las facciones criminales se deformaron horriblemente. Permaneció sin moverse bajo los golpes, con las pupilas encendidas como dos brasas. Luego, dando un salto, y emitiendo de la convulsa boca una especie de ronquido subterráneo, escapó como un fantasma por la puerta entreabierta.

Mi madre se desmayó sobre su sitial.

Y no fue sino muchos años después cuando supe que la voz ronca y extraña con que pronuncié las palabras vengadoras era la de mi padre.

XIV

Desde aquel memorable día todo cambió en la vieja casa. El odioso fray Félix no volvió a parecer, mi madre recobró su dulce carácter, y Luz su alegría y su salud. Yo volví a ser el niño dócil a quien un suave gesto materno imponía una orden; aunque continué conservando, en lo recóndito de mi organismo, una secreta potencia que, en un momento supremo, podría surgir imperativamente.

Con placer observé que mi madre abandonaba, poco a poco, sus prácticas místicas. Ya no pasaba horas enteras en los templos y los eclesiásticos dejaron de circular por nuestros salones.

Volví a ver mi catre infantil en mi antiguo cuarto, vecino al de Luz; y, de nuevo, como antes, oía su fresca voz darme las buenas noches a través de los cristales de la puerta. En las mañanas desapacibles en que el sueño me retenía en el lecho después de las seis, ella me despertaba, pasándome la linda mano por la frente. Era para mí gratísima esa caricia; y, más de una vez, por prolongarla, simulé que dormía.

Yo era muy nervioso y sensitivo, y cualquier emoción anormal me afectaba extraordinariamente. A pesar de mi precoz desarrollo físico, una susceptibilidad mórbida exasperaba mis pequeños sufrimientos.

Un domingo fueron de paseo a nuestra casa los Sudermann, discípulos de Edwig, y que ella introdujo en nuestras relaciones. Eran tres, dos jovencitas y un varón de quince años, alto y delgado, muy presumido y libre en su trato con sus amigas. Apenas vió a Luz, quedóse encantado de su belleza. No se apartaba de su lado, y cuando fuimos al jardín cortó un ramo de rosas, ofreciéndoselo galantemente. Lo rehusó, temerosa de desagradarme. Hermann lo arrojó al suelo, estropeándolo con los pies. Ella rió alegremente y las dos chicuelas le hicieron coro. Enfurecido el muchacho, quiso besarla, y corrió tras ella. Yo entonces me puse frenético, y a mi vez fui en pos de él, alcanzándolo cuando intentaba detenerla por un brazo. Lo agarré del cuello y lo sacudí tan rudamente que cayó de bruces dos pasos más adelante. Asombrado de que yo, siendo más pequeño, me atreviera con él, se enderezó lívido de furor, con la cara llena de arena. Miraba a Luz y a sus hermanas, que ya no reían, y se quedó un momento silencioso. Pero súbitamente se arrojó sobre mí. Yo le esperaba con los ojos chispeantes. Escurrí el cuerpo, y, al pasar rozándome el pelo, le asesté un violento puñetazo en la nuca que lo hizo de nuevo morder el polvo. Comprendiendo que mi fuerza y agilidad eran superiores a mis años, no intentó otro ataque. Recogió su gorra y se fué en silencio, con la cabeza baja.

XV

En los días de fiesta íbamos a los pueblos cercanos en un ligero carruaje tirado por un manso caballejo moro que yo mismo guiaba. Sentíame orgulloso de pasear a mi linda prima, y lanzaba miradas de disgusto a los que se atrevían a seguirla con insistencia. Regresábamos al caer de la tarde. Genaro conducía el caballo a la cuadra, mientras mi madre escuchaba con atención el relato de nuestras impresiones.

XVI

Una mañana vinieron varios señores a invitarnos para un baile.

—Prepárate, hija, para que hagas tu estreno—exclamó la señora, cuando los hombres se fueron—. Es oportuno que aparezcas en los salones. Quizá pronto encuentres un novio de tu gusto.

Al oír tales palabras sentí como una puñalada en el corazón y toda mi energía oculta saltó a mis labios.

—He dicho ya—repliqué, en un tono violento—que Luz depende sólo de mí. No necesita encontrar novio y no bailará jamás, porque no consentiré que la abrace ningún hombre.

—Dice bien Rogerio, mamá. No me atraen los bailes. No iré nunca a ellos.

XVII

El cuarto del abuelo, herméticamente cerrado desde fecha inmemorial, constituía uno de los más intensos temas de conversación entre Luz y yo. Una ardiente curiosidad despertaba en nosotros aquella estancia misteriosa que jamás se abría. Desde que tuvimos comprensión de las cosas, la alcoba en que vivió el gran Humberto se

presentaba ante nuestros sueños como un mágico recinto del otro mundo, poblado de sombras y de quiméricos objetos. Deseábamos descansar en alguno de sus centenarios sillones, anegándonos en el sutil aroma de antigüedad que despedirían los cortinajes. ¡Cuántas veces, al pasar frente a su puerta, en los anocheceres, creíamos escuchar vagos ruidos en su interior! Temblando nos acercábamos a la cerradura, permaneciendo mudos y trémulos, con la cabeza sobre el frío círculo metálico. Yo fui solo en un radiante mediodía de junio, y estuve mirando largamente por el ojo de la llave. Un ligerísimo hilo de luz atravesaba la tiniebla. Concentrando toda mi atención, pude ver borrosamente algunos objetos indecisos: un armario negro, un atril de bronce, una larga espada pendiente de una argolla. Vi, o creí adivinar, en el rayo de lumbre, un gran león de melenas obscuras, que me miraba terriblemente con sus ojos sangrientos. Abstúveme, desde entonces, de insistir en mi curiosidad. Pero ahora que empezaba a considerarme como persona enérgica y audaz, asaltóme, con mayor vehemencia que antes, el deseo de entrar al cuarto alucinador. Con tan obsesora tenacidad me perseguía esta idea, que me privaba del sueño. No pudiendo resistir a aquel ardiente anhelo, fui una noche a la alcoba de mi madre para confiarle mi angustia.

Encontré a doña Francisca repasando las cuentas de oro de un venerable rosario bendito por el Papa, y con los ojos fijos en una calavera que amarilleaba sobre el terciopelo sombrío de la mesa de noche. Estaba en pie, y en el vivo resplandor que irradiaba de los candelabros de bronce puestos sobre la alfombra, su cara tenía una doliente palidez cadavérica, realzada por la negrura de su bata de seda y de sus cabellos. No sintió mis pasos. Un suspiro que se escapó de mi pecho la hizo volverse. Al verme se puso aún más pálida, tan pálida que daba lástima. Turbóse a tal extremo, que con uno de sus brazos, que salía desnudo de una ancha manga de encajes, derribó uno de los candelabros. Incendióse rápidamente la punta de una cortina. Mientras yo apagaba la llama, arrojó la colgadura de terciopelo sobre la calavera. Más tranquila,

me preguntó si me había quemado. Aunque empezaba a sentir un vivo dolor en la mano derecha, le contesté que no, con lo cual pareció serenarse por completo.

Hízome sentar en una silleta baja, a sus pies. Y me acarició los cabellos con aquella tenue suavidad sedante que fue una de las mayores delicias de mis primeros años.

Sobresaltóse cuando le expuse mi petición. Después, con su voz velada:

—Temo que tu capricho nos traiga una desgracia— murmuró—. Hace más de medio siglo que ese cuarto permanece así, por especial disposición testamentaria de tu abuelo. Ordenó que, por ese motivo, esta casa jamás debería pasar a poder de gentes extrañas.

Yo insistí dulcemente, besando con lentitud la punta de sus dedos y recostando mi cabeza sobre sus rodillas. Conocía muy bien cuán débil era su voluntad y cuán intenso el poder de mi corazón sobre el suyo.

—Hijo mío querido—suspiró—, tengo presentimientos muy tristes. Algo horrible nos amenaza. Si el sufrimiento te hiriera, yo moriría. Oyeme: en cincuenta años, sólo una vez se ha abierto esa estancia. Una tarde, en que tu padre se disgustó conmigo, por contrariarme penetró en ella, y se volvió loco. Tres días y tres noches estuvo dando espantables gritos. Las gentes, horrorizadas, agrupábanse en la calle, junto a los balcones. Vino el Padre Gregorio y quedóse solo con el enfermo. Los gritos fueron apagándose poco a poco. Una semana permaneció inmóvil sobre el lecho, rígido, con los ojos abiertos. En seguida murió. . .

Avidamente escuchaba a mi madre, como si oyera el relato de un mal sueño. Mi curiosidad se hizo dolorosa.

—Dame la llave—le dije suavemente.

—¡Jesús nos favorezca!—gritó la buena mujer, exasperada, al fin, por mi insistencia—. Sí, te la daré, si lo exiges. Pero prométeme que no entrarás a esa alcoba sino después de media noche, antes de que aparezca el alba. Oí decir en casa, cuando yo era pequeña, que a esa hora el peligro era menor.

—Te lo prometo.

Levantóse, y con su paso lánguido se dirigió a un extremo de la habitación. Extrajo de una antigua cómoda de ébano una llave larga y negra cubierta de herrumbre, que temblando puso en mis manos.

Yo la cogí, sintiendo un vago remordimiento por la pena que le causaba. Me dió de nuevo lástima verla así, tan envejecida, con un mechoncito de pelo gris sobre la frente y los ojos ojerosos.

Besé aquel rostro angustiado y salí de la estancia.

XVIII

Edwig llevó una tarde a dos muchachitas del colegio para que Luz y yo cantáramos con ellas una especie de coro encontrado entre sus viejos papeles. Era triste como una melodía litúrgica. La mayor de las chicuelas tenía la sonrisa de mi madre y sus ojos eran como mis ojos verdes. Luz lo notó; y, sin saber por qué, permanecí pensativo. En ese momento entraba doña Francisca, atraída por el dulce canto. Vió a la muchachita, y retrocedió, alejándose del salón.

XIX

Obsequié a Luz, en su cumpleaños, con algunas estrofas que escribí en una noche de luna, pensando en su gracia angélica. Edwig les puso música y yo las cantaba acompañándome con la guitarra. De ellas emanaba tan profunda

melancolía que la primera vez que mi madre las oyó se le humedecieron los ojos.

Ella y Luz lloraron entonces con las cabezas juntas y yo terminé mi canción con un sollozo.

Oí murmurar a Edwig, al despedirse:

—Señora, es un niño extraordinario. . . Sabe conmover hondamente con su voz y con sus versos. Si cultiva su talento para la poesía y la música, será un gran hombre.

Luz también la oyó. Y me sentí feliz.

XX

Genaro nos manifestó que él sabía un grave secreto.

Lo instamos vivamente para que lo dijera; pero se negó.

—¿Será pecado—repuso—guardar este secreto?

Yo le aseguré que sí; y, después de un breve silencio, prometió quitarse de encima aquella pena.

—Mañana lo diré.

Fuimos en la tarde. El encendió su pipa y después de suplicarnos que a nadie confiásemos una palabra de lo que nos iba a contar, estúvose inmóvil, recordando:

—En 1794 nací en esta ciudad, en el mismo año que don Humberto, a quien devoró un león en Asia, hace más de medio siglo. El contaba entonces cuarenta y seis años. . . ¿En dónde es la India? Debe de hallarse a muy remota distancia de Guatemala, porque la noticia de la muerte de mi señor llegó a su patria mucho tiempo después de haber acaecido.

Crecí en esta casa entre la vieja servidumbre, de la cual soy el último superviviente. Acompañé al noble caballero en muchas de sus audaces aventuras, y en más de una ocasión escapé de dejar la piel en manos de sus mortales enemigos. Porque tenía feroces adversarios por docenas, a causa de su carácter burlón y pendenciero y de sus continuos amoríos, en que no respetaba ni a doncellas, ni a viudas, ni a casadas. Le juzgarán ustedes por la siguiente historia:

Leonorcita Moreira era la más linda mozuela de La Antigua. ¡Jamás miraran mis ojos otra criatura tan bella! El licenciado Carlos Santisteban, honra del foro nacional, iba tras su paso, loco de amor. Después de un asedio tenacísimo obtúvola en matrimonio, a pesar de que, en la calle, frente a los balcones de la hermosa, resonaron, con asidua constancia, las espuelas de oro y el espadín de don Humberto. Este, que acabara de enviudar, era entonces un mozo guapísimo, tal como está en el retrato del salón. El acostumbraba retratarse luciendo los antiguos trajes pintorescos de los caballeros; y hasta los usaba, en ocasiones, despreocupadamente, en la vida normal. Todos pensaban en la gallarda pareja que Leonor y él formarían. Pero es el caso que el otro, en una diamantina mañana, se casó en La Merced con aquella preciosa muchacha, que aún no contaba quince años. . .

—Menor que yo—interrumpió Luz.

—Sí, menor.

—Y mi abuelo, ¿que hizo? ¿Se dejó quitar la novia?

—Espérese, niño Regerio, ya verá. La víspera del matrimonio, poco después de las once de la noche, algunos vecinos vieron a mi señor recostado en uno de los balcones de la casa de Leonorcita. Parecía muy triste, todo él envuelto en la negra capa. Aunque alguien me aseguró que las maderas de la ventana no estuvieron del todo cerradas y que el taciturno caballero gozó de grata compañía. A la

siguiente mañana, durante la solemne ceremonia nupcial, él encontrábase en pie, inmóvil cerca del primer altar. La iglesia contenía a la más brillante sociedad antigüeña, y muchas sonrosadas caras juveniles volvíanse hacia don Humberto, con expresión de irónica piedad. El continuaba impasible, mirando altivamente a los hombres y atusándose los negros bigotes. La ceremonia terminó, y comenzó el desfile hacia la residencia de la novia. Leonor iba pálida como la muerte, y su velo semejaba un sudario. Todos los ojos buscaron a su desventurado rondador; pero éste había desaparecido.

La numerosa comitiva avanzó por la calle entre una compacta muchedumbre. De las puertas y balcones arrojaban flores a los desposados.

Ya se veía el portón de la casa nupcial lleno de gajos de rosas y de ramas de azahares, cuando un formidable estruendo dejóse oír de pronto, y apareció en la esquina cercana al antiguo templo de Santa Clara una numerosa cabalgata, a cuya cabeza, rigiendo un indómito potro negro, y luciendo un magnífico traje, avanzaba don Humberto de Mendoza.

Eran cincuenta caballeros con antifaces de terciopelo azul y con las espadas desnudas en la diestra. Sólo el jefe tenía el acero en la vaina y el rostro descubierto.

El grupo paróse en medio de la calle. Todos los jinetes echaron pie a tierra. Hízose un profundo silencio.

Entonces don Humberto avanzó tres pasos y exclamó con su fuerte voz vibramente:

—Licenciado Santisteban: ésta dama que habéis llevado al altar—oídlo bien—jamás será vuestra. Me quiere desde que aún estaba en la infancia, y si ha podido aceptar vuestra mano fue, únicamente, por la presión despótica de su familia. Es mía, y me la llevo. . . ¿No es así, Leonor?

La joven, casi desmayada en los brazos de una amiga, movió la gentil cabeza, afirmativamente.

Carlos Santisteban se interpuso, lívido de rabia, entre su esposa y mi señor, deshojando una ancha daga toledana que sacó de su cinturón. Pero don Humberto saltó sobre él con la agilidad de un tigre, y dándole un rápido puñetazo en la frente, le hizo rodar sobre las piedras.

Los hombres volvieron a montar y dispersaron a cintarazos a la multitud, mientras su jefe, sin perder un segundo, colocaba sobre su corcel a Leonor. En el instante en que partía, el novio, vuelto en sí del violento golpe, le apostrofó con estas duras palabras:

— ¡Cobarde! Tu hazaña es de matón y no de hijodalgo. ¡Con la espada y no con el puño plebeyo quisiera verte enfrente de mí!

El raptor, al oírlo, detuvo, con un portentoso esfuerzo de su brazo derecho, el alto corcel encabritado, que al cambiar de rumbo paróse, en un ímpetu soberbio, sobre las temblorosas patas traseras.

Y en esta épica postura de centauro, que hizo temblar de admiración y pavoroso asombro a los espectadores, contestó:

—Santisteban, juro por mi alma que te daré la satisfacción que deseas. ¡Ve, pues, preparando tu testamento, porque también te juro que morirás a mis manos!

Y después de pronunciar, con metálico acento, tan arrogantes palabras, hizo girar, con un hábil golpe de rienda, su caballo, que, arrancando chispas del empedrado con sus férreos cascos, se lanzó ciegamente en una carrera alucinante.

Los cincuenta enmascarados partieron, con la fantástica velocidad del relámpago, tras de su jefe. Y los antigue-

ños vieron, como en un vértigo febril, pasar la estruendosa cabalgata como un huracán, dejándoles la impresión quimérica de un torbellino obscuro volando en pos de una falda blanca. . .

El viento arrebató el velo de la novia, que, después de revolar a gran altura sobre los tejados, fué a prenderse en la cruz de hierro de la torre de La Merced. Allí estuvo durante mucho tiempo, hasta que, en una tenebrosa noche de borrasca, un rayo, que no hizo daño alguno a la iglesia, lo convirtió en cenizas.

El viejo calló, y púsose a mirar vagamente las copas de los pinos.

—¿Y Leonor, Genaro? ¿Qué fué de ella?

—No sé, no sé. . . —murmuró confuso, como arrepentido de haber hablado.

Pero pronto se repuso de aquella ligera turbación, y, como obedeciendo a un súbito deseo de contarlo todo, continuó:

—Poco tiempo después de aquel audaz rapto, que conmovió a toda la ciudad, súpose que don Humberto—contra quien fueron perfectamente inútiles todas las enérgicas órdenes de captura y las activas persecuciones del esposo burlado—encontrábase en camino del Asia. Sus haciendas y sus fincas valían millones de duros y su representante le enviaba enormes cantidades.

Pero, ¡vean qué cosas tan raras. . .! Una noche, dos años transcurridos de lo que dejo relatado, oí un murmullo de voces en el cuarto de mi señor. Toda la casa estaba vacía. Yo, que era el encargado de cuidarla, dormía en una caseta de madera, semejante a la que ahora ocupo, situada en la calle de los eucaliptos. Me vestí y avancé por los corredores sin temor alguno. Detúveme frente a ese cuarto

que nunca más he visto abierto, y oí, con absoluta claridad, una acalorada discusión que terminó en anhelantes y tristísimos sollozos de mujer. En la voz del hombre reconocí la de don Humberto. Reinó un breve silencio y luego escuché un grito angustioso que llenó de pavor mi espíritu. Nada más. Al día siguiente inspeccioné la puerta de aquella cámara. La cerradura estaba intacta, llena de telarañas. ¿Había soñado? ¿Fué todo una pesadilla? Lo ignoro.

Pasó todavía otro año. . . La casa continuó solitaria, sumida en el silencio. Yo vegetaba tranquilamente, cultivando legumbres en este jardín. Llegó enero y las noches eran límpidas y azules. Los frescos follajes llenábanse de claridades y bajo los árboles movíanse las sombras. En una de esas noches tibias y misteriosas, quizá la más diáfana, quedéme dormido en uno de los bancos de piedra, cuando me despertó el rumor de unos pasos. Me incorporé con el oído atento. Un grupo de hombres avanzaba en la dirección en que yo permanecía. Deslicéme tras de un copudo plátano, y pasaron sin verme. Llegaron hasta el ángulo de la pared en donde hay un claro del boscaje en forma circular. Eran seis. A pesar de hallarme a pocas varas de aquel sitio no pude saber lo que hablaron. Aunque tal vez no hablasen. Lo más probable es que guardaran silencio.

Dos de ellos avanzaron y recibieron de los otros, embozados y enmascarados, dos largos aceros.

Arrojaron a tierra las capas y atacáronse impetuosamente. Entonces reconocí en los que combatían a don Humberto y a Santisteban.

La lucha fué corta. Hubo un instante en que mi señor desarmó a su contrario; pero gallardamente inclinóse, recogió el acero y lo entregó a su dueño. Este, en pago del acto hidalgo, vilmente le atravesó el pecho, antes de que recobrara la posición que perdiera para recoger la espada. Cayó aquel héroe de espaldas, arrojando por la boca un raudal de sangre.

—¡Cobarde! ¡Cobarde!—exclamé, fuera de mí.

—Sí, traidor y cobarde. Pero, espere un poco. . . Espere.

Esto que cuento parece imposible. . . Viendo Santisteban a su aborrecido rival agonizando, mofóse de él como un villano. Más he aquí que el caballero, con un esfuerzo supremo, levantóse de un salto. Cruzáronse de nuevo rápidamente las armas ante la profunda admiración de los enmascarados. Don Humberto paró un golpe, y, fulminante como un rayo, cayó sobre su enemigo, partiéndole el corazón de una fiera estocada. Ambos rodaron entonces de bruces para no levantarse más. . .

Yo caí sobre la yerba en un desmayo. Cuando desperté, los cuatro hombres terminaban la excavación de dos fosas paralelas. Para ese trabajo aprovecháronse de mis herramientas, que encontraron al pie de un árbol. En la fosa, junto al muro, echaron a don Humberto, envuelto en su capa; y en la otra metieron a Santisteban. Observé todos los detalles del doble entierro. Arrojaron las espadas en los hoyos: una de ellas tenía la punta rota. Los dos cadáveres llevaban en los dedos gruesos diamantes. . . Los enmascarados saltaron después a la calle por un desquiciamiento del muro.

Toda la tremenda escena revistióse de un carácter tan fantástico que, aún viéndome despierto, considerábame juguete de una pesadilla. Me refugié en mi estancia; pero me fué imposible dormir, dominado por un miedo angustioso que hacía saltar mis mandíbulas. La luz del sol me reanimó. Corrí al lugar de la tragedia. Ni una mancha de sangre, ni la más leve huella de pasos; nada encontré que me hiciera creer que no había delirado. Apenas, sobre la yerba, dos ligeras bóvedas de verdura, de esas que hacen pensar en las tumbas recientes.

Ese mismo día recibí una carta de don Luis de

Mendoza, que se encontraba estudiando en España. Decíame en ella que su padre había perecido, hacía un año, cazando leones en la India; y que él preparaba su regreso a Guatemala. Esa carta llegó a mis manos seis meses después de la fecha de remisión. Hacía, matemáticamente, año y medio que mi señor muriera en Asia cuando lo vi enterrar en este jardín; y seis meses transcurrieron desde su fin trágico en la cacería hasta la noche en que oí su voz en su cuarto. ¿Cómo explicarme tales cosas, atormentadoras y extrañísimas? ¿Qué hay de verdad en todo esto? ¿Estaré loco?

Debo decir que, varias semanas después del terrible duelo, al romper con el azadón un pedrusco que obstruía las raíces de un peral, saltó de una hendedura un objeto sonoro que me hizo estremecer y que vino a confirmar mi creencia de que estaba en pleno juicio cuando presencié el desafío. Lo recogí a pocos pasos del siniestro lugar. Helo aquí.

Y nos entregó la punta de acero de una espada, brillante como un trozo de espejo. Los dos, con un leve temblor en los dedos, retuvimos el misterioso fragmento metálico.

Luz dijo:

—¡Qué frío está!

La emoción me impidió hablar. Tras un esfuerzo, exclamé:

—Genaro, enséñanos las tumbas.

El viejo se levantó y se puso a caminar. Nosotros le seguimos.

Caía la tarde y el jardín poblábase de resplandores de oro. En la avenida de los cipreses había ya alguna

sombra. Cantos de pájaros lejanos llegaban a nosotros. Un lucero pálido brilló hacia el sur en el límpido cielo.

Nuestro guía detúvose cerca de dos oblongos espacios de tierra, que él piadosamente sembrara de jaramagos y florecillas azules.

—Aquí es—dijo, quitándose el sombrero. Nosotros nos arrodillamos en silencio.

XXI

En un anochecer fuí al templo de San José para depositar una limosna de mi madre. Cuando salía miré al Padre Félix con un libro en la mano. Una lámpara iluminaba su rostro, abismado en las páginas. Paréme a contemplarlo con repugnancia. Amarillo y negro a un mismo tiempo, flaco hasta lo inverosímil, con los pómulos agudos rompiendo la piel árida, y las manos como garras, parecióme una enorme alimaña venenosa cubierta con un trapo de luto. Su larga nariz, desprendiéndose como una línea maléfica de la angosta frente llena de arrugas, hacía evocar el pico de las aves rapaces, y sus labios descoloridos y sanguinolentos murmuraban las palabras serenas de las oraciones.

Pasé junto a él, pero no levantó los ojos.

Poco después supe que aquel clérigo carnívoro tenía fama de santo y que desempeñaba un curato en un pueblo de la Alta Verapaz.

XXII

—¿Qué crees tú?—me preguntó un día Luz—. ¿El abuelo está enterrado en el jardín o lo devoró el león?

Yo medité un poco.

—Creo que está en el jardín.

—¡Quién sabe!—añadió ella, pensativa.

XXIII

Luz llenaba de flores los grandes vasos de plata de los salones y del comedor. Juntos recorríamos en las claras mañanas la parte del jardín antiguo cultivado por Genaro; y en su falda azul caían las rosas, los geranios y los claveles. Ella conocía el secreto de armonizar mágicamente los colores y tejía ramilletes delicados que se deshojaban en el oratorio. ¡La recuerdo tan blanca, tan fresca y tan pura, con su ligero traje de lino, en el cuello una cintita verde y sobre el corazón un ramo de violetas! La veo siempre así, como cuando salía del baño después del desayuno, sonrosada y esbelta. Ella era entre las flores la más fragante. Olía su cabellera a azahares recién cortados y donde ponía la pálida mano dejaba un tenue perfume.

XXIV

Por aquel tiempo partimos para la capital. Mi madre ofreció pasar un mes con sus hijos en casa de sus amigas N* y el viaje se arregló en un momento. ¡Cuánto gozamos aquella mañana! Ibamos cabalgando sobre hermosas mulas de nuestra hacienda *El Pinar,* y a cada minuto nos deteníamos para gozar del paisaje maravilloso que se desarrollaba hasta el horizonte. El tiempo era espléndido. Semejaba el cielo un metálico espejo azul; y un suave viento cargado de resinas azotaba nuestros rostros. Luz veíase muy guapa con su largo traje de paño verde mirto, su sombrerito florido de botones de rosa y su velo blanco. Su mula trotaba al lado de la mía, un poco atrás de la de mamá.

Descendimos rápidamente la Cumbre de San Lucas y almorzamos en San Rafael. Nos encantó ese lugar y la pequeña casa, olorosa a eucaliptos. Recorrimos su jardín y sus alrededores. A las doce nos pusimos de nuevo en camino. Pronto divisamos a lo lejos la bella capital, con

sus altas torres resplandeciendo bajo el sol. Nos emocionaba el espectáculo de la ciudad desconocida que se ofrecía a nuestros ojos ávidos.

Caminamos en silencio, con la mirada errante en la lejanía, un poco tristes sin saber por qué. Inmóviles miramos, una vez más, hacia el sur el azulado lago de Amatitlán y la ondulante línea de montañas, y hacia el oriente las remotas serranías de Puerta Parada y de Pinula.

Un grato frescor acariciaba nuestras cabezas. Todo parecía gozar en la magia del día diamantino.

Atravesamos la Cuesta de San Rafael y el pueblo de Mixco. En el Guarda Viejo nos esperaba la familia N*. Componíase de dos señoras mayores, hermanas y viudas; de un joven de veinte años, Federico; y de una chicuela, Rosa, rubia y elegante. Doña Laura era la madre; la otra, doña Manuela, no tenía hijos. Después de las primeras charlas cordiales, las señoras nos advirtieron que había dos carruajes. Entramos en uno doña Manuela, su sobrina y yo. En el otro sentáronse doña Laura, mi madre, Luz y Federico. Recogieron los cocheros los equipajes y nuestro criado regresó, llevando las mulas.

En el momento en que los carruajes se ponían en marcha, oí exclamar a doña Laura:

—¡Pero, por Dios, qué linda es esta Lucita! No nos imaginábamos que fuera tan encantadora. ¡Y qué gentil pareja haría con Federico!

No pude escuchar lo que éste añadió, porque los caballos arrancaron en un trote pesado que sofocó las voces.

Rosa miraba sonriendo mi semblante sombrío. Preguntóme mil cosas de La Antigua y me hizo algunas confidencias en voz baja. Tenía un novio llamado Adolfo.

No era feo. Pero yo le parecía mejor. Alabó mis ojos y mis cabellos y toda mi figura.

—¿Cuántos años tienes?—me interrogó.

—Quince.

—Esa es mi edad. Vamos a divertirnos mucho. Ya verás.

XXV

Jamás, mientras viviera, olvidaría el mes que pasamos en casa de la familia N*. Fueron para mí cuatro semanas de negras torturas, en las que mi corazón estuvo cien veces a punto de estallar. Yo mismo me sorprendía de la impetuosidad salvaje de mis emociones, de la aguda violencia de mi temperamento apasionado y de mis celos mortales en una edad en que las pasiones permanecen aún adormidas.

Federico era un mozalbete ignaro y presuntuoso, que empezó a perseguir a Luz desde que la vió. Impulsado por su madre —que veía en mi prima un buen partido— no perdió ocasión de estar junto a ella, en la mesa, en el salón, en los paseos. Entonces comprendí mejor que nunca todo lo que valía el alma de mi amiga de la infancia. A pesar de encontrarse en un anormal ambiente de adulación, entre amables personas que la impulsaban hacia Federico, éste fué rechazado fríamente. Yo jamás pude advertir en ella, ni aún dominado por la sutilidad enfermiza de mi idiosincrasia, la más insignificante coquetería. Conociéndome como a su propio espíritu, y siendo ella misma tan apasionada como yo, comprendía mi secreta tortura y la dulcificaba a cada momento.

—Domínate un poco tiempo más—me decía—. Pronto volveremos a nuestro paraíso de La Antigua.

Nunca fuera conmigo tan cariñosa. Pasaba en mi cuar-

to las horas de que podía disponer; y cerca de ella una dulce paz llenaba mi corazón.

Mi carácter asombraba a la familia N*. —Es bello e inteligente, pero demasiado adusto y pensativo—murmuraba doña Laura.

—Por sus maneras parece un viejo—añadía la hermana.

Con Federico no cambié jamás dos frases. Nos rehuíamos hostilmente. Sólo Rosa me encontraba a su gusto y me quería. Era buena y suave y me obsequiaba con ligeros pañuelos perfumados y con flores marchitas que para mí se quitaba de sus blondos cabellos. Creo que hasta intentó besarme. Pero yo la miré siempre con la más discreta indiferencia.

¡Paseos de La Reforma y del Hipódromo, domingos sonoros del Guarda Viejo, tardes de los conciertos en la Plaza de Armas y en el Cerrito del Carmen! ¡Estruendosas corridas de toros! ¡Con qué horror os miraba llegar y de qué ingratos recuerdos llenasteis mi alma! En esos paseos, fuera del eterno Federico, un grupo de mozuelos atrevidos iba tras de Luz y yo temblaba de cólera a cada mirada que le dirigían. . . Porque, en verdad, era deliciosa Lucita, con sus nuevos trajes blancos, azules o rosas, sus zapatillas delicadas de finos tacones y sus sombreritos gráciles de paja flexible. ¡Era linda, linda como ninguna, con su boca de clavel y sus bucles negros y sus ojos límpidos y puros! Toda su persona era un radiante encanto, una magia armoniosa y divina, con su sonrisa y sus hoyuelos, y su elegancia y su inocencia. Por donde pasaba la seguían rumores de admiración y en el teatro su llegada era un acontecimiento.

!El teatro! De todas las múltiples impresiones de que se impregnó mi espíritu en aquellos días excepcionales, sólo del teatro conservo memoria gratísima. . . —*¡Tosca!* La primera vez que la oí, en un absoluto recogimiento de

ánimo, estuve en peligro de caer enfermo. Aquella música inefable, cálida, trágica, luminosa y dulcísima, surgiendo del drama de potente amor imperecedero, despertó en mí emociones tan recónditas y vibrantes que desorganizaron mis nervios. Por nuevos cauces de tormento corrió entonces el amargo raudal de mis tristezas y toda mi taciturna melancolía se exacerbó de manera intensa y cruel. Sin embargo, aquella súbita conmoción íntima me produjo una ventura extraña, una especie de voluptuosa pesadumbre, que me adurmió como en una hamaca de frágil seda.

Fausto, Mignon y Carmen completaron el encanto imponderable que jamás debía olvidar. En las escenas culminantes, Luz inclinaba hacia mí el rostro conmovido y nuestras manos uníanse en una elocuente presión. Atónitas y deslumbradas se contemplaban entonces nuestras almas.

XXVI

Una noche en que regresábamos del teatro, a pie, para gozar de la frescura de la hora—según el deseo de mi madre—oí una frase que me indignó profundamente.

Luz marchaba adelante con Federico. Yo iba detrás con Rosa. Mi prima tropezó y su compañero ofrecióle el brazo, que no fué aceptado. Como mi madre se enterara de la negativa, alzó la voz:

—Luz, dale el brazo a Federico.

—No te molestes, mamá. Voy bien así.

—Dale el brazo. Puedes volver a tropezar.

—No, mamá. Gracias.

El mozalbete dijo entonces, con el acento trémulo, casi al oído de Luz:

—Usted me rechaza por darle gusto a ese chicueio

orgulloso, a quien yo debería castigar por insolente.

Ella retrocedió en el acto y fué a reunirse con las tres señoras que venían atrás.

Yo me adelanté y me puse a un lado de Federico. Caminamos algunos pasos en silencio. Procuraba serenarme.

—¿Cuándo cumplirá usted su promesa?—le interrogué, impetuosamente—. ¡Vaya, aquí me tiene! ¡Estoy esperando el castigo!

Con rapidez saqué de su vaina de terciopelo un puñalito antiguo comprado el día anterior.

Federico miró el arma con sorpresa. . .

—¡Cumpla su palabra, cobarde!—grité, asestándole un violento golpe en la cara con el puño cerrado sobre el pomo de marfil.

Acudieron azoradas las mujeres y nos alejaron.

Al día siguiente regresamos a La Antigua.

XXVII

Me sentí como nunca venturoso respirando de nuevo el aire balsámico de nuestro jardín.

Bravonel salió a nuestro encuentro, ladrando de alegría. Y jugué con el viejo animal como en mi infancia. Era un perro de una caducidad venerable, que miraba a veces como puede mirar un hombre, y que parecía comprender muchas cosas.

No veíamos a Genaro. Lo descubrimos junto a un matorral de heliotropos, acurrucado sobre el césped,

con la flácida cara llena de arrugas y de risas. Pensó asustarnos; pero le gritamos que había sido descubierto. Entonces soltó un bulto inquieto que apretaba entre los brazos y una venadita salió corriendo y se puso a lamer las manos de Luz.

—Esta es la sorpresa que les tengo—exclamó, radiante.

¡Bello animal color de fuego con puntos blancos! Tenía los ojos húmedos e inocentes, las orejas como lanzas y el hociquillo negro y brillante. Los cascos agudos, de una dureza de acero; y meneaba la cola como las ardillas.

Luz echó a correr y el pequeño cuadrúpedo fué tras ella, dando saltitos ágiles y graciosos.

Los tres reímos alegremente.

XXVIII

Transcurrieron días dulcísimos, en que la existencia se deslizó para nosotros como en un cuento de hadas. Las horas fugaban rápidas como las sombras. Después de nuestro regreso de la capital, mi ternura por mi amiga se hizo más intensa. Anhelaba darle toda mi sangre. Ponía mi alma a sus pies. No me cansaba nunca de mirarla ni de oírla. Con frecuencia arrodillábame a su paso, besando su falda. Era una adoración absoluta de todo mi ser por su fragante gracia virginal. Hundía, a veces, mi rostro en su seno, y escuchaba su inocente corazón, resonando como un reloj profundo. Ella reía de mis apasionamientos, acariciándome con dulzuras casi maternales. Eramos puros de alma y de cuerpo. Una perfecta ingenuidad inspiraba nuestros actos.

—¿Qué será de nosotros cuando tú ya no seas un niño?—preguntóme una vez, con los ojos fijos en los míos.

—¿Qué será de nosotros?—repetí asombrado—

Viviremos, como ahora, siempre juntos.

—Soy un año mayor que tú. Envejeceré y dejarás de quererme.

—¡Cómo! ¿Puedes imaginarte semejante cosa, Lucita? Te prometo que, al cumplir veinte años, me casaré contigo; o antes, cuando tú lo desees. . .

—Mamá puede oponerse.

—¿Por qué? Ella sabe que eso tiene que suceder y será feliz viéndonos dichosos.

Ratificamos en lo interior de nuestros corazones este compromiso, que encerraba todo nuestro destino.

XXIX

Salíamos algunas tardes de paseo. Descansábamos en la Alameda de Santa Lucía o en la cumbre del Cerrito del Manchén. Yo, que cumpliera recientemente diez y seis años, era robusto y más alto que ella, y sentíame lleno de orgullo a su lado. Usaba pantalones largos desde la víspera del último corpus. Los amigos nos saludaban al pasar, empleando familiarmente nuestros diminutivos.

—Adiós, Lucita. ¡Va usted muy guapa!

—Rogerito, buenas tardes. Recuerdos a mamá.

Y nosotros oíamos con placer aquellas frases de fórmula, gozando con la admiración que causaban nuestra juventud y nuestros trajes elegantes.

—¡Qué raro te ves con esos pantalones grises!—exclamó un día Luz—. Me sorprendes cuando te acercas. Pareces otro.

—¿No te gusto así?—pregunté, algo resentido.

—¿Gustarme? Siempre me gustas, y quizá más ahora.

Comprendí que dijo estas últimas palabras para desvanecer mi susceptibilidad y que le agradaba más mi traje corto. Pero luego se acostumbró a mis pantalones de géneros claros, que yo doblaba en los extremos sobre los relucientes zapatos de charol.

XXX

Desde la terraza del jardín veíanse en todo su esplendor los volcanes, que nos extasiaban con sus moles enormes.

—A fuerza de ver eternamente estos magníficos paisajes nos hemos acostumbrado a no impresionarnos con su belleza. Crecimos corriendo entre las ruinas y no comprendemos su valor. Y hasta nos burlamos de la ardiente admiración del viajero ante el mágico panorama de esta ciudad y ante el tesoro legendario de sus escombros.

Yo la oía con placer, y ratifiqué sus frases.

—¿Así será todo en la vida?—continuó—. ¿Que todo lo que vemos continuamente pierde a nuestros ojos su íntimo encanto?

—Quizá suceda esto en nosotros respecto a las cosas inanimadas—contesté—. Pero no entre los seres que se aman. Yo—lo digo con perfecta certeza—no me aburriría nunca de verte. Aunque pasara siglos mirándote, siempre hallaría en ti un nuevo encanto. Y aunque ese nuevo encanto no apareciera a mis ojos, la gracia primordial que inspiró mi ternura no podría desvanecerse jamás.

XXXI

Nos abismábamos durante semanas enteras en la

lectura. Devoramos centenares de novelas y volúmenes de versos que un librero de la capital nos remitía periódicamente por encargo verbal que yo le hiciera. Con una sonrisa benévola acogía mi madre las facturas mensuales que le enviaba el corresponsal antigüeño. Y acomodaba en una estantería elegante, que colocó en mi cuarto, los lujosos tomos de pastas de colores o las modestas ediciones en rústica.

Con el catálogo en la mano, Luz señalaba con lápiz rojo las obras que debería pedir.

Un sutilísimo instinto de Belleza dirigió nuestro gusto literario por la senda única de melodía y de pensamiento. Y si en nuestro amanecer mental olvidábamos los libros científicos, las obras de arte que leíamos eran sanas y útiles. Recuerdo, entre cien, las novelas que más nos entusiasmaron: *El Ensueño,* de Zola; *El amigo Fritz,* de Erckmann-Chatrián; *El Abate Constantino,* de Halévy; *El pescador de Islandia y El casamiento de Loti,* de Viaud. Libros olorosos a retamas y a violetas de los campos, melancólicos y profundos o impregnados de un bello optimismo. Atraíannos, sobre todo, de irresistible manera, las narraciones sobrenaturales, y, entre éstas, los cuentos de Poe. La maravillosa celebración del mayor poeta de las Américas encantó nuestras almas, con sus insuperables relatos fuera de la vida, más allá del normal círculo en que nos agitamos. Luz recitaba algunos de sus poemas extraños, con un encanto singular y casi fúnebre. *Ulalume, Annabel Lee, Berenice,* vibraban en sus labios con melodías de ultratumba que hicieran estremecerse a Edwig y ponerse nerviosa a mi madre.

—Me enferman la música y el dolor de tu voz—le decía, al terminar alguna de aquellas recitaciones mágicas y tristes.

Fué entonces cuando pude apreciar, en todo su valor, el talento complejo y exquisito de mi amiga. Una nueva faz de su rara personalidad vino a hacerla aún más

querida a mi corazón. Admirábala más ahora por su asombrosa flexibilidad mental y espiritual para asimilarse el dolor y la trágica desesperación de los grandes poetas. Ella, dirigida por maestros comprensivos de este arte supremo, hubiera llegado a conquistarse una gloria eminente. Una noche, en el salón, nos inmovilizó de asombro y de pavor, con el lúgubre relato de *Ligeia.* Aprendió, virtuosamente, de memoria, la prosa sobria, elegante y sonora que Verneuil tradujo del francés. Habría ella deseado conocer la lengua inglesa para realizar la traducción directa, evitando así que el pensamiento inicial se modificara en parte al pasar por el tamiz de dos idiomas. Tuvo que conformarse con la versión citada, hecha de la de Baudelaire. Luego que retuvo fielmente el mágico poema, aprendió a decirlo con su voz grave y musical, que, en ciertos pasajes, tomaba inflexiones ligeras, melancólicas, exasperadas, profundas y roncas. A veces su acento semejaba un rumor cristalino, y de pronto volvíase sordo y opaco, o frenético y áspero. Era, ya un cántico de oro, ya un solemne son taciturno, ya una gélida elegía torturante. Cuando levantaba al cielo los cándidos brazos para expresar el horror desesperado de *Ligeia,* su actitud sobrenatural, la magnética expresión de su faz y la fúnebre entonación de sus palabras, causaban en nosotros un verdadero sufrimiento.

"—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Padre Celestial! ¿Se habrán de realizar esas cosas irremisiblemente? ¿No será jamás vencido ese Gusano conquistador? ¿No somos una parte y una partícula de Ti?"

Y al terminar la pavorosa lucubración, su acento volvíase recóndito, como arrancado de las infinitas profundidades del *yo.* Luego florecía de pasión resplandeciente, de lóbrega duda, de amarga y suprema certidumbre. Las últimas palabras inmortales nos causaban un escalofrío:

"—Pero. . . *¿había crecido mi esposa durante su enfermedad?"*

¿Qué indefinible delirio se apoderó de mi al concebir esta idea? De un salto caí a sus pies; pero ella se retiró a mi contacto: desprendió su cabeza del horrible sudario que la rodeaba, y entonces se desbordó en la atmósfera de la habitación una masa enorme de largos cabellos desordenados: ¡eran más negros que las alas de la noche, más que el plumaje del cuervo! Y vi que los *ojos* de aquel rostro lívido se abrían lentamente.

''—¡Al fin!—exclamé con voz sonora—. ¿Podría engañarme yo jamás? ¡He ahí los ojos admirablemente rasgados, los ojos negros, los extraños ojos de mi amor perdido, de mi adorada Ligeia!''

XXXII

Cada día confirmaba mi juicio del extraordinario valer moral e intelectual de mi prima. Adorábala más a medida que, ahondando en el arcano conocimiento de su espíritu, sorprendía nuevos tesoros inestimables.

La mujer, en nuestras rudimentarias sociedades, salvo excepciones rarísimas, es inepta para la comprensión de la vida del pensamiento. Carece de ese sutil instinto para el arte, de donde directamente arrancan las ciegas vocaciones que hacen a los poetas, a los pintores o a los músicos. Es casi absoluta su ignorancia del proceso evolutivo de la Idea universal. Por el medio hostil en que se desarrolla, por la fría indiferencia que la rodea, y por otras múltiples causas de detalle, es refractaria a todo lo que se relaciona con las Letras. Sin criterio concreto y definido, lee los libros que la casualidad pone en sus manos, buenos, malos o mediocres; impulsada frecuentemente por su curiosidad de descubrir lo que en la vida práctica no podrá saber antes de su matrimonio. Pero sin darle importancia alguna a la obra literaria por sus méritos de forma o de fondo. Para ella valen lo mismo las novelas de Ohnet y Carolina Invernizzio que las de Daudet y Selma Lagerlof; y prefiere los libros de Feval o de Sué a los de Merejkowski o Anatole France. Los versos le gustan inconscientemente

infantilmente, por la música dulzona de los consonantes; pero no comprende la enorme distancia que cabe entre las palabras *verso* y *poesía*. De los periódicos lee la nota menuda, la frívola crónica de baile, el texto incoloro y banal. Las demás columnas son, en su sentir, inútiles. De aquí que los hombres de pluma—los que verdaderamente son dignos de llamarse así–no son por ella conocidos y apreciados en lo que valen. Los literatos o los sabios de calidad le impresionan un poco, porque la fama se impone, hasta en las torpes muchedumbres analfabetas; pero, de ningún modo, por el juicio personal que de ellos se hubiere formado.

Fuera de los vestido de las últimas modas, del color de los encajes y del adorno de los sombreros, de los paseos, de los bailes, de las ceremonias religiosas y de otros varios asuntos, más o menos fútiles, de la vida normal y fisiológica, no se puede sostener un diálogo de dos minutos con las solteras. Las jóvenes casadas hablan de todo lo anterior, y, además, de sus hijos, y de sus continuos afanes domésticos; y las ancianas, de los resúmenes precedentes, de sus nietos y de sus males físicos.

Una que otra—entre millares de damas— ha educado su gusto artístico con selectas lecturas, y siente y comprende el puro placer que dan las cosas del espíritu y del pensamiento; llegando a constituir un verdadero oasis encantador en ese estéril desierto de la mental inepcia femenina, para el hombre culto, para el pensador o para el poeta que no pueden vivir sólo de la burda prosa monótoma de la vida urbana.

Entre esas singulares excepciones, Luz podría ser única. Su instinto estético era como una metálica cuerda sonora, apta para vibrar armoniosamente al menor soplo musical. Y ese don celeste fué cultivado de manera exquisita.

Espíritu de selección, producto de algún ignoto proceso atávico, descubría fácilmente, en una página, la

línea plena de poesía; y en un largo fragmento de prosa cincelada, la idea resplandeciente o la frase de hermosura. Compenetrábase, hasta en sus matices más tenues, con la imagen o con la idea íntima del autor. Y lo seguía ampliamente en sus vuelos audaces y fantásticos. No se escapaba a la observación minuciosa de su análisis, ni la sutilidad de un concepto, ni la profundidad de una palabra oportunamente colocada entre otras sin colorido para darle importancia a una frase o hacer resaltar una idea. Para ella, en fin, no tenía secretos la prodigiosa mecánica de que se valen los poetas ilustres para conmover e iluminar los hondos abismos del espíritu humano.

XXXIII

Por aquella época compré una escopeta y un revólver de bolsillo. En algunas mañanas salía a cazar. Regresaba—después de dos o tres horas de hundirme en los matorrales o de ascender por los barrancos— con regular número de palomas y conejos. Cierto día maté un venado de aparatosa cornamenta, que conduje a rastras por una vereda y que hice llevar a casa sobre un mulo.

Crucé todos los alrededores de los caseríos de San Felipe, San Juan del Obispo o Ciudad Vieja, fatigado y sudoroso; y con frecuencia deteníame en alguna casa de los caminos o de los atajos para apagar la sed. Cuando la excursión resultaba inútil por la esterilidad de los sitios, arrasados por antiguos cazadores, regresaba con los bolsillos llenos de frutas y los ojales de la blusa cubiertos de flores silvestres para mi prima, que me esperaba leyendo en algún rincón del jardín.

Todas las tardes dábale una lección de tiro al blanco con el revólver; y como era muy hábil progresó rápidamente. Echaba por tierra, al primer disparo, la naranja que ponía sobre un tronco, a considerable distancia.

En una ocasión en que, echado sobre el musgo junto al escaño en que ella descargaba el revólver, me

entretenía en limpiar la escopeta, al querer Luz abrir el tambor, el gatillo saltó violentamente, rompiendo la cápsula única que aquel contenía. Tras la detonación, ambos nos quedamos mirando, anhelantes. . .

Yo perdí la cabeza a la sola idea de que estuviese herida. La tomé en los brazos perdidamente.

—No, no, a mí no me hizo daño. . .—repetía.

Después, palidísima, murmuró con los labios temblorosos:

— ¡Tú eres el herido, tú! ¡Dios mío! Mira como tienes el pecho. . .

En efecto, sobre la chaqueta blanca de caza, aparecía una mancha roja.

— ¡Gracias a Dios!—pude exclamar—. Creí que la bala te había tocado.

Y me recosté en el escaño, pues la sangre salía por mi boca en abundancia.

Fuera de sí, corrió ella hacia la casa. Privado de sentido me trasladaron a mi lecho.

XXXIV

Desperté algún tiempo después para caer luego en un profundo letargo. Una sed inextinguible me devoraba. La fiebre me hizo delirar constantemente. ¿Cuántos días pasé en aquel lamentable estado? Parecíame vagar, impelido por un hórrido viento de pesadilla, por países áridos y blanquecinos, cubiertos de cavernas y de escarpes. Maléficas visiones obsesionantes cruzaban mi cerebro. Satánicos ensueños me torturaban. Vi cosas monstruosas.

. . . .

Una noche—como a las once—recobré la razón.

Lentamente, confusamente, como si regresaran de un mundo remotísimo perdido en las eternidades, mis ideas normales volvieron a mi cerebro. Unas manos estrechaban mis manos y una cabeza yacía sobre mi almohada. Cerca, una lámpara esparcía su dulce claridad.

— ¡Luz—suspiré con voz tenue, haciendo un esfuerzo.

Ella se estremeció y alzó su faz, diáfana, color de lirio.

Nos miramos un segundo y un raudal de lágrimas saltó de sus ojos.

— ¡Alma mía!—me dijo, bañando mi rostro con su llanto—· ¡Alma mía querida!

Y, con un impulso de apasionada ternura, inclinóse y me besó largamente en los labios. . .

Yo sentí que rodaba por un abismo de flores y de sedas; oí como un lejano rumor de músicas, y volví a recorrer los áridos países de fantasmas y de sombras. . .

XXXV

Pocos días después entré en convalecencia. Supe entonces que estuve dos semanas en los fríos umbrales de la Muerte; casi perdido en la lóbrega noche sepulcral. La bala me atravesó el pulmón derecho, y un mal imprevisto complicó y agravó mi estado. Sentíame debilísimo: el más ligero esfuerzo para mover un brazo me fatigaba. Gruesos vendajes cubrían mi pecho. . . Difícilmente podía respirar. . . El doctor Sáenz manifestó que antes de mucho tiempo era inútil que pensara siquiera en levantarme.

—Puede muy bien decirse que usted ha resucitado—exclamó—. Ahora tendrá que cuidarse para que el balazo

no tenga fatales consecuencias. Creo de mi deber indicarle que, si no observa toda clase de precauciones. . . la tisis permanecerá en acecho. . . Hago esta explicación como un toque preventivo. . . Por lo demás, usted no debe experimentar ningún temor, después de haberle visto el rostro a la Muerte. . .

Apenas hubo salido, entró Luz. Oyó las palabras del médico y vino a arrodillarse a los pies de mi lecho, ocultando la cara entre las manos.

—Levántate, Lucita, no te aflijas. Yo sanaré, y seremos muy venturosos. . .

Llegó entonces a sentarse a mi cabecera. Tenía los ojos ardientes y el párpado inferior rodeado de una sombra violácea. . . Miré, con el alma en los ojos, su rostro enflaquecido. . . Durante mi enfermedad no se alejó de mi lado. Sin dormir, sin alimentarse casi, en una tenaz y mórbida inquietud, habíale asaltado una ligera fiebre intermitente. Mi madre estaba asombrada de su pasión por mí y de su admirable resistencia física.

Cuando le supliqué suavemente que fuera a descansar, ella se negó.

—No me retiraré de tu lecho hasta que pueda verte en pie.

Mi madre hizo llevar a mi cuarto un angosto catre, que fué extendido cerca del mío para que Luz reposara.

La pobre señora sufrió terriblemente viéndome agonizar. Sentíase ahora muy enferma, y, desde que se acentuó mi convalecencia, me abandonó a los cuidados de mi prima.

¡Inolvidable tiempo aquel en que fuí recobrando mis fuerzas! ¡Cuán dulcemente, cuán amargamente lo recuerdo!

Pronto se repuso Luz de su mal nervioso, y, viéndome mejorar, su corazón llenábase de profunda alegría. Su existencia concretóse a distraer mi inmovilidad y a hacerme gratas las horas. Durante el día charlábamos de mil cosas, forjando risueños proyectos: leíame páginas melancólicas o cantaba suaves romanzas al son de la guitarra.

En la noche, con frecuencia me asediaban dolores agudos de cabeza: pemanecía varias horas con los ojos abiertos, torturado por un invisible golpear de martillos sobre las sienes y por fulminantes alfilerazos sobre el cráneo. El dolor me arrancaba inconscientes suspiros.

—¿Sufres?—me interrogaba ella, en la obscuridad.

—Sí, la cabeza me duele horriblemente.

Levantábase, ligera como un ave, sin un rumor. Encendía la pequeña lámpara, haciéndome tomar la preparación de antipirina. Después pasaba, con una suavidad de terciopelo, su mano por mi frente. No se fatigaba de permanecer allí mucho tiempo, adormeciéndome con aquella leve caricia, que era para mi espíritu como un sedante milagroso. Algunas veces, viéndome dormido y no queriendo separarse de mí, acostábase a mis pies,dentro del lecho o sobre mi propia almohada; y constituía para mí una impresión inefable el hallarla, al abrir los ojos, en aquella cariñosa actitud de inocente abandono.

Mis ojos se humedecían mirándola tan pura y tan linda y tan llena de mi amor. Yo levantaba un poco la cabeza para verla dormir y su aliento infantil perfumaba mi rostro. La besaba entonces sobre los párpados tenues y en la boca rosada y cálida. Estremecíase suspirante, pero continuaba inmóvil.

Después me dijo que muchas veces simuló dormir para que yo la besara. Pero, regularmente, al sentir ella mis labios sobre los suyos, entornaba con languidez las

grandes pupilas y sus redondos brazos desnudos enlazaban mi cuello, estrechando, con un leve movimiento que le era familiar, su cabeza con la mía.

XXXVI

—Vienen dos visitas—exclamó Luz una tarde, levantando la pesada cortina.

—Son tres, niña Luz—dijo el anciano jardinero, entrando seguido de su perro y la venada.

Bravonel saltó sobre mi lecho y hubo que bajarlo. La venadita acercóse tímidamente y puso su cabeza nerviosa bajo mi mano.

—Viejo Genaro—murmuré con voz de resentimiento—no te has acercado a ver a tu amigo.

—¿Qué dice mi señor? ¡Si he venido todas las mañanas y todas las noches! ¡Si durante el tiempo en que su vida peligraba apenas me he separado de su puerta!

—Es verdad—dijo Luz—. Sólo que mamá prohibió la entrada a todo el mundo, por orden del médico. Mucha gente ha venido; pero sólo ella y yo podíamos verte.

—Excúsame entonces—volví a decir, tendiéndole la mano, que él estrechó sobre su mejilla seca y peluda.

XXXVII

Tres semanas después, en un mediodía llameante, bajé al jardín. Cuando atravesé el salón, apoyado en el brazo de mi prima, y pude verme en uno de los grandes espejos, estuve a punto de lanzar un grito. El cristal reflejaba un espectro, una sobra de lo que fuí. Ella quiso arrastrarme de aquel sitio, pero permanecí en él largo rato, torvo y mudo.

—¡No me atormentes, Rogerio!—sollozó—. Por mi causa te miras en ese estado. ¡Perdóname, amado mío!

—¡Qué voy a perdonarte, pobrecita! ¡Ni qué culpa tienes tú!

Y sequé sus lágrimas con mi boca, que un ligero bozo empezaba a sombrear.

Mi madre llegó, acompañándonos en aquel primer paseo de mi vuelta a la vida. Mientras caminábamos sin hablar, la contemplé con afectuosa piedad. Siendo aún bastante joven, tenía ya los cabellos casi blancos y la frente marchita. En un momento, en que Luz alejóse de nosotros para traerme un gajo de rosas, murmuró con su voz indecisa:

—Dime, hijo mío, ¿qué viste en el cuarto de tu abuelo? Porque estoy segura de que de ahí te vino la desgracia.

—Pero, mamá—exclamé, muy cerca de su oído—. ¡Si no he ido al cuarto del abuelo!

Ella suspiró profundamente como si le quitaran de encima del corazón una plancha de bronce.

—Entonces curarás, y volveré a verte fuerte y hermoso como antes.

XXXVIII

El invierno fué aquel año muy riguroso. Los monótonos aguaceros sucedíanse sin cesar y el viento húmedo soplaba en las noches con terrible violencia. Tronaba en las madrugadas y el jardín no nos ofrecía ningún encanto.

Como mi debilidad no cediera, el médico prohibióme salir de mi habitación. Tras los cristales cerrados herméticamente miraba ahora los días obscuros y las ramas de los

árboles azotados por la lluvia. Un frío pertinaz me inmovilizaba sobre un alto sofá, en el que pasaba las horas arrebujado en una gruesa capa escarlata que fué de mi padre.

—Me da horror esa capa—dijo Luz—. Envuelto en ella parece que estuvieras bañado en sangre.

Ahora la sangre le causaba un terror indecible.

Para evitarle ese tormento cambié mi abrigo por un gabán gris.

¡Largos días uniformes del invierno! ¡Cuánto soñamos en ellos mi prima y yo! Volvimos con afán a nuestras lecturas, y repasamos, una vez más, las historias y leyendas de La Antigua, que tan vagamente arrullaron nuestra infancia. Amábamos intensamente aquella ciudad como a una madre misteriosa que nos alimentara de fábulas y de fantasías; imaginándonos que ella transmitió a nuestras almas ese cálido anhelo de lo ignoto y esa irresistible pasión por el pasado que nos embriagaban de ilusión y de dolor. Por ella, sin duda, por haber nacido en su seno fecundo en quimeras, éramos tan vibrantes, tan sensitivos y tan torturados por el implacable torcedor del pensamiento. Por ella nos amábamos con un amor tan intenso y tan dulce, sobre el que sentíamos pasar un soplo trágico, aún en nuestras horas más puras y deliciosas. La amábamos quizá con más dolor que placer, comprendiendo que todo lo que en nosotros se agitaba de extraordinario y de triste, lo debíamos—fuera de nuestro singular organismo, en que se marcara, tal vez, algún maléfico sello ancestral—a su ambiente propicio a las abstractas soñaciones, a su antaño que nos saturó de su fúnebre poesía y a la melancólica belleza de su paisaje, que semeja una florida necrópolis, digna de acoger para siempre en su recinto a las mujeres más espirituales y a los soñadores más ilustres.

—No hay—creo—un lugar en el mundo tan refractario como éste para recibir las corrientes de la vida normal. Por eso me extraña que algunos extranjeros se enriquecieran aquí con el comercio de ropas y licores. Es éste, en verdad, un nemoroso sitio de sueño, en el que sólo deberían habitar artistas millonarios y mujeres inteligentes y elegantes, que respetaran las ruinas y conservaran en sus actos individuales y en sus volúmenes de versos y de prosas, en sus obras musicales y en sus cuadros y estatuas, las sagradas tradiciones y toda la intensa vida del Ayer. ¿No te da lástima e indignación ver el estúpido desprecio con que las autoridades y los vecinos miran nuestros escombros y las históricas reliquias que constituyen un inapreciable tesoro? Esbeltas columnatas, arcos atrevidos, labrados encajes de piedra, fragmentos arquitectónicos que fueran orgullo del más suntuoso museo, se ven aquí destrozados sin piedad por la crasa ignorancia de la plebe o por la rapaz avaricia de los jefes políticos. ¿No tiembla uno de cólera mirando las bordaduras de granito de un templo sirviendo de establos, y las azoteas de los palacios convertidas en depósitos de maderas? ¿Cómo han podido venderse a individuos dominados por el sórdido utilitarismo algunas de esas ruinas maravillosas que resumen las más brillantes riquezas de nuestra Historia y los mayores encantos de estos lugares, dignos, como ningunos, de las solemnes peregrinaciones de los pensadores y de los poetas? En Ciudad Vieja sufrí una tarde un tormento íntimo contemplando asombrado esas profanaciones miserables.

—Ciertamente—aseguró Luz—dentro de algunos lustros apenas quedará un vago recuerdo de estas ruinas. Casas de estilo moderno se elevarán sobre ellas, y el viajero de corazón y de ideal que venga en su búsqueda, se indignará de nuestro criminal desdén por los legados de los siglos.

—¿Quién, jamás—continué—, se interesó por salvar

de las zarpas de los mercaderes sin conciencia esas elocuentes páginas de piedra del gran libro de nuestro pasado? ¿Quién, como Cristo, empuñó el vibrante látigo del castigo contra esos merodeadores infames que han tasado—al peso bruto de los adobes y de las rocas—el precio de los monolitos, de los capiteles, de las cornisas cubiertas de exóticas gárgolas, de las obscuras láminas pétreas surcadas de inmemoriales inscripciones? ¿No hemos visto construir casucas ridículas o grotescos edificios públicos, empleando, como ripio inútil, los fragmentos de las figuras simbólicas que ornaban las fachadas de las iglesías? ¿Y quién levantó nunca la voz para protestar contra tan ultrajante sacrilegio?

—Tu padre—contestó doña Francisca, que, al pasar frente a mi cuarto, quedóse escuchando con placer nuestra plática.

Tomó asiento cerca de mí y con su voz grave y suave explicó sus palabras:

—Hizo él lo que humanamente era posible para que el Gobierno emitiera una orden protectora de las ruinas y para que las autoridades civiles y militares la cumplieran estrictamente. Gestionó por que se conservaran intactas esas reliquias y hasta llegó a ofrecer una fuerte suma en metálico para el sueldo de los empleados que deberían dedicarse exclusivamente a su custodia.

—El sentía como yo estas cosas—exclamé conmovido—. Y fué su esfuerzo iniciador, aún cuando resultara estéril, una alta expresión de patriotismo. Porque para los antigüeños el mayor deber local está en la defensa de ese depósito secular que el destino les confiara y al cual deben no pocas satisfacciones morales y prácticas. El día en que no queden rastros de esos fabulosos recuerdos, nuestra ciudad habrá perdido —a pesar de su espléndida

topografía—, la mejor parte de su poderosa atracción. El prestigio tradicional enciérrase, frecuentemente, en los inmóviles objetos inertes, en algún resto palpable de gloria o de hermosura; y va extinguiéndose, poco a poco, a medida que esos objetos desaparecen. Así, cuando ya no podamos mostrar al visitante inteligente ninguna de esas frías piedras que eslabonan una arcada o sustentan una columna, el íntimo encanto de La Antigua irá perdiéndose hasta quedar completamente nulificado.

—Y mi tío—preguntó Luz—, ¿obtuvo algo efectivo en sus nobles gestiones?

—Unicamente que, con uno de esos agudos pedruscos de museo, le escaparan de despachar al otro mundo. Una noche en que él rondaba por el interior del templo de la Concepción para impedir que robaran una hermosa imagen de granito, de gran valer arqueológico, que él descubriera hacía pocas horas en un subterráneo, y que no tuvo tiempo de enviar a una oficina pública para su seguridad, recibió, traidoramente, una pedrada en el cráneo que le hizo rodar moribundo. Una infeliz mujer, que dormitaba sobre un escombro, acudió en su socorro. Ella gritó, llegaron algunos vecinos y lo condujeron a casa. Desde entonces él no quedó bien. Sentía vértigos, asediábanle obscuras monomanías, íbansele las ideas. Creo que tal desgraciado incidente fué, en parte, motivo para su desastroso fin.

—Y, con un temblor en la voz, añadió:

—Verán ustedes si el golpe fué terrible y de consecuencia fatal.

Lentamente levantóse y salió, regresando poco después con una calavera en la mano.

—Esta fué la tremenda pedrada —dijo— señalando una larga rotura en la sien derecha, sobre el hueso amarillo

y brillante como el marfil.

En sus dedos giró la calavera. Y las hondas cuencas y la blanca dentadura nos hicieron estremecer.

—¿Y no pudo averiguarse quién fue el villano, que de manera tan ruin atacó a mi padre? —pregunté indignado.

— ¡Jamás! Se agotaron todos los medios imaginables para descubrir al malhechor. Pero inútilmente.

Alejóse, como una sombra, con el fúnebre despojo.

La lluvia, que arreciaba, azotó fuertemente los vidrios del balcón.

XXXIX

—¿Por qué no haces versos?—me preguntó Luz.

Era en un mediodía tórrido. Un pálido rayo de sol quemaba un punto rojo de la alfombra, formando delgadas cintas luminosas en que danzaban torbellinos de polvo sutil.

—¿Por qué? Por dos graves motivos. Primero porque sólo tú podrías inspirarme, siendo, como eres, para mí, lo más bello que existe; y como ya te rimé mi amor en algunas sinceras estrofas, temo aburrirte con repeticiones métricas.

Ella sonrió.

—Yo creo que el amor, tal como lo siento —exclamó—, puede expresarse en una infinita variedad de metros. Cada emoción tiene sus matices propios; y un poeta puede, a su antojo, hacer hablar a su espíritu indefinidamente empleando ideas sutiles y rimas diversas.

—Ciertamente, un poeta lo puede hacer. Pero yo no soy un poeta. Y aquí cabe mi segundo motivo. Yo quisiera producir algún poema de verdaderos, profundos y melodiosos versos. Desaría ponerles música a mis ideas. Construir renglones inmortales que se eternizaran en las almas. Como no puedo hacerlos así, me abstengo cuerdamente en perseverar en una obra falsa y estéril, en cuanto no tiene por base la confianza y la fe en la propia fuerza interna. No puedo conformarme—teniendo tan seguro y alto concepto de la Poesía—a seguir por el camino de los mediocres. Mi orgullo me inmoviliza. Prefiero el eterno silencio a la inútil exposición de asuntos banales en rimas banales.

—Pero tú posees el don de la armonía, el secreto excepcional; y si cultivas tu aptitud llegarás a donde quieras. Recuerda la profética frase de Edwig.

—Un Poeta, Luz, un verdadero poeta, es un ser omnipotente en el vasto dominio de las Ideas, de las Palabras y de los Símbolos. Transforma en flores y músicas la materia inerte del idioma. Vuela por el Infinito, dialoga con los Elementos, somete a su voluntad las formidables fuerzas ocultas. Su cabeza es como una ánfora sagrada llena de secretos y de prodigios. Pone su espíritu en cada vocablo y hace de las voces rosarios trémulos de emociones y de melodías. Es águila y alondra, es rayo y es céfiro. En su enorme corazón palpitan todos los amores y todos los dolores de la Humanidad y su latido es como el retumbo del trueno y del mar. Es, en fin, la más asombrosa manifestación de las energías eternas, porque la Gloria prolonga su poder y su personalidad a través de las edades. ¡Es un hombre, y más que un hombre, o, por lo menos, el que está más cerca de Dios!

Ella me oía con los ojos fúlgidos, grave y dulce. Después, con toda la ingenuidad de su alma, sonrió encantada; y yo me quedé extático admirando los dos gráci-

les hoyuelos de sus mejillas. Estaba peregrinamente seductora con su ligero traje blanco y la cabellera de tinieblas partida en dos bandas sobre la cándida camelia de la frente.

—Pues bien, Rogerio, ahora, con más certeza que antes, creo que eres un gran poeta.

—Sólo sé que estoy dispuesto a escribir múltiples rimas en honor de tu espíritu y de tu hermosura. Haré madrigales a tus cabellos, a tus manos, a tus ojos, en donde miro la Eternidad.

Y me quedé en silencio con las pupilas fijas en las suyas, tan melancólicas y negras; y luego en la rosa encendida de sus labios.

Ella adivinó mi deseo; y, levantándose, enlazó mi cuello con sus brazos lánguidamente: hundió sus ojos en los míos: y, suspirante, besó mi boca pálida.

XL

Con el tiempo seco y luminoso fuí recobrando, día por día, la salud. A fines de febrero sentíme curado.

A pesar de los temores de mi madre, reanudé mis excursiones de caza. Corrí, como antes, por los boscajes y breñales, aunque rara vez con éxito. Los astutos conejos escondíanse con tal ligereza que frustraban mis esfuerzos.

Luz burlábase graciosamente de mí, arrojando al aire el vacío saco de cuero.

—Hoy no comeremos conejo—exclamaba riendo.

Salomé, la cocinera, no ocultaba un gesto de disgusto.

—Y tanto que le agrada el guiso de conejo a la señora—murmuraba.

—Te juro, Salomé, que mañana tendrás dos piezas grandes.

Levantéme, al día siguiente, con el alba, y salí del portón sin hacer ruido. Los gallos cantaban en los corrales. Picóme el rostro un gélido vientecillo, que azotaba los pañolones de algunas mujeres que, con ágil andar, iban a la primera misa. Las campanas resonaron en el aire matinal. Con la escopeta al hombro y el saco de lado, seguido por *Bravonel,* que a duras penas podía trotar cinco minutos sin jadear, atravesé varias calles. Pronto estuve fuera de la ciudad. Irresoluto acerca del rumbo que debía tomar, crucé, por fin, la Alameda de Medina.

En un corral una muchacha ordeñaba una vaca.

—¿No quiere leche el cazador?—preguntó alegremente.

—Bueno, dame un vaso; pero que sea muy grande.

Trajo un ancho vaso con oreja, liso y grueso. Púsolo bajo la ubre repleta, y los tibios chorros brotaron entre los dedos colorados y redondos.

—Veremos si se lo toma usted todo—volvió a decir, presentándome el amplio cristal colmado de espuma.

Lo apuré despacio, sin dejar una gota.

La muchacha sonrió.

—Buen desayuno, ¿verdad?

Y mientras me enjuagaba en un hilo de agua que caía, ahí cerca, de una roca, ella me miraba picarescamente. Saqué tres duros y se los puse en la mano abierta. Removíalos con aire turbado.

—Cómprate dos hermosas cintas para Semana Santa.

Y seguí mi camino. Al llegar al final de la senda, antes de doblar un recodo, me volví. La campesina me saludó con su delantal rojo.

Aquella mañana rebosaba en mi corazón una profunda alegría. Era feliz, y hubiera deseado transmitir mi felicidad a todos los seres de la tierra. Una cálida ola de salud y de esperanza en una dicha sin ocaso, inundábame deliciosamente. Habría querido socorrer o todos los pobres y abrazar a todos los desgraciados. Me reproché entonces que, siendo tan rico, no fuera pródigo con los infelices. Por primera vez surgía aquella idea en mi cerebro, y estaba ya dispuesto a practicarla. Sí, haría mucho bien. Daría de comer al hambriento, vestiría al desnudo, según el divino mandato.

Miraba ahora, con una íntima dulzura en el corazón, el mágico cielo relampagueando sobre mi cabeza y el sol de oro quemando la ceja del monte. Nubes de pardos pájaros cruzaban sobre las sonoras arboledas y las vacas de suaves pupilas mugían en los patios rústicos.

Ascendía por un otero pedregoso cuando escuché un continuo crujir de hojas a un lado de la ruta. Metíme entre el ramaje y a diez metros miré varios conejos inmóviles detrás de un grueso tronco. Rápidamente cogí la escopeta y disparé. Cayó uno y me puse a correr tras de los otros. El de más volumen salió al camino, saltando sobre los pedruscos. Paréme y el animalillo también se detuvo. De un tiro le derribé patas arriba.

Recogí a mis víctimas. Al echarlas en el saco pensé que nada malo me hicieron para que yo los asesinara.

Regresé contento, y, en el instante en que la vieja criada cruzó el corredor, le dije en alta voz:

—Salomé, son las ocho; y aquí tienes los dos conejos que te ofrecí ayer.

XLI

Mucho se alegró mi madre al extender sobre mi escritorio el contenido de los diez paquetes de libros encargados últimamente a la capital. Eran, en su mayor parte, modernas obras científicas sobre una gran variedad de materias.

—Estudia, Rogerio—me dijo—. Las buenas novelas son muy gratas. Pero los buenos libros de ciencia son muy gratos y muy útiles.

Era yo quien leía ahora a Luz páginas interesantes sobre complejos asuntos que encerraban los más trascendentales problemas humanos. Mi madre venía a sentarse junto a nosotros para escuchar aquellas lecturas, que después comentábamos, ampliando nuestro personal criterio. Un volumen sobre los sueños, estudio razonado admirablemente, desarrolló en nosotros nuevas fuerzas de comprensión y de análisis. Las dos mujeres que me escuchaban, una de clara inteligencia y la otra de brillante cerebración, constituían mis únicos amores. Sentía, pues, un verdadero placer en que, unidos, descifráramos el secreto de las ocultas cosas y los extraños fenómenos de la existencia física y del alma. Repetía, en ocasiones hasta dos veces, un párrafo erudito lleno de honda observación psicológica; y nos quedábamos, frecuentemente, asombrados, viendo un exacto reflejo de algún arcano matiz de nuestro *yo* en algunas frases vívidas y ondulantes. Misterios de la vasta Naturaleza, inexcrutables y obscuros, nos seducían. Concretábamos, durante largas horas, nuestro pensamiento en los arduos problemas de la Muerte y del Infinito, sumergiéndonos en espesas dudas impenetrables. Nada concreto, nada seguro veíamos acerca de estos puntos culminantes, en los libros y en nuestros espíritus. El secreto pavoroso, el supremo secreto se espaciaba, se difundía en nosotros, siempre hermético y terrible. Gozaba entonces advirtiendo la evolución de las ideas de mi madre, especialmente sobre asuntos religiosos, en los que antes no admitía que se le replicara, aceptando conclusiones

utópicas que ahora la hacían sonreír. Su fe en el dogma puro del cristianismo permanecía inmutable; pero, en gran número de detalles, su criterio había cambiado. De su antiguo ardor fanático no quedaba ni la más ligera huella. Su intolerancia, sus pueriles temores y sus prácticas místicas desaparecieron poco a poco para dar lugar a los resplandores de la razón y de la lógica.

Yo la abracé, apretando contra el suyo mi corazón, amándola como nunca bajo esta nueva faz, exenta de cobardes prejuicios, serena en su mirada hacia el más allá, y confiando, no en las fórmulas baladíes y convencionales de una prédica absurda, sino en el triunfo del Bien, de la Fraternidad y de la Justicia.

XLII

Una noche se habló de religión entre las personas que nos visitaban con mayor frecuencia. Encontrábamonos reunidos en la gran sala doña Ana Tovar, pariente nuestra, Edwig, don Diego Corrales, alcalde de la ciudad, el Padre Gregorio, el Dr. Sáenz, y los de la casa.

Después de externar algunos juicios generales sobre la exégesis de las diversas religiones en que se ha abrevado la Humanidad, Sáenz y yo guardamos silencio.

—Repetiré—murmuró el sacerdote—que nuestra religión es un fuerte freno moral. Y que pueblo descreído es pueblo sin porvenir.

—Lo que yo aseguro —manifestó don Diego— es que el pastor católico que quiera conducir las almas por el sendero trazado por el dedo divino tendrá que detenerse ante obstáculos insuperables. Doy por seguro que ese conductor de espíritus es un hombre de talento, virtuoso e ilustrado. Tendrá que plegarse a costumbres rutinarias, y enseñar, como cosa cierta, lo que no es más que una mentira.

—¿De qué mentira habla usted, don Diego?—replicó

XLI

Mucho se alegró mi madre al extender sobre mi escritorio el contenido de los diez paquetes de libros encargados últimamente a la capital. Eran, en su mayor parte, modernas obras científicas sobre una gran variedad de materias.

—Estudia, Rogerio—me dijo—. Las buenas novelas son muy gratas. Pero los buenos libros de ciencia son muy gratos y muy útiles.

Era yo quien leía ahora a Luz páginas interesantes sobre complejos asuntos que encerraban los más trascendentales problemas humanos. Mi madre venía a sentarse junto a nosotros para escuchar aquellas lecturas, que después comentábamos, ampliando nuestro personal criterio. Un volumen sobre los sueños, estudio razonado admirablemente, desarrolló en nosotros nuevas fuerzas de comprensión y de análisis. Las dos mujeres que me escuchaban, una de clara inteligencia y la otra de brillante cerebración, constituían mis únicos amores. Sentía, pues, un verdadero placer en que, unidos, descifráramos el secreto de las ocultas cosas y los extraños fenómenos de la existencia física y del alma. Repetía, en ocasiones hasta dos veces, un párrafo erudito lleno de honda observación psicológica; y nos quedábamos, frecuentemente, asombrados, viendo un exacto reflejo de algún arcano matiz de nuestro *yo* en algunas frases vívidas y ondulantes. Misterios de la vasta Naturaleza, inexcrutables y obscuros, nos seducían. Concretábamos, durante largas horas, nuestro pensamiento en los arduos problemas de la Muerte y del Infinito, sumergiéndonos en espesas dudas impenetrables. Nada concreto, nada seguro veíamos acerca de estos puntos culminantes, en los libros y en nuestros espíritus. El secreto pavoroso, el supremo secreto se espaciaba, se difundía en nosotros, siempre hermético y terrible. Gozaba entonces advirtiendo la evolución de las ideas de mi madre, especialmente sobre asuntos religiosos, en los que antes no admitía que se le replicara, aceptando conclusiones

utópicas que ahora la hacían sonreír. Su fe en el dogma puro del cristianismo permanecía inmutable; pero, en gran número de detalles, su criterio había cambiado. De su antiguo ardor fanático no quedaba ni la más ligera huella. Su intolerancia, sus pueriles temores y sus prácticas místicas desaparecieron poco a poco para dar lugar a los resplandores de la razón y de la lógica.

Yo la abracé, apretando contra el suyo mi corazón, amándola como nunca bajo esta nueva faz, exenta de cobardes prejuicios, serena en su mirada hacia el más allá, y confiando, no en las fórmulas baladíes y convencionales de una prédica absurda, sino en el triunfo del Bien, de la Fraternidad y de la Justicia.

XLII

Una noche se habló de religión entre las personas que nos visitaban con mayor frecuencia. Encontrábamonos reunidos en la gran sala doña Ana Tovar, pariente nuestra, Edwig, don Diego Corrales, alcalde de la ciudad, el Padre Gregorio, el Dr. Sáenz, y los de la casa.

Después de externar algunos juicios generales sobre la exégesis de las diversas religiones en que se ha abrevado la Humanidad, Sáenz y yo guardamos silencio.

—Repetiré—murmuró el sacerdote—que nuestra religión es un fuerte freno moral. Y que pueblo descreído es pueblo sin porvenir.

—Lo que yo aseguro —manifestó don Diego— es que el pastor católico que quiera conducir las almas por el sendero trazado por el dedo divino tendrá que detenerse ante obstáculos insuperables. Doy por seguro que ese conductor de espíritus es un hombre de talento, virtuoso e ilustrado. Tendrá que plegarse a costumbres rutinarias, y enseñar, como cosa cierta, lo que no es más que una mentira.

—¿De qué mentira habla usted, don Diego?—replicó

el clérigo.

—De la que ustedes enseñan en las escuelas y en los templos. Conste que no me refiero al origen excelso del cristianismo, sino al procedimiento adoptado para fijarlo en las muchedumbres. Aunque liberal radical—de aquellos que aplaudieron el bello acto de Rufino Barrios de arrojar las sotanas fuera del recinto de la República—creo, en verdad, en Cristo, con una sinceridad absoluta. La forma, la ampliación ilógica y anormal que se ha dado a la dulce prédica galilea, a eso es a lo que yo llamo una mentira.

—No veo de qué otra manera se hubiese podido difundir el cristianismo. Había que buscarle un cauce y se adoptó aquel por donde las multitudes fueran más libremente. Eso es todo.

—Cauce de ignorancia y de falsía, Padre Gregorio. Por él van las muchedumbres humanas como hatajos de corderos, dirigidos por pastores inútiles si no malvados. He de advertir que en esto, como en todo, surgen brillantes excepciones. Pero aún los que hermosamente constituyen esa rotura de la regla, van por una senda que no es la verdadera.

Las mujeres escuchaban silenciosas. Sáenz sonreía, levantando con el índice las hojas de un álbum abierto sobre el piano.

—¿Y tú qué opinas, Rogerio?—interrogó doña Ana.

Miré un instante a la vieja señora y contesté:

—Yo tengo sobre las religiones—como sobre muchos otros asuntos más o menos graves—ideas y teorías muy personales, que no se avienen con los criterios predominantes. Mi modo propio, quizá único, de ver las cosas, me expone a chocar constantemente con los que, no tomándose el trabajo de razonar por su cuenta, unen su opinión a la opinión de las mayorías. Concretándome al cristianis-

mo, debo decir que me parece la más pura y bella entre todas las religiones. Cristo fué, a mi entender, el mayor filósofo de la Humanidad. Creo, además, en El, en su esencia divina y en su celeste misión. Su doctrina cristaliza los más sublimes anhelos del alma y los más inefables sueños del pensamiento. Su figura es por sí misma inmortal en el corazón de los hombres. Perfumó su palabra el ambiente de Galilea, y su inocencia y su muerte perpetuaron su nombre a través de los tiempos. En sus máximas, en sus parábolas, en sus sentencias, en toda su enseñanza, sencilla y dulce se resumen, ampliamente, los amores y los pesares y las tristezas y las ilusiones del alma ilusa y atormentada. En su verbo profundo y cristalino se concretan las ideas, los ideales, las emociones y esperanzas del género humano. Vestido de humildad y de caridad; casto, y puro y limpio de toda mancha terrena; bello, armonioso y seductor con su sonrisa y su mirar infantiles, con sus pies desnudos y pálidos y su frente pensadora y sus manos perfumadas y blancas como las azucenas, su imagen grabóse eternamente, con sello imborrable, sobre las conciencias. Si sus principios, plenos de trascendental sabiduría, hubieran sido aplicados literalmente, sin cambios ni mutilaciones, en esta hora el cristianismo sería la religión universal. Desgraciadamente sus intérpretes falsearon su doctrina, y de error en error, ha llegado a los tiempos actuales, en que su decadencia salta a la vista.

—No veo esa decadencia, Rogerio—murmuró el sacerdote.

—Es fácil comprobarla con las estadísticas contemporáneas. Con placer le enviaré mañana, con las anotaciones respectivas, un importante libro documentado, recién escrito, que trata de este asunto.

—¿De Renán?

—No. Renán murió hace ya muchos años.

—¿Y a qué crees tú, Rogerio, que se debe ese desprestigio de nuestra fe? ¿cuál es la falsa interpretación de la doctrina cristiana?

—Jesucristo predicaba la humildad, la caridad, la fraternidad. En sus apólogos se exalta al generoso, al inocente, al hombre sencillo de intención y de acción. Quería redimir a la Humanidad por los suaves afectos del alma y por la pureza del pensamiento. Al fundar la democracia de los espíritus abrió un amplio horizonte a la conciencia, y fue, de este modo, como alguien lo dijo, el que fijó los primeros cimientos del Liberalismo. La Iglesia, tal como hoy se halla instituída, es conservadora. Y en su organización, desde lo que atañe a la vana pompa pontificia, hasta lo que se relaciona con el más insignificante clérigo de aldea, ha buscado un rumbo opuesto al que marcó el filósofo divino.

—¡Amén!—murmuró doña Ana.

XLIII

Una noche el doctor Sáenz llegó tarde al salón.

—Acaba de morir—exclamó con voz trémula—la señorita Elsa Olivares.

A todos nos causó pena la noticia.

Yo recordé el gracioso perfil de aquella mujer pálida a quien viera tantas veces tras los cristales de sus balcones, cosiendo o mirando hacia la calle, como si esperara a alguien.

—Fué una de las jóvenes más bellas de La Antigua; pero su espíritu peregrino era aún más bello que su cuerpo. Como médico de su familia tuve ocasión de conocerla íntimamente. Ustedes saben su historia. Durante veinte años vistió siempre de negro y jamás se le vió traspasar

el umbral de su casa. Murió enamorada de Horacio Vidaurre, como en aquellos días, ya tan lejanos, en que su novio regresó de Sur América. . .

—Doctor, cuente usted, se lo ruego, esa historia, que Luz y yo ignoramos—murmuré—. Oí decir, hace algún tiempo, que usted se casaba con esa dama, a quien hablé una sola vez, y que me pareció muy simpática.

—En verdad, hice cuanto pude por que me amara; pero todo fué inútil. Y cuando le ofrecí mi nombre, me rechazó suavemente, manifestándome que jamás se casaría.

—Relátenos la historia, doctor—dijo mi madre—. Mi marido fué condiscípulo de Horacio en sus primeros estudios. Y siempre escucho con interés todo cuanto a él se refiere.

—Oíd, pues, el episodio—exclamó Sánchez.

XLIV

El regreso de Horacio Vidaurre fué celebrado espléndidamente. La madre, las hermanas y las primas transformaron en un palacio el viejo caserón conventual, desde cuya azotea de granito descubríase toda la ciudad. En la huerta florida volvió a sonar el murmullo de los surtidores; y los faroles azules y rojos, diseminados profusamente entre la verdura de los ramajes, dieron aspecto fantástico a las amplias avenidas de naranjos y de cipreses. Las habitaciones mostraban nuevos y claros tapices y suntuosas alfombras, y la alta sala, semejante a la nave de una iglesía, aparecía magnífica, con su decorado sobrio y elegante.

Después de siete años de activo trabajo en una casa exportadora de Buenos Aires, venía Horacio a pasar algunos meses con su familia. Era un guapo mozo moreno, de ojos de un negro profundo, rebosante de alegría y de salud. Su novia, Elsa Olivares, no pudo sofocar una excla-

mación de placer al volverle a ver tan bello. Aún adolescente partió del hogar y los retratos que enviara no daban idea exacta del original. También él la encontró encantadora en la deliciosa plenitud de sus veinte años, con su rostro de un óvalo angélico, con su fragante cabellera negra y sus manos mórbidas y blancas.

En la reunión familiar de la primera noche, Horacio relató su vida en la cosmópolis del Plata, y con la gracia móvil de su palabra dió pintorescos detalles, explicando después su diario trabajo y sus continuos ascensos. El jefe del gran establecimiento de exportación demostrábale su cariño y aprecio, y en su poder tenía considerables ahorros.

—¿Y mi amigo Pablo Carrera?—interrogó don Pedro.

Horacio palideció levemente. Pero, reponiéndose al instante,

—Vive en Córdoba—dijo—. Posee allá una extensa fábrica de tejidos. Le vi apenas una vez, cuando fui a aquella población a cobrar unas letras.

El viejo caballero guardó silencio. Causábale extrañeza no recibir carta alguna de su antiguo camarada, en los últimos seis meses, después de su mutua correspondencia de más de un cuarto de siglo. Y, sobre todo, que Horacio se expresara tan ligeramente de un hombre a quien su padre quería como a un hermano mayor.

Don Pedro Vidaurre—descendiente de un patricio castellano—era uno de esos extraordinarios varones de caballerosa hidalguía, para quienes el honor y el alto renombre están sobre todas las cosas humanas. Su noble aspecto de viejo prócer, su paso firme y su fino bigote gris retorcido a la antigua usanza, hacían recordar a los fuertes capitanes aventureros descritos en los metálicos romances árabes. Sus ojos brillaban aún como en la épo-

ca de su remota juventud; y todo en él revelaba la aristocracia de su origen. Cifrando su orgullo en la estimación y respeto de las gentes, su historia, como la de sus antepasados, era una resplandeciente cadena de bellas acciones, y su fortuna tradicional y su blasón heráldico hallábanse limpios de toda mancha. La única debilidad de su férreo carácter era su ternura por Horacio, para quien soñara un éxodo heroico, y a quien educó dentro de las más rígidas reglas de la cultura y del deber. Exaltó en él el amor a la gloria, la audacia legendaria y todas las cosas generosas y brillantes. A los diez y ocho años el joven quiso crearse una posición por su propio esfuerzo, y él no se opuso a su viaje a la Argentina, aplaudiendo ese viril propósito, digno de los hombres de su raza.

Horacio fué el orgullo de la juventud antigüeña. Su figura simpática e imperativa, que evocaba el porte galán de César Borgia; la incomparable aristocracia de sus maneras y de sus trajes; su prodigalidad y valor proverbiales, diéronle, en poco tiempo, todo el prestigio de un personaje de leyenda.

Cuando pasaba por nuestras calles céntricas en un hermoso potro blanco, las muchachas más tímidas asomábanse a los balcones y secretamente envidiaban a Elsa Olivares; y al atravesar los desiertos suburbios abríanse las puertas, siguiéndole murmullos de admiración y rápidas palabras de homenaje.

En la capital fué objeto de entusiastas ovaciones; y en una tarde de fiesta en La Reforma, al pasar en un lujoso carruaje de cuatro caballos, sintióse suavemente acariciado por las miradas y sonrisas de las jóvenes de mayor belleza y elegancia.

Sólo Jorge Ruiz le odiaba mortalmente. En el colegio, en varias ocasiones, estalló su mutuo rencor. Horacio olvidó por completo a su enemigo de la infancia. Jorge, por el contrario, día por día le aborrecía con más intensidad. A aumentar este sentimiento vino la violenta

pasión que Elsa le inspirara. Puso en juego su enorme fortuna y sus importantes relaciones sociales para obtener el amor de la joven, pero vanamente. Durante cinco años le hizo una corte asidua. Ella fué obstinadamente fiel a su novio; y a no haber mediado su fraternal amistad con las dos hermanas de Jorge, habría prohibido a éste que la visitara. Contentóse con no recibirle cuando se hallaba sola, obligándole a guardar silencio y a refrenar su pasión.

La fiesta—en aquel claro domingo de septiembre— fué magnífica, en la finca de los señores V*. Después del paseo por los cafetales y del baño, se almorzó alegremente. Tres marimbas ejecutaron aires nacionales y el champagne coloreó el rostro de las bellas mujeres.

En la tarde hubo extraordinarios juegos entre los hombres. En el ancho patio, cubierto de cemento de colores, empezaron los ejercicios corporales. Tras de algunas breves luchas, Jorge Ruiz fué aclamado campeón.

Una de las damas debía premiar al vencedor con un clavel de su corpiño, y ya Jorge dirigíase resueltamente a Elsa, cuando Horacio, sentado cerca de su novia, levantóse diciendo:

—Un momento, amigo Ruiz. Sentíame tan venturoso en este sitio, mientras ustedes ensayaban sus músculos, que me olvidé de tomar parte en el combate. Veo ahora cuál es el inestimable precio del triunfo, y estoy a sus órdenes dispuesto a disputárselo.

Y bajó al patio entre un gran rumor de aplausos.

Jorge, en tanto, sonreía irónicamente. De mucho más volumen que su rival, su brazo hercúleo era capaz de derribar a un toro. Seguro de sí mismo, preparóse a gozar de su fácil victoria, humillando a su enemigo.

Las mujeres reían y comentaban el caso. Como en los hipódromos y en los circos, empezaron las apuestas.

Casi todas se inclinaban a favor de Jorge. Apenas hubo dos voces contrarias.

—¡Cien pesos por Ruiz!—gritó uno.

—¡Quinientos por Jorge!

—¡Mil por Ruiz!

—¡Pago a todos!—exclamó Horacio, con voz vibrante, que dominó a las demás—¿No hay otro que apueste contra mí?

Y apareció, ágil y elegante, tras de un ligero boscaje, con los pantalones apretados a los muslos y entreabierta la fina camisa de seda violeta; quedándose, en medio del círculo de amigos, inmóvil e indiferente, esperando a su contrario.

Este avanzó, con los ojos encendidos. Saludáronse, y, en un profundo silencio, empezó el asalto.

Enlazáronse ambos jóvenes con salvaje ímpetu, luchando desesperadamente durante dos minutos. Desuniéronse un segundo para volverse a atacar con mayor violencia. Horacio vaciló y estuvo a punto de caer tras una brusca acometida; pero, reponiéndose instantaneamente, levantó—con un tremendo esfuerzo que pasmó de asombro a los espectadores—a su rival, medio metro del suelo, derribándolo de bruces sobre el pavimento.

Un ¡hurra! formidable resonó por todos lados.

Después de ayudar a Jorge a levantarse, miró sonriendo a su novia, que también lo miraba sonriendo, pálida como una muerta.

Volvieron a la ciudad al anochecer. En la Alameda de Santa Lucía una infeliz muchacha, conduciendo a su padre ciego, les salió al paso.

Doña Julia de N* exclamó, alargando un extremo de su negro manto:

—Caballeros, una limosna para estos pobres.

Empezaron a caer las monedas en el lienzo. Ruiz entregó un billete de cien pesos. Y fijamente quedóse mirando a Elsa. Horacio volvió a sonreír a su prometida, y quitándose de la corbata el grueso diamante negro que la exornaba, lo depositó, con sencillo ademán, en la mano de la recaudadora, añadiendo:

—Cedo, además, a estos pobres los mil seiscientos pesos que gané en las apuestas.

Tal era aquel hermoso y extraño joven.

Poco antes de las tres de la mañana del día siguiente, Horació sintió ruido de pasos en el corredor.

—¿Quién va?—preguntó.

—Yo. Abreme.

Saltó de la cama, reconociendo la voz de su padre. Después de encender una lámpara, vistióse ligeramente, abriendo en seguida la puerta.

Don Pedro Vidaurre, envuelto en un pesado capotón obscuro, entró lentamente, con un papel en la mano. Parecía que en las últimas horas habían caído veinte años sobre él: tal mirábase de lívido y demacrado su noble rostro severo.

Tembló levemente al decir:

—El correo de la tarde me trajo esta carta de Pablo.

Y tendió el papel a su hijo.

Este leyó estremeciéndose:

"Querido Amigo:

Sé que estas líneas te causarán una terrible pena; pero me es imposible ocultarte por más tiempo mi dolor. Horacio llegó hace un año a esta tu casa de Córdoba y fué recibido en ella con el mayor cariño y confianza, como si de mi propio hijo se tratara. Vivió tres meses aquí; y se fué, después de mancillar mis canas, llevándose, en pago de mi paternal hospitalidad, el honor de mi pequeña Laura, que aun no había cumplido catorce años. Ella ha muerto. Yo también voy a morir; y al enviarte en estos renglones mi último recuerdo, te ruego, hermano, que perdones el mal que te causo. En mi lugar quizá hubieras callado. Yo no puedo."

Horacio no prosiguió leyendo. Pasóse la mano trémula por la frente húmeda de frío, sudor, y se recostó contra la cama, como si fuera a caer.

—Aunque Pablo Carrera es incapaz de calumniar a nadie, juzgo de mi deber preguntarte si es cierto lo que me dice.

—Sí, padre, es cierto.

Los dos hombres se miraron intensamente durante algunos segundos y sus almas temblaron.

Rígido, sepulcral, como un difunto que se moviera en un pavoroso silencio, sin una palabra, salió el viejo de la estancia.

Horacio cerró la puerta y acabó de vestirse. En el cuarto contiguo sentóse frente a su escritorio, en el que brillaba un gran ramo de rosas de sangre que Elsa le enviara. Cortó la más encendida y la puso en su ojal con un menudo alfiler de rubíes.

Sonaron las cuatro en una torre vecina. Cantó un gallo a lo lejos. El joven abrió un balcón y una ráfaga glacial le azotó el rostro.

La Antigua dormía en la sombra y el misterio. Sólo se escuchaba en sus calles el gemido del viento o el aullar de algún perro vagabundo.

Con la frente sobre los fríos barrotes permaneció Horacio, abstraído en amargas meditaciones. Volvió a sentarse, y encendió un cigarrillo, sumiéndose en la lectura de los poemas de Musset. Cerró el libro en la página final de Rolla.

Después, como obedeciendo a un mandato súbito, cogió su sombrero, y sin hacer el más tenue ruido, salió de su cuarto y avanzó por los corredores.

Atravesó el obscuro pasillo del zaguán, y luego cruzó, por última vez, el umbral de su hogar.

Hace más de veinte años que desapareció y nadie ha podido, en ese tiempo, dar razón de él. Su madre agotó inútilmente todos los medios imaginables para saber su paradero. De la casa en que trabajó en Buenos Aires remitieron a don Pedro fuertes cantidades en metálico, que Horacio depositara.

¿Duerme, desde hace cuatro lustros, en la tiniebla de la Muerte? ¿En dónde reposa? ¿Vivirá aún? Regresará algún día. . .? ¡Nadie lo sabe!

XLIV

En el puerto de San José pasamos diez semanas. Mi madre fué atacada de un reumatismo agudo y el médico le recomendó el clima de la costa.

Nos instalamos en una pequeña casa de dos pisos, sobre la playa, al final del pueblo. Era propiedad de un

alemán empleado en la Oficina del Ferrocarril y que se hallaba en Europa. Un amigo nuestro de la capital, en cuyo poder la dejara, nos la ofreció. Muy cómoda, amueblada con sencillez, Salomé le quitó el polvo, dejándola perfectamente limpia. Después se instaló en la cocina.

En los primeros tiempos, el calor, al mediodía, nos desesperaba, aún bañándonos al levantarnos y en la noche, en el hermoso baño de agua dulce instalado en el extremo del corredor. Yo esperaba, leyendo, mi turno. Primero mi madre, después Luz, y, por último, yo, sentíamos, como una intensa delicia, la caída de la fresca lluvia de la regadera, sumergiéndonos luego en la pila de piedra, que un grueso chorro llenaba constantemente.

Suavizada la piel, y vestidos con trajes claros, corríamos en las mañanas sobre la arena, alegres bajo el sol diamantino, recogiendo conchas y caracoles.

Pero la hora de nuestra mayor emoción era la última de la tarde, la hora mágica de los crepúsculos, que hace rebosar las almas llenas de quimeras. Sentados en el corredor del segundo piso nos abismábamos en la contemplación de las vastas llanuras marinas, coronadas de frágiles rosas de espuma, y nuestros ojos se anegaban en los infinitos horizontes y en la serenidad de los límpidos cielos.

—¡Mira qué extraña soy, Rogerio! ¡Qué extraños somos! Nada nos hemos dicho de la primera impresión que nos causó el mar.

—Las grandes emociones se reconcentran demasiado en nosotros, pareciéndonos una profanación decirlas con palabras usadas por todo el mundo. Ya ves cuánto nos amamos, y, sin embargo, pasan meses sin que nuestros labios lo digan, por ese pudor de repetir lo expresado por otros, que jamás pudieron sentir lo que nosotros sentimos. ¿Dónde encontrar los vocablos sutiles que en su fuerza y en su armonía encierren toda la verdad y todo el encanto de nuestro inmortal amor? En las almas como las nuestras,

el silencio, en ciertos instantes, está impregnado de Eternidad.

—Sí. A veces una mirada lleva en sí tan enorme caudal de palabras profundas, que hablar nos parece tarea indigna e inútil. Porque cualquier frase es incolora ante la expresión de unos ojos a los que se asoma un alma.

—¿Y qué impresión te causó el mar?

—Una impresión inefable y serena, como la que se experimenta al descubrir en nosotros una nueva fuente de alegría. Miré—con todo mi espíritu y con toda mi fuerza mental—su movible sabana de turquesa, y vibró en mi interior su palpitante inmensidad. Después me pareció que lo había contemplando desde la infancia. Solamente su eterno rumor, arrullando mi sueño, hacíame pensar en algo extraño y confuso que antes ni siquiera había entrevisto. ¿Y a ti?

—Para mí fué como un compañero familiar a quien hallara después de largos años de vivir alejados el uno del otro. Había soñado tanto con él que ya no deseaba encontrarlo. ¡El mar! Conocía sus murmullos y sus cóleras, sus matices y hasta los múltiples secretos de sus abismos. En mis lecturas y en mis sueños recorrí su vértigo potente en todas direcciones. Al encontrarse con él, y ver su maravillosa hermosura y oír su terrible voz, mi espíritu le hizo un saludo cordial.

El día agonizaba en un solemne silencio. Nubes carmesíes alargábanse a flor de agua en el ocaso de oro; y en lo alto del firmamento plumazones de raso y violeta tornábanse en obscuros encajes. Pardas aves volaban hacia el sur y todo se adormecía en el misterio.

XLV

Un ronco rugido, que semejaba un trueno subterráneo, lo hizo saltar de la cama, al amanecer.

alemán empleado en la Oficina del Ferrocarril y que se hallaba en Europa. Un amigo nuestro de la capital, en cuyo poder la dejara, nos la ofreció. Muy cómoda, amueblada con sencillez, Salomé le quitó el polvo, dejándola perfectamente limpia. Después se instaló en la cocina.

En los primeros tiempos, el calor, al mediodía, nos desesperaba, aún bañándonos al levantarnos y en la noche, en el hermoso baño de agua dulce instalado en el extremo del corredor. Yo esperaba, leyendo, mi turno. Primero mi madre, después Luz, y, por último, yo, sentíamos, como una intensa delicia, la caída de la fresca lluvia de la regadera, sumergiéndonos luego en la pila de piedra, que un grueso chorro llenaba constantemente.

Suavizada la piel, y vestidos con trajes claros, corríamos en las mañanas sobre la arena, alegres bajo el sol diamantino, recogiendo conchas y caracoles.

Pero la hora de nuestra mayor emoción era la última de la tarde, la hora mágica de los crepúsculos, que hace rebosar las almas llenas de quimeras. Sentados en el corredor del segundo piso nos abismábamos en la contemplación de las vastas llanuras marinas, coronadas de frágiles rosas de espuma, y nuestros ojos se anegaban en los infinitos horizontes y en la serenidad de los límpidos cielos.

—¡Mira qué extraña soy, Rogerio! ¡Qué extraños somos! Nada nos hemos dicho de la primera impresión que nos causó el mar.

—Las grandes emociones se reconcentran demasiado en nosotros, pareciéndonos una profanación decirlas con palabras usadas por todo el mundo. Ya ves cuánto nos amamos, y, sin embargo, pasan meses sin que nuestros labios lo digan, por ese pudor de repetir lo expresado por otros, que jamás pudieron sentir lo que nosotros sentimos. ¿Dónde encontrar los vocablos sutiles que en su fuerza y en su armonía encierren toda la verdad y todo el encanto de nuestro inmortal amor? En las almas como las nuestras,

el silencio, en ciertos instantes, está impregnado de Eternidad.

—Sí. A veces una mirada lleva en sí tan enorme caudal de palabras profundas, que hablar nos parece tarea indigna e inútil. Porque cualquier frase es incolora ante la expresión de unos ojos a los que se asoma un alma.

—¿Y qué impresión te causó el mar?

—Una impresión inefable y serena, como la que se experimenta al descubrir en nosotros una nueva fuente de alegría. Miré—con todo mi espíritu y con toda mi fuerza mental—su movible sabana de turquesa, y vibró en mi interior su palpitante inmensidad. Después me pareció que lo había contemplando desde la infancia. Solamente su eterno rumor, arrullando mi sueño, hacíame pensar en algo extraño y confuso que antes ni siquiera había entrevisto. ¿Y a ti?

—Para mí fué como un compañero familiar a quien hallara después de largos años de vivir alejados el uno del otro. Había soñado tanto con él que ya no deseaba encontrarlo. ¡El mar! Conocía sus murmullos y sus cóleras, sus matices y hasta los múltiples secretos de sus abismos. En mis lecturas y en mis sueños recorrí su vértigo potente en todas direcciones. Al encontrarse con él, y ver su maravillosa hermosura y oír su terrible voz, mi espíritu le hizo un saludo cordial.

El día agonizaba en un solemne silencio. Nubes carmesíes alargábanse a flor de agua en el ocaso de oro; y en lo alto del firmamento plumazones de raso y violeta tornábanse en obscuros encajes. Pardas aves volaban hacia el sur y todo se adormecía en el misterio.

XLV

Un ronco rugido, que semejaba un trueno subterráneo, lo hizo saltar de la cama, al amanecer.

Un vapor avanzaba lentamente y su espesa columna de humo elevábase en espirales negras. Pasó frente a nosotros y fué a anclar a larga distancia del muelle.

Después del café, fuimos a ver desembarcar los pasajeros. Ibamos del brazo, como un joven matrimonio. Mi desarrollo físico estaba en su plenitud. Llevábale a Luz casi toda la cabeza, y era fuerte y esbelto. Todos nos miraban con interés; y a mí los hombres con envidia.

Luz atraía las miradas con su vestido blanco y su sombrerito azul. Era gentil como una princesa de fábula; y, sintiéndola toda mía, un silencioso orgullo me llenaba el corazón. Ella miraba las gentes con sus ojos serenos, y su rostro juvenil y meditabundo apenas se volvía hacia los que saludaban. Su alma hermética permanecía impasible ante personas extrañas, y ni aun con las conocidas era amable; y su semblante reflejaba a su alma. Amábala yo aun más profundamente por ese carácter reconcentrado y huraño que no sabía prodigarse. Era uno de esos rarísimos seres que sólo se entregan una vez y para siempre. Su excepcional temperamento, apasionado y contemplativo, alejábala de todo aquello que no le inspiraba una viva emoción. Yo sabía cuánta importancia daba ella a una mirada o a una sonrisa de afecto, para no temer que ningún otro hombre pudiera envanecerse jamás de haber obtenido de sus ojos o de sus labios uno de esos ligeros favores.

Lejos del grupo que presenciaba el desembarco, observábamos el procedimiento primitivo de subir los pasajeros al muelle. En una cuadrada cubeta de madera con asientos, suspendida por los cuatro extremos por una cuerda de acero, acomodábanse unos pocos. Movíase una máquina arrolladora, suspendiendo aquella especie de jaula, de una palanca horizontal. Quedaba el grosero aparato en el aire, sobre la barcaza, uno o dos minutos, al nivel del muelle: luego giraba hacia la izquierda, depositando la carga humana sobre el piso de gruesos tablones. Algu-

nos jóvenes, a quienes parecía ridículo ir revueltos con las mujeres en aquella jaula, subían por la vertical escalera de hierro que usan los marinos.

Aquel vapor trajo muchos pasajeros, que iban de aquí para allá, atendiendo a los equipajes, cuyo registro hacía un señor de saco verde y kepis blanco. Después, con pequeñas valijas en la mano y seguido por los mozos cargados con los grandes baúles, dirigíanse a la estación. Como el tren partía a las nueve, y aun eran las ocho, casi todos tomaron el camino del hotel, edificio de dos pisos, situado a pocos pasos del cuartel y comandancia del puerto.

Nosotros también, alegres bajo el sol que empezaba a picar las manos y la cara, seguimos la misma dirección.

Ya el ancho corredor—con una ligera verja de madera pintada de azul—estaba lleno. Apenas quedara una mesa vacía, que ocupamos en el acto. Servíanse licores y refrescos y el rumor de las conversaciones era como el ruido de una colmena. Había ahí, revueltos con los viajeros, gentes de la buena sociedad de la capital; jóvenes ricos y damas seductoras.

El calor encendía nuestros rostros y la sed nos devoraba. Llamé al mozo y le hice traer champagne helado, única bebida alcohólica por la que sentía alguna debilidad. En casa era raro que se tomara vino en la mesa, a pesar de tener una vieja bodega bien surtida. Preferíamos el agua, fría y transparente; y esto en nosotros era un gusto atávico, pues nuestros antepasados odiaban los alcoholes.

A Luz también gustábale un poco aquel vino espirituoso.

—¿Te acuerdas de *El amigo Fritz?*—me preguntó—. *Pues beberemos con frecuencia de este buen vinillo blanco.*

—¿Lo beberemos con frecuencia?—la interrogué a mi vez, mirando sus grandes ojos negros.

—Sí —contestó sonriendo—. Aunque prefiero nuestra excelente agua de La Antigua. Nuestra Hermana Agua, que es *utilísima, preciosa, casta y humilde,* según el divino San Francisco.

—Yo también prefiero el agua. En La Antigua, sobre todo, donde es de una calidad insuperable, me parece una tontería tomar otro líquido. Pero, después de ella, este espumoso vino. Pone un calor sutil en mi sangre y enciende en mi corazón una ligera alegría a través de la cual veo todas las cosas azules. Indudablemente el champagne me vuelve optimista hasta un grado increíble.

Vagamente parecióme oír sonar mi apellido. Me volví, y en un grupo de hombres sentados cerca del mostrador de la cantina, miré a Federico N*. Noté en él una expresión de asombro, motivada, sin duda, por su sorpresa de verme más alto y fuerte de lo que pudiera imaginarse. Después no retiró los ojos de Luz, quien apenas se dió cuenta de su presencia. Toda su atención hallábase absorta por una dama cuyas miradas sentía sobre mí desde que entramos.

—Observa cómo te mira esa joven del sombrero con botones de rosa. Es muy linda. ¿La conoces?

Era, verdaderamente, linda. Elegante y simpática, vestida con una gracia irreprochable, sonreíanos como una antigua amiga. Decía en aquel momento a una señora que se hallaba a su lado: "—Es una pareja encantadora, ¿verdad?"

—La conoces?—repitió Luz.

—Es Laura Menéndez, cuyo retrato han publicado los periódicos. Su padre, hombre galante, de gran inteligencia, es Ministro. Su madre es la señora que está a su

derecha: una mujer de profundo corazón y de alto pensamiento.

—¿Y la otra?

—¿La morenita de baja estatura y de bellos ojos? Elena Gutiérrez, amiga íntima de Laura.

—¿No sabes algo más de ésta? ¿De esa Laura, que ya me interesa singularmente?

—Sí, sé algo más. Hija de un literato devoto de Brummel y de Brantomme, y de una poetisa de alma torturada y torturadora, la obsesionan las rimas melodiosas.

Se casó con un señor desconocido, de quien separóse poco después por notorio antagonismo de caracteres. Hoy tendrá diez y siete años, y es una de las mujeres más encantadoras de la capital por su refinamiento estético, por su gracia y por la seducción de su figura. Un poeta que tú lees se enamoró de Laura. Le dedicó algunos poemas melancólicos. En un claro día de enero se encontraron en el cementerio. ¿Qué se dijeron bajo los cipreces? La joven le juró que lo amaba. Y él se enterneció como un niño. Cuando ella se hubo alejado, él profanó la blancura del mausoleo, junto al cual sus bocas se unieron, con esta frase gráfica escrita con lápiz azul: "Aquí fué donde el poeta Armando Malivert lloró de amor por la linda Laura Menéndez."

—Frase que el mármol debería conservar como la más pura ofrenda de un hombre superior para una mujer bella. ¿Y ahí concluyó la historia?

—No sé. Armando partió luego para su país. Hizo de su amada un retrato en pocas líneas, que más o menos dicen: "Alta, mórbida y morena, su rostro es un inefable milagro de pureza y de encanto. La frente mediana, los ojos como dos eternidades, la nariz grácil, de una suave

redondez las mejillas y el mentón; y, como una flor de amor y de muerte, el tesoro inaudito de la boca, rosada y voluptuosa y espiritual, soberana seducción de su divina persona. Boca de dientes pálidos y de encías de un claro matiz sangriento, vaso de placeres únicos y sobrehumanos.''

—El retrato es exacto y tu memoria admirable.

El vino de oro hervía aún en las anchas copas de tenue cristal. Sin tocarlas ya, nos levantamos y salimos. Al pasar frente a la mesa de las tres mujeres, la dulce boca descrita por Malivert nos sonrió por última vez.

Nosotros saludamos ligeramente.

XLVI

Debido a sus dolores pertinaces, mi madre no salía de casa. Pasábase las horas leyendo, en el corredor del primer piso, en una cómoda silla de extensión. Nosotros casi nunca la abandonábamos, y la distraíamos en la noche cantando, o charlando sobre todo lo que nos impresionaba, seguros de su benevolencia al emitir con libertad nuestros juicios. Ella oía nuestras palabras con esa expresión íntima que sólo las madres tienen en el rostro para escuchar a sus hijos. Expresión acariciadora que hace salir las frases de nuestros labios bellas y como perfumadas.

—Si tú escribieras, hijo, fácilmente harías conocer tu nombre hasta en los países lejanos. Pero a ti no te preocupa la Gloria.

XLVII

Miramos en la tarde partir el vapor. Pitó roncamente y luego empezó a moverse. Oíase el ruido de la cadena del ancla, ascendiendo por un extremo del fondo de las aguas salobres. Con un anteojo observé la maniobra de marcha.

Empezó a alejarse hacia el norte, primero con lentitud, después rápidamente. Durante mucho rato lo seguimos con los ojos soñadores, sin cruzar una palabra. La columna de humo iba esfumándose en el horizonte.

—¿En qué piensas?—murmuré.

—En lo que sufriría ahora si hubiera tenido que recibir el adiós de tu pañuelo desde la cubierta de ese vapor.

—Eso no podría ser posible.

—¿Por qué? ¿No te gusta viajar?

—Lo que no me gusta es pensar que pudiera alejarme de ti. Por nada del mundo pasaría por esa pena. Para todo lo demás me siento fuerte. ¿Viajar? Hubo un tiempo en que me atormentó la obsesión de los viajes. Fué en la época infantil de las lecturas de Julio Verne. Pero ¡mira qué particularidad! No me atraían las urbes lejanas, las alegres metrópolis populosas, sino las tierras desconocidas, las comarcas vírgenes, las islas sin nombre en las soledades del océano, en que nadie jamás hubiera puesto la planta. Ansiaba ser el primero en hollar los follajes floridos, y en cruzar, expuesto a mil peligros obscuros, las vastas montañas en que sólo antes resonaran la canción de los pájaros y el rugido de las fieras.

—¿Un explorador?

—Sí, un explorador, pero, a la verdad, imposible. Pues no me hubiera guiado ningún alto móvil patriótico, ni el afán de agregar nombres a la ciencia geográfica, ni el de servir a la Humanidad añadiendo a su historia la historia de una nueva raza. Mi anhelo era egoísta: el de mi propio goce íntimo de realizar un gran sueño y de respirar un día en un sitio fragante que los hombres no hubieran profanado. Mi expedición por mares ignotos en latitudes fantásticas o en tierras de climas extraños,

sólo debería contar un número: yo. ¡Ya ves cuán imposible! En una de esas horas de vuelos errantes mi fantasía descubrió una isla, dorada, en las noches solemnes, por el fulgor quimérico de la Cruz del Sur. Estaba ceñida de rocas blancas, casi toda cubierta de pálidas arenas, y en su corto círculo—que dos aves enormes cruzaban sin cesar—sólo crecía una palmera. Una palmera solitaria como un símbolo.

—Tengo certeza—añadí—que las inmensas ciudades me decepcionarían. Esos compactos hacinamientos de muchedumbres en lucha tenaz con las más viles miserias: esas estrepitosas agrupaciones famélicas que ruedan lamentablemente por las calles en busca del ruin mendrugo, me dan horror. Tales cosmópolis no son sino centros mórbidos y gigantescos de egoísmos y traiciones, de dolor y de muerte. Son amplios teatros de luchas nefarias en que predominan la animalidad y la audacia, y, de ninguna manera la virtud o el honor. Sus artes, sus ciencias, y todo lo que representa su poder cerebral, me gusta de lejos. Todas sus glorias me gustan de lejos, pues al acercarme descubriría que hasta en sus amores y placeres hay amargos sedimentos de lágrimas. Sin embargo, algunos de esos sitios luminosos atraen mi espíritu vagamente. Algunas ciudades de Francia, de Grecia, de España, y quizá, aún más, de Italia, me ilusionan un poco. Sobre todas Florencia, la peregrina ciudad del lirio rojo, que Dante inmortalizara mágicamente con el sol de su genio. Quisiera gozar de la seducción de esos lugares un instante para luego amarlos con el pensamiento, que tiende a vestir de ensueño todas las formas que le han dado un goce fugitivo.

¿Y París?

—París—como Berlín, como Viena—sólo me fascina a la distancia. Por lo demás, yo no soy sino un ser anormal a quien no atrae la perfumada frivolidad que impregna su ambiente de cultura casi dolorosa. Pero sí admiro su potente fuerza de espíritu y de idea, que irradia en mil fulgores sobre el mundo. Soñé mucho con los viajes;

todo luz—y el espíritu, que compendia la excelsitud de la emoción, pueden extinguirse en un instante, sin dejar un resplandor inmortal?

—Dentro de un siglo, de nosotros apenas quedará una débil memoria. ¿Quién, entonces, pronunciará nuestros nombres?

—¿No dejará nuestro paso ni una huella? Un amor como el nuestro, tan alto y profundo, ¿pasará como un soplo del viento?

—¡No!—dije yo, estremecido—, no pasará como un soplo del viento. Perpetuaremos nuestros espíritus en otros espíritus; y así nuestras individualidades se desdoblarán indefinidamente en el porvenir.

Bajó el rostro, ligeramente coloreado de rosa, y guardamos silencio.

Sonoras carcajadas nos hicieron volver la cabeza. Grupos alegres de bañistas corrían por la playa. Frente a nosotros, hombres y mujeres semi-desnudos hundíanse en las ondas entre risas y exclamaciones. Con las cabelleras destrenzadas y las piernas y los brazos al aire, corriendo locamente sobre la arena bajo la llama solar, ellas semejaban turbas de bacantes. Ya todos dentro del agua agarrábanse por la cintura en bulliciosas parejas y sumergíanse con los cuerpos juntos.

Con asombro, Luz miraba la escena.

—¿Cómo podrán hacer eso?—exclamó—. ¿Será posible que en los instintos haya absoluta unidad en las especies y que el medio es el que encauza las costumbres y las tendencias humanas? Verdaderamente, no puedo creer que entre esas jóvenes que ahí exhiben su impudor, y yo, exista—fuera de los detalles de la existencia normal—algo de común. Tal como las veo, ligeras y frívolas, me parecen

seres inferiores, seres de una especie inferior.

—Advierte que pertenecen a la parte elevada de nuestras sociedades y que su frivolidad reviste concretos caracteres morbosos. No son, seguramente, verdaderas mujeres, sino muñecas frágiles, cuya fácil mecánica mueve a su antojo cualquier mozalbete. Sus corazones son como los minúsculos corazones de los canarios, siempre saltando enloquecidos. Sin una idea propia, sin una emoción sincera, pasan la vida entre encajes y coloretes, entre abanicos y perfumes. Hacen de la existencia una vil mascarada, un sainete odioso y absurdo. Espíritus débiles y efímeros, a mí me inspiran piedad y lástima.

—¿Y los hombres?

—A esa clase de hombres ni siquiera los tomo en cuenta. Un caballo árabe o un perro de pura sangre inglesa valen más que ellos. La palabra hombre encierra un excelso resumen de cerebro y alma, un fin noble y fecundo, una síntesis de fuerza trascendente, una alta condensación de ideales y de energías. Y no puedo llamar así a esos individuos sin profanar la profunda palabra.

—¡Y pensar que tales hombres y tales mujeres forman la enorme mayoría y que los seres que sienten y comprenden su misión pasan aislados entre las turbas anónimas! ¡Y que nada puede hacerse para cambiar, si no el erróneo derrotero de la Humanidad, el cauce envenenado de ciertas corrientes sociales!

—Es inútil luchar contra esas corrientes —exclamé—. Por eso los que tenemos conceptos propios acerca de las cosas guardamos silencio ante algunas manifestaciones inmorales, no por cobardía, sino porque cualquier protesta resultaría absolutamente estéril y ridícula ante el criterio plebeyo de la generalidad. ¿A qué conduciría protestar contra las coquetas y contra el asqueroso flirt de los salones, si todos se obstinan en ver amabilidad en lo que es un vicio y un pasatiempo inocente en lo que consti-

tuye la más abyecta transgresión de la Naturaleza? ¿De qué serviría crear cátedra contra el baile si en él se concentran los más ardientes deseos de los jóvenes, y el placer, prolongado hasta la vejez, de centenares de generaciones? ¿Cómo abolir esa perniciosa costumbre galante, que anula, desde la adolescencia, todo pudor en la mujer, y que la transforma en una automática muñeca de carne?

—¡Imposible! Dices bien. Esa aberración social está hondamente arraigada en los organismos como detalle de su existencia. Sería perfectamente inútil todo esfuerzo que se hiciera para abolirla de las costumbres actuales. Yo no tenía, ciertamente, una noción clara y precisa de lo que es el baile hasta que tú me enseñaste el obscuro cieno de su fondo. Y ahora mis ideas sobre este punto son tan extremistas como las tuyas.

—Eso era natural que sucediera en ti, que piensas y sientes con independencia de los prejuicios establecidos. En mi concepto, una joven que ha bailado no es, de manera alguna, un ser inocente. Todo caballero, al encontrarse con una doncella ignara del innoble ejercicio, debe evitar cualquiera frase equívoca que pueda lastimar su pudor; pero si ha recorrido los salones de baile con ella en los brazos, no veo por qué vaya a abstenerse de hablarle de lo que se le antoje. Una joven que públicamente fué abrazada no podrá sentir sorpresa por las palabras de doble sentido. La parte de inocencia que pudiera perder leyendo cien novelas pornográficas no equivaldría, por ínfima, ni con mucho, a la que pierde bailando un vals. Y lo verdaderamente odioso en este espectáculo es el papel repugnante que representan las madres. Pásanse los años cuidando a sus hijas como intocados tesoros de virtudes que se extraviarían al menor descuido. Fiscalizan sus actos más simples, vigilan su sueño, procuran adivinar su pensamiento. No las dejan leer una página que contenga una palabra de dudosa interpretación. Las llevan a las iglesias, obligándolas a que se confiesen y comulguen continuamente. Y cuando cumplen quince años las visten

con trajes blancos, cuyos escotes muestran los virginales brazos desnudos y los incitantes y mórbidos senos medios velados: concretan en ellas todos sus refinamientos de adornos, como para que todas las miradas se fijen en ese prodigio de belleza; y cuando, de este modo, las jovencitas se vuelven más atrayentes y deseables, aptas, como nunca, para despertar los carnales apetitos, las arrojan en los brazos de los hombres, que, como es lógico, se disputan aquellas presas, todavía pudorosas y cándidas, para tener la gloria de ser sus iniciadores. Y esas buenas madres son felices viendo a sus hijas sobadas por los infatigables bailarines; y hasta tienen el cínico candor de celebrar, con frases y exclamaciones y alegres risas, el vicioso entusiasmo de algunos empedernidos galanteadores profesionales que durante dos horas las han apretado en los brazos sin fatigarse. Cuando estas pobres muchachas vuelven a su hogar son ya otras de lo que eran el día anterior. Sus ideas y sentimientos sobre algunas cosas primordiales han cambiado radicalmente. La vida se les presenta como un baile continuo y sueñan ir abrazadas a todos los hombres, oyendo sus ardientes y pertubadoras declaraciones. Es verdad que una parte de los individuos que concurren a esas fiestas son personas más o menos cultas, quizá incapaces de cometer un abuso; pero es también cierto que constituyen la mayoría jovenzuelos desvergonzados y perversos de increíbles audacias en las palabras y en los hechos. Pero, ¿cuál es la muchacha que confiesa que en los bailes se le ha faltado al respeto? Todas —si se las creyera— merecieron siempre las más finas atenciones y no escucharon sino frases púdicas y bellas. Por lo demás, no me sería desagradable concurrir a los bailes: en tres o cuatro ocasiones he gozado del espectáculo armonioso de los colores en los trajes, del ornamento de los salones y de las melodías de la orquesta.

—Sí. Varias veces has asistido a esas fiestas.

—Pero jamás he bailado. Entre otros motivos, por repugnancia de imitar, como los monos, los pasos, gestos

y ademanes de los mozalbetes. Por horror de hacer lo que ellos hacen. Pero he seguido—con una sonrisa quizá benévola—los ritmos de las danzas. No me dormí, en algún muelle sofá, meditando en la turbación mórbida de esas adolescentes abandonadas, con voluptuosa languidez, en los brazos de un hombre, por lo general, un alcohólico, en un cálido ambiente artificial saturado de perfumes, entre el esplendor de centenares de luces y bajo la influencia, en esos sitios pecaminosa, de la música. Pudiera entonces jurar, sin peligro de incurrir en error, que sus pensamientos y deseos no son, precisamente, de una castidad absoluta, y que sus almas, excitadas por hálitos malsanos, se agitan obscuramente en los lindos cuerpos temblorosos y febriles.

—Siento como tú esas cosas, y te oigo como un eco de mis propias convicciones. Pero inmutablemente perdurarán esas costumbres, sin que haya muro que pueda detenerlas.

—Por mi parte, ni siquiera he pensado que puedan borrarse de nuestros ambientes sociales. Ni me importa. Mi alma se halla tan lejos de esos placeres como la luna de la tierra. Tenga yo lo mío puro y bello, y lo demás me tiene sin cuidado. Tu espíritu y tu cuerpo no han sentido ese soplo acre y profanador, y esa es mi gloria. Yo no podría amarte con la noble ternura que eternamente perfuma mi corazón, no podría ver en ti el ángel antes que la mujer, si hubieras saltado, como una locuela, en los brazos de alguno. Sufro con sólo imaginarlo.

Me pasé el pañuelo por la cara para ocultar mi emoción.

—¡Qué celoso eres!—exclamó, retirando, con una sutil caricia, la mano de mi rostro.

—¿Cómo remediarlo?—murmuré—. ¿Ni qué culpa tengo yo de ello? Debes recordar el análisis hecho por un psicólogo italiano acerca de este hórrido mal, y que

leímos hace poco tiempo. Lo considera como una imperiosa ley atávica, y esa es la verdad. ¿Qué antepasado me legó ese tormento? ¿Fué acaso don Humberto de Mendoza? Seguramente fué él, que poseyó un alma tan sombría y complicada. O quizá fué otro. Sólo puedo decirte que un dolor agudo me asalta cada vez que algún hombre te mira largamente, y que cuando alguien te estrecha la mano siento como si me estrujaran el corazón. Es estúpido esto, es ridículo, es morboso. Pero, ¿qué hacer? Así nací, así soy y así moriré.

—Te comprendo, Rogerio. Y esa sutilidad en tu amor, que conozco desde la infancia, me encanta y enorgullece. Creo que los celos son reveladores de un alma profunda y exquisita. El mismo egoísmo que los constituye es un don superior en esos tremendos fenómenos del corazón. Esa susceptibilidad, a veces inverosímil, que en su esencia es un amargo tormento, ¿podría ser sentida o comprendida por almas plebeyas? Claro es que no. Por eso las gentes baladíes interpretan los celos como caprichos de lunáticos y hasta procuran hacer ver en ellos ofensas graves de quien los siente contra quien los inspira. Nada más ilógico que ese grosero juicio. Yo también soy celosa, aún más de lo que te figuras, y quizá los dos hemos compartido la triste herencia de que hablabas hace un instante. Ten la convicción de que yo tampoco te amaría como te amo si otra sombra de ilusión hubiera, antes que la mía, empañado tu alma. Pero nuestras almas son como dos límpidos espejos: íntimamente podemos ver en ellas reflejada toda nuestra vida, serena y pura, palpitando con los mismos sueños y con las mismas esperanzas.

XLIX

Paseamos por la playa en el plenilunio de enero, de una claridad deslumbradora. Bajo nuestros pies crujía la arena, y menudos cangrejos se ocultaban en sus agujeros delante de nosotros.

El pálido planeta, en toda su quimérica hermosura, mostrábase como una enorme rosa de plata en la serenidad del horizonte; y el vasto rumor oceánico adormecía nuestros corazones. Era aquella la última noche de nuestra temporada en el puerto. Mi madre, ya libre de su mal, suspiraba por nuestra casa de La Antigua. A la mañana siguiente nos despediríamos de la mar maternal que arrulló nuestros amores.

Una ligera tristeza nos asaltaba. ¿Surgía de la noche o de nuestras almas? Era como una niebla tenue cayendo sobre nosotros de las celestes alturas; pero también surgía de nuestras almas.

Caminaba a su lado meditabundo, abstraído en un pertinaz pensamiento doloroso. Así vagamos durante algunos minutos.

De pronto sentí como un vértigo y me vi solo e inmóvil en la playa.

Luego recobré mi razón extraviada.

—¿Qué tienes?—preguntó, cogiéndome una mano.

—Nada—dije, aun trémulo—. Que estuve un segundo fuera de la vida y fué como un siglo de angustia. ¡Cómo sería. . . que en él te perdí!

Y le expliqué mi ensueño pavoroso y fugitivo.

—¿No has pensado—exclamó, con voz vagamente sorda—en qué sería de uno de los dos si el otro muriera?

—No—contesté temblando—, no lo he pensado. No quiero ni imaginarme la vida sin ti. Esta sola suposición extravía de nuevo mi espíritu.

Impulsado por una de esas curiosidades amargas que la triste alma no puede dominar, la interrogué:

—¿Y tú qué harías si yo muriera?

— ¡Yo! No lo sé. No me lo preguntes.

—Dime qué harías, Lucita.

—Pues bien, Rogerio, es horrible que así me interrogues. Sabes que odio la mentira. Quizá hago mal en decírtelo; pero si tú murieras, me mataría.

La luna velóse un instante, y apareció de nuevo en el profundo azur, con su palidez espectral.

L

Ahora sentía yo el alma como una fuente clara en la que cayeran continuamente rosas de colores. Una absoluta confianza en la vida, una inmutable seguridad en el porvenir dirigían mis actos y mis palabras. Considerábame bueno y generoso, capaz de las mayores abnegaciones y de las proezas preclaras y heroicas. Mi piedad por los infortunados hacíase más intensa. Salía, a veces, al anochecer, y entraba por las callejuelas solitarias. En pleno suburbio, hacia el camino de San Felipe, cerca de una tienducha miserable, había un portón inválido y grasiento. Lo empujaba con cuidado, introduciéndome en un estrecho recinto húmedo y obscuro. En una gruesa tabla, sobre el suelo sin ladrillo, revolvíase un infeliz viejo, quejándose amargamente. Encendía yo un fósforo y una alegre exclamación me saludaba. Del corredor nauseabundo surgía entonces una muchachuela escuálida con un pedazo de vela.

—¿Cómo sigue tu padre?

—Así, señor, sufriendo.

El torturado estirábase angustiosamente sobre la dura madera, levantando, imploradoras, hacia mí, sus manos ásperas y negras. Yo estrechaba en las mías aquellas manos míseras, selladas por el dolor, y un placer profundo invadía todo mi ser.

Contemplaba el largo y rugoroso cuerpo paralítico: la testa de mártir, coronada de greñas obscuras, los ojos áridos y febriles, inquietantes los agudos pómulos. Y rememoraba al buen hombre rústico que en los primeros años de mi niñez me llevó en los brazos en las fiestas populares, obsequiándome con dulces y frutas y muñecos de trapo.

Repentinamente le atacó el mal tremendo y allí gemía en la miseria, sin un rayo de esperanza.

—¿Qué desea, Mariano?—le preguntaba. Deseaba muchas cosas. Una caja grande de galletas, una botella de vino, paquetes de cigarros, frascos de aceitunas. Estos eran sus caprichos, pues para lo más indispensable de sus necesidades enviábale mensualmente una cantidad. Siempre fué goloso y ahora yo me divertía satisfaciendo sus deseos pueriles.

—¿Por qué no ocupas la cama que te envié hace quince días?

—Perdone, mi señor, el tablón es mejor para mí. En la cama duerme la pobre muchacha.

Fuera de aquél tenía yo a mi cuidado cuatro infelices más. Dos ciegos y dos mujeres; una de ellas casi centenaria, la otra apenas salida de la adolescencia. Entre los cuatro—que agonizaban tristemente en sombríos rincones de los barrios—iba distribuyendo el dinero que llevaba.

La jovencita—huérfana y recogida de mala gana por una vieja pariente—era la que más lástima me inspiraba. En el último período de la tisis, su faz cadavérica parecía diafanizada. En el rostro, de una blancura de cal, los dos ojos negros eran como dos llamas lúgubres. Una sonrisa lamentable agrandaba su boca descolorida y su cuello era de una delgadez espantosa. La tétrica muerte había ya sellado con su hórrido signo a aquella mísera criatura,

que amaba la vida y no quería desaparecer.

Salía a recibirme con tan jubilosa emoción, que a veces la sofocaba un fuerte acceso de tos. Acudía yo en su auxilio como un hermano, retirando de sus dedos contraídos la humilde silla de cuero que iba a ofrecerme.

—No se moleste, Juanita. ¿Le sentó bien el último medicamento del doctor Sáenz?

—Sí, me alivió un poco, don Rogerio. Quizá continúe mejorando con el que, por recomendación de usted, me envió ayer. Creo que la primavera me reanimará y que a fines de año estaré curada. ¿No le parece?

—Seguramente. El doctor me lo dijo ayer.

—¿A usted también se lo comunicó?

Y sus ojos resplandecían alegremente. Yo miraba sus mejillas secas—con ese fúnebre matiz róseo que es como un sello del mal implacable que la arrastraba a la tumba—; miraba su pañuelo teñido de sangre, que ella quería ocultar; y me invadía una punzante amargura. La pobrecilla tomábame por confidente de sus ilusiones, relatándome algunos de sus proyectos con voz ronca y trémula, que tornábase en ciertos días suave y afectuosa.

Una tarde, Luz fué conmigo y le llevó un espléndido ramo de azucenas. La enferma bañó con sus lagrimas la mano de mi prima, sonriéndole a través de su llanto, con toda su triste alma. ¡Era muy sentimental la pobre Juanita! Y ante aquella explosión de ternura, Luz se conmovió profundamente. Le acarició los cabellos sedosos y abundantes y besó sus sienes marchitas, consolándola con palabras tan dulces, que algunos días después la infeliz me dijo que le pareció haber soñado.

—No, señor, no fué una joven, como otra cualquiera, la que yo vi. Sus miradas no eran de este mundo; y sus

frases, sus manos, su perfume, el roce ligero de su boca sobre mi frente, toda su luminosa hermosura, no podían ser de la tierra. Fué, sin duda, un ángel. ¿Será éste un aviso del cielo?

Sí, fué un aviso del cielo, porque diez días después murió la pálida virgen. Cubrimos de flores su pequeño ataúd blanco, y la acompañamos, en silencio, en su travesía al cementerio de San Lázaro.

LI

Gozábamos intensamente de la vida, en lo que ésta tiene de más elevado y más puro. Cada ligera expresión vital, cada matiz, cada sonido; un aroma errante; el revuelo de un pájaro o de una hoja seca; un rayo de luna, el brotar de una flor, una nube que pasa, despertaban en nosotros sueños vagos y radiantes, ideas ilusorias, vibraciones ocultas.

El rumor del ángelus vespertino velaba nuestras almas con un encaje azulado de oración y de melancolía. Vibraban fúnebremente las campanas en todas las iglesias, y los ecos se perdían en la distancia, en los altos boscajes penumbrosos. Un hálito de paz, descendiendo de la celeste inmensidad, adormía en suave letargo los seres y las cosas.

—La música de las campanas—murmuré—arrastra mi espíritu, como si fuera un gran viento sonoro, hacia comarcas lejanísimas, hacia tierras exóticas que los geógrafos no sueñan todavía en descubrir y que quizá no descubrirán nunca. Es como un huracán armonioso que me envuelve en sus giros, me eleva en sus vértigos, y que desaparece inmovilizándome en un paraje solitario poblado de claras corrientes de agua y de musgos de oro. En esos vuelos—aun conservando mi ser su envoltura terrenal—me siento extraordinariamente ágil y como guiado por una mano misteriosa.

—Esta hora grave del Avemaría—dijo ella—es de una solemnidad tan profunda que me produce casi un dolor. Extraños pensamientos, sensaciones taciturnas me adormecen en éxtasis irreales, de los que regreso estremecida. ¿Qué he mirado en esos rápidos instantes de lúgubre o fúlgido sueño? Cosas ligeras y vagarosas que son como almas de las inquietudes terrenas. Fantasmas ilusorios, perfumes y colores y músicas que no existen, que jamás han existido, que nunca existirán. Son como sueños de otros sueños. ¿No te ha pasado soñar algo dulcísimo e impalpable dentro de un sueño prosaico y normal? ¿Y despertarte en la medianoche frente a esos dos sueños: el uno vivo y alucinante, y el otro, desenvuelto en el anterior, en una imprecisa lejanía de quimera, pálido y sin contornos? Es muy raro esto; pero verdadero en su visión extrahumana.

—¿Volverán a la tierra las almas de los muertos? En un cementerio he sentido la impresión de que quizá no morimos del todo, de que un átomo inmortal puede cruzar en un segundo la vida. ¿No serán los sueños, a veces, reveladores del paso de esas almas? Esos éxtasis en que, de improviso, cae el espíritu, ¿no serán los instantes en que pasan por nosotros las almas de nuestros antepasados en su eterna rotación inmutable por los misteriosos infinitos?

—Bien pudiera ser, Rogerio. Cuando yo vuelvo de esos indecisos viajes me siento como espiritualizada, como alejada de la tierra. Traigo de esas excursiones como una suave sensación etérea, como el tenue resplandor de un país de encanto, como un aroma sideral en los cabellos. Me sorprenden las personas que me rodean, como si nunca las hubiera visto, como si fueran extrañas a mi corazón. Sólo tú vives entonces—más hondamente que nunca—junto a mi espíritu, dentro de mi espíritu, y como si constituyeras mi alma y mi propio pensamiento. Y me gusta sumergirme en esa fugaz embriaguez visionaria, morir un segundo para resucitar adorándote con un amor inconcebible y eterno que ningún otro hombre ha inspi-

rado jamás.

Ojala con los ojos fijos en sus ojos, grave y feliz, como si escuchara una celeste música. Las recónditas palabras salían de sus labios con una intensa dulzura misteriosa, como si su alma las dijera dentro de mi alma.

Y las campanas continuaban sonando en el aire sereno, muriendo los ecos en los ámbitos remotos colmados de sombra. Perdíase, al fin, lentamente, quiméricamente, el vago gemir plañidero con el último fulgor solar sobre la cumbre de la sierra, y la ciudad quedábase adormecida en el misterio de la noche.

LII

También era cierto que jamás mujer alguna había inspirado una pasión tan sobrehumana. Yo la amaba con todos los amores, con todos los amores que pudieran caber en cien almas complejas. La sentía en mí y fuera de mí, como parte substancial de mi propia vida y como un desdoblamiento de mi personalidad. Absolutamente identificados en los mismos deseos; unidos, de manera indisoluble, por la secreta ley que rige los instintos y los temperamentos, comprendía que lo mejor y más noble de mi ser estaba en ella, y que sin ella habrían permanecido, inmutablemente inmóviles mis fuentes interiores de emoción y de sueño.

Ante una joven normal, ante una de esas bellas jóvenes que iluminan los salones de las fiestas, mi espíritu hubiérase quedado impasible y hermético, esterilizado ante la vida. Aun creciendo juntos en la soledad de aquella vasta casa, entre la perenne complicidad de las horas y de las cosas, nada habríamos tenido que decirnos que afectara nuestros espíritus.

Mi destino, el ignoto destino que me impulsa hacia todas las cumbres y hacia todos los abismos, me deparó

esta criatura excepcional, producto, tal vez, de una profunda selección elaborada pacientemente en el seno de cien generaciones. . . . .

¿Merecía yo el inefable amor de aquella joven divina? ¿Era digno de su alma de sobrenatural hermosura?
. . . .

Ella, en verdad, era única en la tierra, por la perfecta comprensión de las cosas más hondas y sutiles, por el sentimiento amplio y definitivo de la Belleza, por la absoluta intensidad de la emoción y por el prematuro dominio sobre las ideas y sobre las palabras. Alma precozmente llena de sinceridad y de pasión, nada tenía que ver con las otras almas de mujeres. Su misma forma física, tan original hasta en sus menores detalles, tan armoniosa y tan dulce, la alejaba del tipo común de los seres de su especie. Había en ella una magnética atracción dominadora, que no provenía tanto de la íntima gracia exterior como de un imán delicioso de su aire, de su mirar y de su voz. Vibrava todo su ser en su acento, y era casi taciturna, sobria de ademanes y de expresiones. Dando a cada vocablo su gráfico sentido, sus ideas encontraban fácilmente el melodioso molde verbal. Yo buscaba, en mis insomnios pensando en ella, alguna fascinadora beldad a quien compararla, siquiera fuese en su corporal figura peregrina. Inútilmente hacía desfilar, una por una, ante mis ojos, a todas las jóvenes hermosas que yo conociera. Eran insignificantes ante su mágica presencia. Acudía a las ideales visiones femeninas de la Historia o de la Leyenda y todas palidecían frente a la blanda virgen cuyo celeste amor perfumaba mi corazón.

LIII

—Algún día subiremos juntos a la cumbre del Volcán de Fuego—le dije una tarde—. Me asaltan de continuo fuertes deseos de admirar el vasto paisaje que tan exactamente describiera el célebre geólogo francés Eugenio de Mont-Serrat. Sintiéndote a mi lado, en la altura prodi-

giosa, bajo el cielo sin nubes, quisiera gozar de ese espectáculo imponente, que es, según he leído, uno de los más bellos que existen. Hallándome contigo gozaría, con doble intensidad, esa pura emoción.

—Iremos juntos, aun cuando muera en la cima, como en la del Volcán de Agua doña Fernanda Berger de Vasseaux. Me encantaría morir en tus brazos en esa cúspide azulada que llenó de sueños mi infancia, lejos de las extrañas gentes y bajo las nubes errabundas.

— ¡Cállate! Lo que desearas con ello sería ahorrar camino a tu alma en su viaje al cielo.

—No. Hablo formalmente.

—Pues te diré a mi vez, con toda seriedad, que si tan terrible cosa sucediera tendríamos, por lo menos, una tumba digna de nosotros. Allí, en la parte sur del cráter, existe un tremendo abismo de seiscientos metros de profundidad. En él desapareceríamos para siempre.

LIV

En la tertulia de mi madre, a la que concurrían ahora dos o tres nuevas personas, don Otto Kaufmann habló con entusiasmo del porvenir de La Antigua cuando se realizara el brillante proyecto del ferrocarril eléctrico a la capital, de que actualmente se ocupaban los diarios.

El buen hombre—un ventrudo alemán enriquecido en el comercio de abarrotes—hacía cálculos optimistas sobre este asunto que él consideraba como el de mayor importancia para la ciudad.

—Indudablemente—observó Edwing— será esa la obra más bella que pueden realizar los antigüeños con el concurso de los hombre del Poder. Tan luego como haya esa facilidad para los transportes a Guatemala y a Escuin-

tla, La Antigua florecerá en poco tiempo. Aunque puede haber entre nosotros dos opiniones contrarias.

Y me miró sonriendo, y luego a Luz. Ambos, también sonrientes, guardamos silencio, como ratificando un secreto acuerdo de no exteriorizar algunas de nuestras ideas, hostiles a las opiniones generales.

—Sólo siento—repuso don Diego—no haber iniciado, durante mi gobierno municipal, ese magnífico proyecto, que nos salvará de la miseria, y sin el cual nuestra localidad se habría convertido, en pocos años, en un pueblejo deshabitado.

—Dejaremos, al fin, la molesta diligencia y la resabida mula trotona para tomar asiento en un cómodo carruaje, como las gentes civilizadas—añadió otro.

—No hay como los ferrocarriles para hacer prosperar rápidamente a las naciones—insistió don Otto—. Alemania es tan fuerte, en gran parte, por sus caminos de hierro, que la recorren en una red interminable.

—Y Francia, y Estados Unidos, y todos los potentes países. ¿Acaso puede florecer industria alguna sin las locomotoras?

Y al hablar así don Diego retorcíase el canoso bigote.

Edwing me interrogó con una mirada, que subrayó con su fina sonrisa.

—¿Para qué quiere usted, Edwing, que diga mi opinión sobre el particular? Aunque concretamente jamás hubiéramos hablado de este asunto, sabe muy bien lo que pienso sobre las cosas que atañen a La Antigua. Mi juicio sorprenderá a todos, y no vendrá sino a confirmar el que don Diego tiene de mí. Dice que soy un soñador, y no se equivoca. No protesto contra esa noble palabra: la acepto como un elogio. Pues bien, fuera de las bellas

audacias de los aviadores por dominar el espacio, no es mucho mi entusiasmo por los otros rápidos métodos de locomoción. ¿Para qué apresurarse tanto en cruzar el triste mundo? ¿Qué se obtiene de ventaja en llegar más o menos tarde a un punto determinado? Detesto cordialmente a los agentes viajeros, y, en general, a todos los que ven la vida sólo por el lado utilitario; y, en mis preguntas, de manera alguna aludo a esos seres ambulantes, que pasan como meteoros por los pueblos y ciudades, seguidos de una heterogénea colección de baúles. La parte práctica de las cosas, cuando llega a constituir en el individuo una sed febril de oro, me repugna; y, por lo mismo, repugnan a mi organismo esos especuladores que cruzan la existencia envueltos en un vertiginoso torbellino de negocios metálicos, que ni siquiera les da tiempo de admirar un paisaje o una puesta de sol. Por esto me causa antipatía y horror la pasmosa actividad material de las metrópolis norteamericanas, que acabo de conocer en un libro de un pensador francés. Creo que tal esfuerzo muscular, enormemente superior en esos pueblos al esfuerzo mental— siendo de una perfecta inutilidad para la ventura colectiva —constituye un estado mórbido; y no me extrañaría leer pronto, en alguna revista extranjera, que se ha descubierto el epiléptico microbio de ese mal.

—Me lo imagino ya—murmuró riendo el doctor Sáenz—. Será un microbio danzarín; y de forma extraña y carpichosa como el del ántrax.

—Los ferrocarriles no me preocupan en los países lejanos—continué—, ni aun en el mío propio; y hasta aplaudo, como cualquier gacetillero, su invención. Pero, para La Antigua, no deseo ferrocarriles. Llénese de caminos de hierro nuestro territorio; pero que en esta peregrina Ciudad del Recuerdo no resuene ese agudo pito del progreso mecánico, ni manche el esplendor de su atmósfera el humo pestilente de las locomotoras. En esto soy un rezagado. Pero diré por qué. Porque yo, en todo, coloco el espíritu sobre la materia; pensando, quizá con razón, que lo que muere pronto no puede jamás compararse

con lo que es imperecedero. La Antigua —tierra sagrada, como las de Quiriguá, Tikal y Utatlán—vale por su Leyenda maravillosa, por sus ruinas, por su antaño de sueño. Vale, por esto, en primer término; y después, por sus admirables condiciones topográficas, por su clima, por sus aguas. Aunque estuviera colocada en un paisaje más bello, sin sus tradiciones no tendría la décima parte de su mérito. Su Ayer, no su Hoy, ni su Mañana: he aquí lo que atrae a los viajeros de todas las naciones. A medida que transcurran los tiempos, su valor, en este sentido, aumentará. Pero, al llegar a nuestras puertas el ferrocarril, desaparecería su aspecto de gloriosa vejez en breves años. Perdería, definitivamente, para siempre, su carácter típico, único en la tierra, para convertirse en una población comercial como cualquiera otra de las poblaciones comerciales que por centenares llenan el mundo. Sus ruinas, sus tradiciones, su fisonomía sólo suya, su aire misterioso de quimera, su tristeza melancólica, su fúnebre hermosura, todo lo que constituye, en fin, su espíritu y su recóndito encanto desaparecería lamentablemente para dar lugar a las nuevas fuerzas y a las nuevas manifestaciones del progreso contemporáneo.

—Pero usted se olvida, en su imposible ensueño— replicó don Diego— de que a la civilización no puede ponérsele trabas de ninguna especie, y de que, conociendo el estado lamentable de la plebe entre nosotros, es un deber ineludible de todo corazón honrado procurar aliviarla en sus necesidades primordiales. Sobre los sueños, amigo, están los fines humanos. Y no me parece que, de ningún modo, sea cuerdo ni lógico que, por no acabar con la poesía de los escombros, se mantenga a casi todos nuestros conterráneos en tan grande escasez monetaria que a veces raya en la miseria.

—Pues yo pienso, señor, que el progreso de que usted habla beneficiaría, quizá, únicamente, a las clases acaudaladas, a los finqueros y a los comerciantes. El trabajador antigüeño de los suburbios no mejoraría un ápice en su actual condición. Porque los trenes vendrían

repletos de jornaleros de las otras regiones del país, y la enorme competencia esterilizaría los fines humanos que usted invoca. Y aun en el caso de que sus condiciones de vida mejoraran, esa ventaja sería muy pequeña, comparada con el sacrificio que se hubiera hecho para alcanzarla.

—Siento no compartir sus ideas—terminó, un tanto alterado, el ex alcalde—. Cuando yo vuelva a asumir la jefatura del municipio, mocionaré para que recaiga en usted el nombramiento de Defensor de la Poesía de las Ruinas.

—Mucho antes de que a usted se le ocurriera tan extraordinaria idea—le contesté serenamente—había resuelto dedicar algunos años de mi vida a recoger, en varios volúmenes, todo el pasado de nuestra ciudad, y a defender, con todo mi entusiasmo, el grandioso tesoro de sus ruinas, consagrado por los siglos, y que no puede ser destruído en un día por un vano capricho del utilitarismo mezquino. Nuestra poesía está en el Pasado; y esa poesía tiene, en ocasiones, tal fuerza, se impone de tal modo, que constituye la vida misma de una localidad. Esto sucede en La Antigua. Por el motivo que antes expresé declino el honor de su importante moción municipal. En cambio, todos los que aun pensamos y sentimos hondamente, evocando el Ayer de esta querida ciudad, agradeceríamos a usted que su excitativa ante el honorable Cuerpo se concrete a pedir que la cantidad de dinero ofrecida al Gobierno para la instalación del ferrocarril se destine a la sistemada conservación de nuestras ruinas. Obra, en verdad, más patriótica y más grande.

—Todo eso es romanticismo, sueños, idealidades, vagos anhelos. Castillos aéreos, leyendas, pedruscos: todo lo que es viento y vaguedad inútiles tendrá que desaparecer entre los ruidos ensordecedores de las locomotoras y de las fábricas.

—Piadosamente he sonreído siempre que algún señor

de espíritu práctico—algún buen Sancho de arrabal—, en tono dogmático y declamatorio nos amenaza con el descrédito y la muerte de los poetas. Y es que apenas si merece una fugaz sonrisa desdeñosa tal afirmación, hija de un absoluto desconocimiento del Arte en su fase más noble y trascendente. No, la Ciencia y el Arte no se repelen. Ya separados o unidos, inmutables y eternos, son las manifestaciones preclaras del pensamiento y la energía de las naciones. Y bien puede una oda desdoblar sus ritmos profundos en honor de la maravillosa máquina de un taller o de un estupendo descubrimiento científico, y servir este descubrimiento, u otro de su especie, para proclamar a los cuatro puntos cardinales la fama de un gran poeta. No, la Poesía no morirá jamás. Leyes divinas rigen su secreta renovación a través de los tiempos, y el alma humana se embriagará siempre con sus imágenes y con sus rimas. Como la más alta y pura expresión de belleza, vivirá, mientras intensamente vivan la emoción y la idea; y la triunfante música de los versos se alzará imponderable e inmortal, entre los estruendos de las fábricas y las mil formas mecánicas del progreso futuro. Suprimir a los poetas —no me refiero a los zurcidores de consonantes—sería como mutilar a la Humanidad. De la verdadera poesía emana un perfume que no puede morir. Poesía es luz, ilusión y divina esperanza. Corona de rosas al amor y atenúa el sufrimiento; y pone su sonrisa, como una celeste ráfaga de lumbre, sobre la obscura miseria terrena. Perseguir, pues, esta forma inmutable de crear y propagar la Belleza, es como querer retener el mágico vuelo del Ideal, dando, sobre el Espíritu, una ventaja enorme a la materia bruta.

Don Diego lanzó un sordo gruñido, signo en él de suprema contrariedad y de la total extinción de sus razonamientos. Luego se retiró, en compañía de don Otto, pretextando el arreglo de un asunto grave.

Todos rieron y la plática varió de tema.

LV

Algunas noches acompañábamos a nuestra madre a casa de doña Carlota de Irisarri, con quien la unía una afección de la infancia, y que, con motivo de una tenaz dolencia, apenas abandonaba el lecho.

Juan y Cristina, los dos hijos mayores, nos recibían en una pequeña sala amueblada con discreta gracia, y en la que mostraba su brillante negrura un antiguo piano de cola. Eran un poco mayores que nosotros y a Luz le gustaba Cristina por su sencilla bondad.

Estrecho era el círculo de nuestras conversaciones con los dos hermanos, perfectamente ignorantes, y circunscritos a los frívolos temas locales. Sólo nuestra común pasión por la música nos unía. Los dos, como nosotros, dominaban medianamente el piano y la guitarra, llegando Cristina a fantasear con éxito sobre algunos difíciles fragmentos de óperas célebres; y hasta componía melancólicos nocturnos y tristes romanzas.

Doña Carlota llamó una noche a Juan, quien regresó en seguida.

—Ella les suplica—dijo, volviéndose a nosotros—, que canten algo. La pobre delira por el canto, y como su habitación queda contigua a esta sala, les oirá bien.

Acompañados al piano por Cristina cantamos una serenata húngara, de un sentimiento tan hondo y de una melodía tan ilusoria que nos causaba un extraño dolor. Era una vaga sonata de muerte, en que un eterno adiós se repetía al final de las estrofas, dulce, amarga, melancólicamente. La explicación, simple, y no obstante, intensísima de aquel poema musical, completaba en nosotros su mórbido encanto: Dos jóvenes amantes, de los bosques de Hungría, perseguidos por un destino maléfico, viéronse forzosamente obligados a separarse para siempre. De pie, sobre la falda de un otero, ella le mira alejarse con el corazón lleno de sollozos. En la lejana curva del

escarpe, allí donde una musgosa cruz de piedra marca el sepulcro de una virgen, él se vuelve, por la última vez, hacia su amada, e improvisa un adiós profundo en una mágica melodía. Su voz se eleva en los aires, plateados por el fulgor de la luna, y llega tristísimamente a los oídos de la hermosa. Al extinguirse la primera queja melódica, ella le contesta con otro adiós salido de las más recónditas intimidades de su ser, saturado de tan suprema ternura dolorosa que las palabras son como lágrimas. Se apaga la voz, y la otra voz responde a lo lejos. Caminan ya por opuestos rumbos, ascendiendo por las solitarias colinas, y el intenso diálogo va extinguiéndose lentamente, angustiosamente, hasta esfumarse en un remoto suspiro, en un murmullo de agua sobre los guijarros, en un rumor de hojas que caen en el silencio argentino de la noche.

La honda sugestión del oyente era completa cuando, separadas las dos voces, se oían vibrar, una después de otra, en la distancia.

A la enferma le impresionó, de profunda manera, aquel lánguido himno funerario, obsesionante como una elegía, y nos suplicó que lo repitiéramos; pero, asaltados repentinamente por una inquietud atormentadora, nos abstuvimos de hacerlo.

Ya en la calle, Luz murmuró:

—¿Por qué será que me emociona hasta la angustia esa serenata? Yo siento que materialmente me duele el corazón cuando canto.

—A mí también me hace sufrir.

—Entonces—exclamó mi madre—, ¿para qué torturarse?

—No lo podríamos saber—dijo Luz—. Espontáneamente se nos ocurrió preferir esa canción.

La calle estaba solitaria. Al pasar junto a una puerta cerrada, un reloj, en el interior, dió las diez. En la próxima esquina, un farol de cristal, sostenido por un hilo de alambre, balanceábase frente a una imagen sagrada, yacente en medio de la pared, en su nicho de granito. Sobre el suelo encogíanse y alargábanse caprichosamente las sombras errantes.

La voz de mi madre interrumpió el silencio:

—Hay ocasiones en que vuelve una a vivir una hora de su antigua vida. Ese rejoj, resonando en esa estancia cerrada, hace surgir un dulce recuerdo de mi juventud. La noche en que tu padre, Rogerio, fué a pedirme en matrimonio, yo salí de casa con varias amigas, después de las siete, a un rezo en La Merced. El me había dicho: ''A las diez nuestra suerte se habrá definido''. Mi familia, compuesta de tres personas, ya difuntas, se oponía tenazmente a nuestro enlace. Pero Luis me juró que la convencería. ¡Era él tan audaz y tan simpático! De la iglesia me vine a esa casa de Carlota, de donde acabamos de salir; y, ella, recién casada entonces, fué con su marido a dejarme. Así era la noche, como ésta, silenciosa. . . Poco antes de llegar, cerca de una esquina, tras una puerta cerrada, sonaron las diez en uno de esos antiguos relojes de péndulo, cuya hora canta una palomita automática, que aparece por una pequeña ventana. Toda estremecida oí el quejumbroso grito mecánico pensando, en cada una de sus diez ligeras pausas: '' ¡Mi destino se ha resuelto!'' ¡Qué cosas tan lejanas, tan lejanas y tan hondas!

Y sentí que temblaba su brazo bajo el mío.

LVI

Nuestras veladas tuvieron, durante algún tiempo, su parte musical. Los Irisarri pasaban dos o tres horas con nosotros, y cuando Luz y Cristina concluían sus ejecuciones en el piano, Juan y yo cantábamos, acompañándo-

nos con las guitarras.

Los amigos de mi madre mostrábanse muy complacidos con esta novedad, y con frecuencia alguno de ellos pedía a Luz que cantara un poco. Una noche fué don Diego el de la súplica.

Ella acercóse al piano y ocupé la banqueta. Había yo compuesto un vago preludio para el acompañamiento de los versos que un día le dedicara, y con el que sustituímos la introducción de la música escrita por Edwing.

Inconscientemente mis dedos arrancaron los primeros compases del prólogo melódico.

—Eso es—díjome ella—, eso es lo que ahora deseo cantar.

Y su voz se elevó argentina y pura, fresca y dulcísima. Los versos, envueltos en la música de la garganta, prolongábanse límpiamente en largas caricias de seda de una deliciosa voluptuosidad espiritual. Deteníase al fin de cada estrofa en la máxima altura del canto, y luego descendía su voz repitiendo el último verso, con la magia seductora de una melodía imponderable. En un silencio de asombro, sin respirar apenas, los hombres y las mujeres escuchaban aquella canción extraña y encantadora, en el que todo su ser se concentrara en su acento. Sí, toda su alma palpitante se difundía en el ritmo sonoro, resplandeciendo y ondulando apasionadamente en los vocablos armoniosos. En la angélica interpretación de la letra y la música había más intensidad de emoción y más lírico ensueño del que Edwing y yo esperáramos al arreglar, ella los sonidos y yo las palabras. Mis versos, pálidos y simples, aun transparentando vagamente una ternura profunda, encendíanse de pasión extrahumana y de sideral tristeza en la boca divina de mi amada.

Al terminar, oyéronse aplausos y murmullos de admiración.

Juan Irisarri, sentado cerca de mí, estaba extático, con los ojos llameantes. Don Otto lanzaba violentas exclamaciones germánicas; y cada cual comentaba, a su modo, el encanto de la canción. Pero don Diego era el más entusiasta.

—¡Qué cosa más bella!—exclamaba, entornando los párpados arrugados—. ¡Así deben de cantar los ángeles! ¡Y qué versos tan lindos! Deseo vivamente poseer esa poesía y esa música para enviarlas a una sobrina que vive en Quezaltenango y que adora estos inocentes placeres. Con toda mi alma estrecharía la mano de los autores de esa música y de esa letra. ¿Son italianos o alemanes? ¡Indudablemente, son dos grandes artistas!

—¡Pues adelante con la intención!— gritó alegremente Edwing—. ¡Aquí tiene usted mi mano!

— ¡Y aquí la mía!—añadí, acercándome sonriente.

Don Diego no volvía de su sorpresa.

—¿Cómo?—murmuró—. ¿Será posible? Pues entonces, si son ustedes los autores; repito, que, a mi juicio, son, sí, dos grandes artistas.

Y después de sacudir briosamente las manos de Edwig, se dirigió hacia mí con los brazos abiertos.

—En representación de tu padre—dijo solemnemente con su gran voz conmovida—quiero estrecharte sobre mi pecho.

Y me retuvo junto a su corazón, en actitud teatral.

A no haber mediado el recuerdo fúnebre todos hubieran reído a carcajadas.

—Este don Diego, a pesar de sus bravatas contra los ideales y los sueños, es también un soñador, y no me extrañará que, cuando vuelva a ser alcalde, cambie de rumbo, y olvidando los caminos férreos, emplee los dineros de las contribuciones en organizar oficinas conservadoras de los históricos escombros, como se lo aconsejó Rogerio.

Así habló, burlonamente, don Otto.

Yo me acerqué a Luz.

—Es divertido, ¿verdad? los versos no valen un comino, y la músico otro tanto. Lo que vale es tu voz, que en esas rimas es la voz de tu alma. Y el buen don Diego no comprende esto. Aunque vale más que sus entusiasmos no se prolongaran hasta ti. A Edwing le escapó de arrancar la mano, y a mí, con sus paternales apretones, me dejó saturado de tabaco.

Vi entonces redondearse en sus mejillas los hoyuelos encantadores.

—No estoy conforme con tu amable juicio—murmuró.

Y los hoyuelos volvieron a cerrarse.

LVII

El vasto jardín reventaba ahora de flores y de frutos. Los rosales, los jazmineros y las madreselvas, sobre todo, apenas podían sostener su fragante carga. Era en abril y los follajes se llenaban de pájaros y de insectos.

Los durazneros, los naranjos y los perales daban su deliciosa cosecha. Ráfagas de olores elevábanse por todas partes en aquel bello sitio de silencio.

—¡Miren ustedes cuántas mariposas!— dijo Genaro—. Es una variedad increíble. Las hay de todos los matices y de todos los tamaños. Antes, Bravonel las destrozaba; pero ya le enseñé, primero con un látigo, y después con la persuasiva dulzura de la palabra, a respetarlas por armoniosas e inocentes. Ahora son sus errantes amigas: cuando está echado se posan sobre él en densos grupos y lo cubren casi por completo. El permanece inmóvil, y como agradecido a esa íntima prueba de confianza. Apenas, cuando ya le fatiga la quietud, mueve ligeramente la cola, como expresión de un aviso cordial, y se levanta despacio. En muchas ocasiones le he visto llegar a mi puerta todo vestido de alas azules y blancas, violetas y tornasoles.

Nosotros le oíamos con placer. El viejecillo tenía un alma simple y delicada, alma diáfana de solitario en comunión continua con la Naturaleza. En él hacían impresión imperecedera, bajo su aparente rusticidad, todos los movibles aspectos de las cosas, y todas las formas, inmutables o volubles, que le rodeaban. Vivía, como ciertos pájaros de las regiones centrales de Africa, con los ojos y los oídos atentos a los más tenues rumores de la selva y de la noche. Su ser habíase tornado infantil, regresando hacia los primeros años de ingenuidad y sencillez. Cuidaba de las flores como si fueran frágiles criaturas puestas bajo su amparo, y le era imposible ocultar su pena cuando había que cortarlas.

—Uno de esos señores que hacer versos creo que fué quien llamó a las mariposas flores con alas—continuó—. Y tenía razón. Ya me ha pasado que, al ir a cortar un pensamiento, volara convertido en mariposa. También es que la vista no me ayuda del todo, y confundo los

pétalos con las alas.

—¿Y no has visto aquí una de esas enormes mariposas negras que parecen hechas de fúnebres terciopelos?— pregunté.

—Sólo una vez—contestó, con la voz alterada—, el día en que murió don Luis. En la mañana la encontré volando sobre la tumba, ya saben ustedes. . ., en la esquina del muro. La cogí, sin esfuerzo, pues no intentó huir. Ya en mis manos sí se agitó con un vigor extraordinario en un animalillo tan endeble. Sentía que mis dedos se apretaban sobre las alas sedosas. . . y hasta me pareció que me introducía en la piel mil menudos alfileres. La clavé sobre la dura corteza de un ciprés con uno de esos largos punzones de metal con que perforo las cubetas de las almácigas. Aleteó un momento y luego quedóse inmóvil. Aquel día, cuando al anochecer atravesaba yo el corredor, frente al cuarto de don Luis expirante, me azotó la cara aquella mariposa. Si, señor, era la misma, pues corriendo —después de perseguirla inútilmente—fuí al sitio en que la había clavado . . . y sólo hallé el punzón que aun se agitaba de manera misteriosa.

Un frío soplo de lo desconocido azotó nuestras almas, escuchando esta fúnebre remembranza. Entre el radiante esplendor primaveral agitábase ahora aquella trémula mancha negra.

Nos alejamos de Genaro, hundido en sus recuerdos tan profundamente, que no volvió la cabeza hacia nosotros.

Yo quise borrar la sombra que nos invadía, y, simulando una gran serenidad en la voz y en el pensamiento, dije:

—¿No te pasó alguna vez que un menudo detalle te hiciera rectificar el favorable concepto que habías formado de alguna persona? Yo consideraba a doña Ana Tovar muy piadosa, y antenoche la encontré, entretenida en el patio de su casa, en clavar luciérnagas contra la pared. Les atravesaba el cuerpecillo con un alfiler y el tormento hacía más intenso el ligero fulgor verde.

—Actos de odiosa crueldad que no comprendo—murmuró Luz gravemente—. Quien martiriza de ese modo a una luciérnaga o a una mariposa tiene un espíritu ruin y grosero, un instinto de ferocidad sanguinaria. Todos los que proceden en esa forma con infelices animalillos indefensos, que alegran la vista con la sutil gracia que les dió la Naturaleza, serían capaces de cometer un asesinato o cualquiera otra obscura acción vituperable. Es eso tan horrible como torturar a un niño. ¿Te acuerdas de la visita que hicimos a doña Juana de Gómez cuando murió su hijo? Mientras la señora hablaba con mamá, dos chicuelas suyas, de diez y doce años, entreteníanse en hacer que un gato despedazara a uno de esos graciosos insectos de esmeralda que llamamos esperanzas. Las alas infelices crujían entre las zarpas agudas del felino. Tres veces me levanté, sin poderme dominar, para interrumpir aquel acto cobarde de crueldad repugnante; pero los dos verdugos insistían en su horrible tarea. Salí de allí horrorizada.

—Pero no he rectificado la favorable opinión que tengo de Genaro—añadió—. Hizo bien en clavar al animalucho maléfico. En este caso, como él lo comprendió, no se trataba de una mariposa.

—¿Qué dices?

—Que no era una mariposa.

—¿Volveremos entonces a hundirnos en ese abismo fantástico del que logramos toda nuestra voluntad? ¿Cree-

remos, de nuevo, en los lúgubres cuentos de Genaro? Recuerda que este viejo servidor es, según nuestra propia observación, el representante mejor caracterizado del antigüeño, supersticioso, con la cabeza llena de fantasmas y de añoranzas de aparecidos. Vive rumiando lóbregos recuerdos, y, a pesar de sus miedos febriles, no puede abstenerse de relatar sus quimeras, aunque luego se asuste de sus propias palabras. Los años han exacerbado en él esa especie de neurastenia. Yo le oigo con interés porque me divierten sus historias anormales, fuera de las cosas comunes y monótonas; pero, desde hace mucho tiempo, considero esas relaciones como fábulas infantiles.

—¿Por qué procuras engañarme, Rogerio?—interrogó ella, deteniendo su paso un instante y mirándome fijamente—. ¿Es que ya no soy digna de tu confianza? ¿Temes abrirme, como antes, tu corazón? Te conozco profundamente y sé que ahora ocultas la verdad que hay en ti. Y me apena pensar que pueda obscurecer nuestras almas la sombra de una mentira.

En silencio cogí su mano derecha y la puse sobre mis labios como para hacerme perdonar.

Y entonces recordé—con extraña amargura—que yo le había ocultado un acto grave de mi vida. Y viéndola tan ingenua y tan enamorada, tan incapaz del más leve embuste, tan pura y transparente ante mi amor, sufrí por aquel secreto, que ahora me quemaba el corazón.

LVIII

¡El secreto! Sí, aquella herrumbrosa llave que arranqué violentamente a mi madre. ¡La llave de la estancia del abuelo! ¡Sólo Dios sabe cuántos crueles insomnios me causó!

En los primeros tiempos obsesionábame como una pesadilla, torturándome a toda hora. Una curiosidad irrefrenable y una sorda inquietud me impulsaban, a la vez, a abrir la puerta y a devolver la llave. Tenía la honda convicción de que, al aclarar aquel misterio, atraería sobre mi cabeza un terrible mal. Deseaba vivamente que mi madre me reclamara aquel objeto fatídico. Quería devolvérselo; pero me era imposible hacerlo de manera espontánea.

Adivinaba que ella nada haría por recobrarlo. ¡Y, por otra parte, sabía yo también que a nadie, ni aun a Luz, podría confiar el secreto de aquel siniestro depósito!

Envuelto mi ser en un denso velo de misterios extraños, pase algunas semanas ignorando si al fin tomaría una resolución. Olvidábame de aquel hórrido asunto durante el día; mas apenas me acostaba sentía su recuerdo avanzar en la sombra y entrar en mi cabeza y en mi espíritu. Y toda la noche me atormentaba sin piedad.

Varias veces levantéme desesperado, resuelto a aclarar aquella niebla de mi cerebro. Esperaba—no olvidando la recomendación de mi madre—la hora menos hostil. Permanecía en la tiniebla, sin hacer el más leve ruido para no despertar a Luz. Gruesos cortinajes cubrían la puerta que comunicaba nuestras habitaciones; pero su sueño era tan ligero que la despertara la caída de un ramo de flores sobre la alfombra. Cuando yo oía resonar a lo lejos las campanadas de la medianoche, sacaba la llave del cajón secreto del escritorio, deslizándome por el corredor. Llevaba fósforos y una vela, e iba seguro de terminar pronto con aquella peligrosa monomanía; pero apenas llegaba junto a la puerta, un terror inexpresable me embargaba, volviéndose la llave pesada como un gran trozo de

hierro. Nunca pude siquiera ponerla en la cerradura, inmovilizado por un tremendo espanto.

No volví a intentar abrir la estancia y mis inquietudes fueron calmándose, hasta el extremo de no haberlas sentido, ni una sola vez, después de nuestra salida para San José.

Pero, de pronto, tras un lapso de absoluto olvido, surgían de nuevo en mi interior, más angustiosas y obsesionadoras.

En ese tiempo me vi obligado a partir para la capital en un asunto indemorable. Aunque se me presentó como una gran pena la perspectiva de permanecer un mes lejos de Luz, meditaba con ilusión que quizá con el cambio de paisaje olvidaría para siempre la idea atormentadora y que la tenebrosa estancia me dejaría en paz.

Mi prima se sobresaltó al saber mi viaje.

—¡Dios mío! Como nunca nos hemos separado, esto me asusta. ¿Cuándo volverás?

—Dentro de cuatro semanas. Te prometo que no te olvidaré un minuto.

Partí al día siguiente. En el zaguán Luz y yo nos pusimos a llorar como dos chicuelos, y mi madre se rió mucho de nuestra debilidad.

—No parece sino que Rogerio se fuera para la Polinesia—exclamó.

Al doblar la esquina, agité mi pañuelo.

LIX

Tomé un cuarto de lujo en un hotel. En los primeros días me aturdí un poco con el alegre rumor de las calles y los menudos incidentes de mi nueva vida. Inicié el negocio que me alejara de casa, y, enterado de la forma en que debería concluirlo, empleé mis horas en recorrer las ventas de libros y otros establecimientos, y en vagar en las tardes y mañanas por los paseos.

Telegrafiaba constantemente a mi madre y a Luz. En la noche, al regresar a mi cuarto después de la comida, encontraba los dos telegramas suyos sobre mi mesa, y esto me causaba un vivo placer.

Ocho días transcurrieron desde mi salidad de La Antigua. Una mañana me entregó el criado una carta. La abrí temblando, pues reconocí la letra fina y elegante del sobre.

"Rogerio mío:

"Hace una semana que no vivo, que vivo sin alma. Voy de un lado a otro sin pensamiento, sin voluntad, con el corazón lleno de angustia. Yo ignoraba que el amor fuera tan doloroso y que una corta ausencia encerrara una pesadumbre tan honda. No he bajado al jardín, ni he podido leer una sola página. Sólo tengo ánimo para pensar en ti y para acariciar tu recuerdo.

"En vano esperé que me escribieras al llegar. ¿Cómo pasas el tiempo? Tus telegramas son demasiados breves; algunos sólo encierran diez o doce palabras. Dime si sientes mi alma cerca de tu alma y si sufres lejos de mí. Dime eso, y otras muchas cosas.

"Te beso en los ojos, amado mío.

"Luz."

Apreté contra mi rostro el plieguecillo azulado y un débil perfume de violeta acarició mi ser.

Tracé para ella las siguientes líneas:

"Alma, Luz mía:

"Las palabras de tu carta son como flores, dulcísimas e inolvidables. Hicieron vibrar mi corazón deliciosamente. Sí, yo también sé que todo profundo amor es doloroso. Lo siento en estas monótonas horas que paso lejos de ti. Pero nuestra primera separación será la última.

"Dentro de pocos meses, en agosto, cumpliré veinte años y en ese día nos casaremos. Después, a donde yo vaya irás conmigo.

"Paso las mañanas errando por las librerías. Te remito hoy un paquete, con cuatro volúmenes, que te sorprenderán gratamente.

"Pongo mis labios sobre los lindos hoyuelos de tus mejillas.

"Rogerio."

Cuatro días pasaron. Recibí otra carta.

"Rogerio mío:

"Esa voz sideral—Alma—que colocaste antes de mi nombre en tu carta, me hizo el efecto que me producen tus profundos ojos verdes cuando me sonríen en sueños. Y he pensado muchas veces: "mi esperanza está en el color de sus pupilas".

"De los libros que me enviaste presentí dos: los versos

de Shelley y el volumen de Poe con sus últimos cuentos. Las Doce poesías, de Gabriel D'Annunzio, y los Dramas de Maeterlinck, en verdad, me sorprendieron, pues en ningún catálogo he visto incluídas las versiones españolas. De los tres últimos hablaremos a tu regreso. Del primero, que leí anoche, puedo decirte que me dejó una impresión imborrable. ¡Qué poeta tan armonioso y tan hondo es Percy Shelley! De su pensamiento emana, como de una blanca flor de milagro, un perfume de intenso misterio; y su excelso espíritu ondula en las estrofas musicales y resplandecientes. Su muerte extraña parece como presentirse en el dolor de sus cantos y su tristeza es como el alma de una gran tristeza.

"Leí anoche ese corto volumen—pequeño como los pomos de los más finos aromas—para expresarte mi primera emoción acerca de él, iluminando así esta obscuridad de espíritu y esta inepcia para todo esfuerzo que se apoderaron de mí desde que te fuiste.

"Sí. Esta será nuestra primera y única ausencia, pues otra me mataría. Pero debo hacerte una súplica que sabrás atender. Tú, que me conoces, comprenderás que ha nacido del corazón y de la razón, y no de un capricho: deseo que nos casemos en mayo del año próximo y no dentro de tres meses. Gocemos, con toda la inocencia de nuestras sonrisas y de nuestras miradas, con todo el divino candor de la infancia, de este último año, que quizá sea el más bello y fragante de nuestra vida. Perdóname esta frase, que sólo tu espíritu debe interpretar, y no añadamos una palabra más. . ., recordando al poeta que tenía lástima de las palabras inútiles.

"Indícame la fecha de tu regreso. Mamá y yo iremos a encontrarte en el pequeño carruaje en que fuimos a las fiestas de San Felipe.

"Me desesperan estos días eternos. No voy a las tertulias de la noche en el salón. Me falta ánimo para cambiar una frase con nadie. Mamá y Edwing me consuelan; el doctor Sáenz y los Irisarri me dan bromas; pero han sido sin resultado sus esfuerzos para llevarme al piano, que permanece en su grave mutismo.

"Te recomiendo traer el Vals triste, de un maestro alemán o francés—no recuerdo—; y las últimas composiciones de Cremieux.

"¿Sabes? Cristina se ha enamorado de ti. Lo sé. Lo he comprendido. Ahora siento por ella una piadosa fraternidad. Por lo demás, ¿qué culpa tienes tú de ser tan seductor? ¿Quién puede evadirse de tu encanto varonil, de la superioridad de tu cerebro y de tu espíritu?

"Van a ti esas violetas que se marchitaron sobre mis cabellos. Ponlas en tu almohada para que sueñes conmigo.

"Luz."

La noche en que recibí esta carta no fuí al teatro, aunque ya me esperaba un coche en la puerta.

Púseme a pensar en ella con un apasionamiento de todo mi ser, con el alma embriagada.

Y comprendí, como nunca, la singular delicadeza íntima de aquella seductora criatura. Estábamos aún en mayo. Ella fijaba el plazo de un año para nuestro enlace y su infantil pudor, su secreta virtud de castidad, la hicieron más dulce y querida a mi corazón.

Ocupé, todo el día siguiente, alegre como un colegial, en comprar gran número de objetos con que deseaba

sorprender a mi madre y a Luz, cuyos gustos conocía como los míos propios. Recogí de las ventas de libros y de música los paquetes de las obras que hiciera pedir, en su oportunidad, al exterior, y las novedades artísticas que en ellas encontré; e hice acomodar, de la más segura manera, la valiosa colección de plantas japonesas y de orquídeas que había encargado a un floricultor japonés.

Arreglado, según mi deseo, el asunto que motivó mi viaje, y que se relacionaba indirectamente con mi matrimonio diferido, y después de visitar a los nuevos amigos que fueron a saludarme a mi llegada, y de remitir al Diario de Centro América mis versos Ausencia, escritos para Luz en una noche de insomnio, partí en la mañana del 30 de mayo para mi tierra de Amor y de Recuerdo.

¡Horas gratísimas de aquel regreso, bajo el perfumado esplendor de la primavera! Jamás, como entonces, gocé del paisaje resplandeciente y magnífico. Hundía el alma en la frescura de los campos, y recibía, cerrando voluptuosamente los ojos, las ráfagas ligeras de las brisas que jugaban con mi cabeza descubierta. ¡Edad divina de la primera juventud! ¡Tiempos de oro del verdadero amor! ¡Del primero y único amor! ¡Del ingenuo amor, todo blanco, sin sombras ni pesadumbres!

La mañana parecía de diamante. El cielo fulgía sin una nube. El cono del Guate-z- mal-há, sin un jirón de neblina, elevábase majestuosamente en el cerúleo espacio.

En Mixco un antiguo conocido me detuvo para ofrecerme un vaso de horchata. Apagada la sed, continué el camino, que ya parecíame interminable. El cochero restallaba el látigo y los dos caballos galopaban ahora ascendiendo la Cuesta de San Rafael.

Noté que el conductor no había despegado los labios en todo el trayecto recorrido, y que su aspecto era el de un hombre desgraciado.

—¿Qué te pasa, Ramón?—pregunté.

—Patrón, una cosa muy seria. Hace ocho días que enterré a la Carmela, que era lo único que yo amaba. ¡Una muchacha tan fiel y tan simpática! Quizás usted la conoció. Vivíamos por la Parroquia Vieja, a un lado del final del tranvía. Una fiebre la mató en poco tiempo. . . y yo estoy desesperado.

Lloró con la mano izquierda sobre la cara.

—El mismo caso lamentable del cochero moscovita—pensé. ¡El dolor, repitiéndose eternamente. . .!

Le consolé como pude y se tranquilizó.

Caminábamos, ahora, más despacio. La cuesta era difícil y los pobres caballos jadeaban. Bajo el sol llameante la verdura de los montes resplandecía mágicamente. Pero un hilo de luto flotaba ante mis ojos, impresionado por las palabras del hombre inmóvil cerca de mí, herido por la muerte.

Poco antes de las doce, frente al pueblo de Magdalena, al doblar un largo recodo, encontré a mi madre y a mi prima. Nos abrazamos los tres, emocionados, como si hubieran trancurrido muchos años sin vernos.

Yo no me cansaba de mirar a Luz. Encontrábala más linda, con un algo más dulce e íntimo; y ella me sonreía bajo su velito azul.

—¿Qué nos pasa, que no hacemos más que mirarnos?—exclamó riendo, mi madre, con su fresca risa que atraía las almas.

—La emoción, mamá--murmuré—. Esto cálido y terrible que se remueve en nuestro interior, y que es, a veces, tan fuerte, que no encuentra uno frases para expresarlo.

—Sí, los ojos son los que poseen el mejor lenguaje— añadió.

Ellas entraron en el coche en que yo venía, después que Ramón cambio los caballos. Quedamos juntos Luz y yo.

—Te veo un poco pálido—dijo—. ¿Te duele la cabeza?

—No—contesté—. Sólo que anoche, con la impresión del regreso, no pude dormir.

Y no hablamos más. Pero nuestros corazones continuaban vibrando.

Ya en el zaguán despedí afectuosamente a Ramón, obsequiándole con una cantidad de dinero, y penetré, con mi familia, en mi palacio de sueño y de amor. Una grata frescura me acarició al entrar. La casa estaba llena de flores y de grandes ramas de pino, y una gruesa alfombra verde y odorante cubría los corredores. Genaro y las criadas, vestidos de fiesta, me saludaron cuando entré, y *Bravonel* iba tras de mí, dando saltos de alegría.

LX

—Usa tu vieja pipa por la última vez—dije a Genaro a la mañana siguiente—. Pues te traigo dos magníficas, y cuatro cajas de tabaco de Cuba y de Copán. Deseo que me digas cuál te parece de mejor calidad.

Estrechó él mis manos y las arrugas de su viejo rostro se dilataron.

La venada me miraba, con el luciente hocico puesto sobre mis rodillas.

—¿Y tú qué quieres? ¿Piensas que te he olvidado? Pues te equivocas.

Y saqué del bolsillo un relumbrante collar de plata con menudas campanillas. Lo cerré sobre su cuello sedoso, y el bello animal púsose a galopar sobre la arena del jardín, espantando los pájaros que picoteaban las rosas.

—Así ella también tocará su música.

Ya *Bravonel*, echado tranquilamente cerca de nosotros, ostentaba un ancho collar amarillo bordado de flores metálicas.

—¿Crees tú que ellos no gozan con sus collares?— pregunté a Luz, que me miraba sonriendo.

—¿Cómo no han de gozar? Ellos también tienen su inteligencia y su confusa comprensión de las cosas.

Luz había querido que ofreciera mis dones a los más humildes antes de recibir los suyos.

—Ahora veamos lo que me traes—dijo, tomándome del brazo.

Hice transportar las dos cajas grandes marcadas a las habitaciones de mi madre y de mi prima; y, media hora después, vinieron juntas a darme las gracias por haber comprendido sus gustos de manera tan íntima.

—No hace falta nada de lo que pudiéramos desear —murmuró mi madre—. Te agradezco, sobre todo, las medias negras de seda y las zapatillas. No pude encontrar, cuando estuve en la capital, ningunas tan cómodas.

—¿Y quién te dijo—agregó Luz, con los ojos bajos—

que el color que a mí me gusta en las medias eran el violeta pálido?

—Era el que usabas siempre con tu falda corta.

—Sí, es mi color, No sé qué deba decirte de todos los otros obsequios tan delicados y tan útiles. La pulsera es preciosa y los pañuelos son como telarañas de colores. Mira el anillo y los pendientes de amatistas.

Y admiré en sus gráciles orejas sonrosadas, y en uno de sus dedos pálidos, las piedras como violetas luminosas.

—Vamos a ver nuestras flores, nuestra música y nuestros libros.

Y, abrazando a mi madre, salí con mi prima de la estancia.

En el primer salón expuse las cubetas de loza, de matices claros, de las plantas japonesas y de las orquídeas.

— ¡Qué flores tan raras!—murmuró.

—Sí, muy curiosas. Parecen alas de insectos exóticos. Son como alimañas fantásticas, como extravagantes floraciones submarinas. Algunos tonos de sus pétalos recuerdan la piel de ciertas víboras venenosas matizadas armoniosamente, y las fúlgidas escamas de los peces saltando a flor de agua en pleno mediodía, y los plumajes de los quetzales. ¿Cuál color te parece más extraño?

Rápidamente tracé dos palabras sobre un trozo de papel.

Ella, muy despacio, miró en silencio las doce vasijas panzudas, historiadas de dragones fabulosos y de pájaros desconocidos. Observaba una y otra vez los pétalos multiformes en un análisis lento y seguro.

—Prefiero éste—dijo al fin, señalando una hoja ds plata tornasol—. El cáliz, de un amarillo casi blanco, es también extrañísimo, de un matiz quimérico.

Yo le tendí el trozo de papel.

—En todo nuestros gustos son como dos alas unánimes—exclamé—. Creo también que ese color es el más bello. Cualquiera otra persona, inclusive el floricultor, de cuya casa las traje, preferiría las flores verdes de la séptima vasija.

La entusiasmaron los vegetales de Nagasaki, con sus hojas gruesas y sedosas y sus campanas azules .

—Toca ahora el turno a la música.

Y recogí, de un gran sillón de terciopelo granate, un paquete envuelto en una tela rosada.

—En primer término, tienes aquí tus encargos: el *Vals triste* y las últimas melodías de Cremieux. Luego la *Tarantella* que a Cristina Nilsson ofrendara Bizet, y algunas sonatas de Beethoven, y las rapsodias de Liszt. Después, acordándome de mamá, algo de Roberto Schumann; y, por último, pensando en tu alma y en mi alma, *La gavota de las damas amarillas,* de Luis Rameau, que es una de las músicas más melancólicas y más intensas que se hayan escrito.

—Este grueso volumen de óperas completas es para Edwig—añadí—. Vamos, finalmente, a ver nuestras próximas lecturas.

Abrí, con una llave larga y dentada, la caja oblonga de los libros. Y extraje de ella varias obras de lujosas pastas obscuras, y una docena de tomos recubiertos de telas inglesas, azules y rojas.

—LLegaron a Guatemala por el último vapor de

Europa.

Y fuí leyendo: *Poemas,* de Tenneyson; *Mireya,* de Mistral, *Evangelina,* de Longfellow. . . y veinte más.

Al terminar la lista de los títulos, le presenté un pequeño volumen, semejante a una angosta cartera de piel de Rusia, con un monograma de oro: una L y una R.

—Mandé imprimir y encuadernar esta maravillosa antología para ti. El texto, en letra azul, se desarrolla en vitela plateada, y las páginas primeras, dobles y en blanco, son de un violeta desvanecido. Sólo se imprimió este ejemplar.

Sus dedos mórbidos, y blancos como jazmines, abrieron el delicado estuche, cuyas hojas cruzaban algunas leves cintas de raso como las de los antiguos breviarios.

—Son las seis poesías que nos han impresionado más profundamente—murmuré.

Ella leyó: *Lucía, Tus cartas, Ulalume, Días que fueron, Mortus larvarum, Aniversario;* de Musset, Byron, Poe, Tennyson, D'Annunzio y Stefan George.

—En verdad, éstas son, Rogerio, nuestras páginas predilectas, y sólo debemos sentir que no podamos leerlas en los idiomas en que fueron escritas. Aún así, a través de la traducción,me parecen insuperables y casi fabulosas por la emoción y por la forma. Cada palabra, en ellas, posee un perfume y un espíritu, y por eso producen un dolor cálido y una silenciosa alegría. Son páginas de taciturna nostalgia por donde pasa el soplo del adverso destino y de la desventura irremediable. Ni una pálida sonrisa, ni un hálito de esperanza cruzan las líneas sugestivas y milagrosas; y sintiendo su encanto extraterreno se comprende, una vez más, que las almas de los grandes poetas y los más extraordinarios paisajes de la fantasía y del espíritu sólo pueden verse a través de las lágrimas.

Dijo, después, los tres últimos poemas, con su acento seductor. Las palabras de los versos inmortales aumentaban en intensidad al pasar por su boca peregrina, impregnadas con el calor de su propia emoción:

¡Mujer, tú que has vivido en tiempos muy lejanos, como tus danzas ya olvidadas, como tus perfumes en las redomas; mujer que tenías tan blancas manos; tú que moriste ávida de amor, que ya no eres joven ni serás ya amada, pasa hoy en estos sueños vanos, oh tú, muerta de tiempos que ya no existen !
....

Así tristes, así extraños, son los días que han pasado— caros como los besos recordados después de la muerte—; dulces como los imaginados por un fantasma sin esperanza en labios que son para otro; profundos como el amor y salvajes de pena! ¡Oh ! ¡Muerte en la Vida son los días pasados ¡
....

Y los milagrosos fragmentos finales de los dos poemas dejaban en nosotros una profunda vibración de dolor, que se prolongaba y seguía conmoviéndonos aún después de extinguida la voz, como un eco del *más allá* enigmático y obsesionante.

—Nada conocía de Shelley — dijo, después de un largo rato de silencio— fuera de su admirable *Defensa de la Poesía.* Es una selva mágica su volumen de versos. ¿Sabes algo acerca de la vida de este poeta? Me interesaría su historia. Sólo sé que murió trágicamente.

—Su vida y su muerte, todo en él fué una tragedia. Sus camaradas de la escuela de Eton le atormentaron brutalmente en su niñez. Era muy soñador y apasionado. Sus primeros trabajos aparecieron impresos antes de cumplir sus diez y siete años: panfletos con rima contra Jorge III, que motivaron su expulsión de la Universidad. Tuvo dos aventuras amorosas. Las dos protagonistas se fugaron con

él. Una de ellas —con quien se casó— viéndose sustituída por María Godwin, suicidóse, arrojándose al Serpentine. Shelley contrajo entonces matrimonio con María. También el poeta murió ahogado en 1822, en la bahía de Spezzia, a la edad de veintinueve años.

— ¡Lamentable historia, digna de piedad ! Su muerte, sin duda, fué un suicidio.

—Quedó envuelta en el más obscuro misterio. Ignórase aún cómo pereció. Seis volúmenes constituyen su obra, interesantísima según el decir de la crítica. Desgraciadamente sólo conozco las versiones castellanas de algunas de sus poesías y prosas cortas. Lo que más me atrae de su labor mental es la tragedia *Los Cenci,* horrible historia, supremo esfuerzo dramático que nadie ha superado después del siglo XVII. Así acabo de leerlo en un estudio acerca de los poetas británicos. El corazón de Shelley fué enterrado en Roma, en el Cementerio inglés, donde también reposa para siempre John Keats, el de la celeste frase: *una cosa bella es una alegría perenne.*

Como epílogo de aquellos recuerdos, Luz murmuró gravemente las hondas palabras elegíacas del insigne Shelley, que reclaman el mármol destinado a los profundos epitafios:

"La Muerte está aquí, y la Muerte está allí; por todas partes está la Muerte empeñada en su triste obra; en torno a nosotros; en nosotros, sobre nosotros, bajo de nosotros está la Muerte, y nosotros mismos no somos sino la Muerte

La Muerte ha puesto su marca y su sello sobre todo lo que somos, y sobre todo lo que sentimos y sobre todo lo que conocemos y tenemos.

Primeramente mueren nuestros placeres y después nuestras esperanzas y más tarde nuestros temores; y cuando todo esto ha muerto, el polvo llama al polvo y nosotros también morimos.

Todas las cosas que amamos y que nos son más queridas que nosotros mismos, deben disolverse y perecer. Tal es nuestro cruel destino. El amor, el amor mismo morirá, magüer todo lo demás no muriese..."

LXI

¿Fueron las evocaciones melancólicas o fúnebres de los grandes poetas, el aparecimiento del Dolor y de la Muerte a través de sus inmortales palabras, las que provocaron en mí la renovación de aquel deseo pertinaz y de aquella terrible inquietud nocturna? ¡Aquel amargo y angustioso deseo de penetrar un misterio sobre el que flotaba la suprema voluntad de un muerto !

Durante mi viaje a la capital, y aún en los primeros días de mi regreso, no me asaltó, en ninguna ocasión, la abominable curiosidad. En tres semanas de olvido creíame curado de la monomanía maléfica. Pero he aquí que vuelve a atormentarme, privándome del sueño en cinco noches pavorosas. Pensé que, de continuar así —vibrante y calenturiento— no tardaría en perder todo mi vigor vital, y, quizá, en sucumbir de manera lamentable. Me obsesionó la locura de mi padre, y queriendo encontrar la razón donde él la perdiera, resolví aclarar pronto el tremendo misterio.

Luz notó, desde el primer día, mi constante inquitud y mi mortal palidez.

—Estás enfermo, sin duda, Rogerio. Tus ojeras y el extravío de tus ojos me lo dicen. Dime qué sientes.

—Nada, te lo aseguro, Lucita. Un ligero dolor de cabeza. Nada más.

Ella me miraba tristemente, asombrada de mis negativas.

LXII

Aquella noche, al terminar la tertulia, bajé al jardín en busca de serenidad para mi espíritu.

El cielo estrellado parecía de terciopelo negro en el que florecieran pálidos jazmines.

Anduve por las solitarias avenidas obscuras como un sonámbulo en un bosque de lúgubre silencio.

Armoniosos grupos de luciérnagas encendían los follajes. Resonaba, a lo lejos, el agudo estridor de un grillo, y el viento quejábase en las copas de los cipreses.

—Aquí duerme un siglo—pensé, al pasar frente a la habitación de Genaro. ¡Un siglo! ¡Cuánto espacio! ¡Cuánta vida!

El buen viejo cumpliría cien años próximamente. Y por indicación de mi madre, todos celebraríamos su centenario.

Seguí meditando sobre muchas cosas vagas y extrañas; y de nuevo se abismó mi alma en su trémula angustia y en su ignota pesadumbre.

Pasé junto al muro, cerca de las tumbas cubiertas de flores, continuando por la calle de eucaliptos. El olor de las rosas suavizaba el ambiente y una grata frescura subía de la tierra, mientras bajaba de los altos cielos una profunda paz.

De pronto vi surgir de las tinieblas una forma blanca y ligera que venía a mi encuentro.

—¡Luz!—exclamé.

Ella se enlazó a mi cuello recostando en mi pecho su cabeza. Y sollozó como una criatura infantil.

La levanté en mis brazos, y la conduje, como a un

niño dormido, al próximo banco. Nos sentamos juntos y yo enjugué sus lágrimas.

Después de un breve silencio, cogió una de mis manos y la llevó a su rostro, acariciándome al mismo tiempo los cabellos.

—Rogerio, alma mía, ¿qué tienes?—murmuró con su voz dulcísima—. Sufres y me ocultas tu pena. ¿No soy para ti lo que antes era? Abreme tu corazón como cuando estábamos en la infancia. ¿Qué dolor te persigue? Sufro mucho mirándote pálido y taciturno.

—Créeme, Lucita, ninguna perna me tortura. El dolor de cabeza es el que descolora mi rostro. Mi espíritu está siempre abierto para ti. ¿Cómo te imaginas que yo pudiera desconfiar de tu corazón?

Mi angustia crecía, atormentándome horriblemente. ¿Cómo podía decirla aquellas fútiles palabras de engaño? Hice un gran esfuerzo para contárselo todo, para quitarme de encima aquel secreto. Pero un poder interno me impidió hablar. ¡Imposible! ¡Imposible!

De nuevo sonó su voz en la noche.

—¿Será, tal vez, que la demora de nuestro matrimonio afectará tu alma? ¿Piensas que mi súplica obedeció a falta de amor? ¡Habla! ¡Dímelo! Haré lo que tú quieras. Mañana mismo nos casaremos. ¡Perdóname que te hablara de retrasar nuestro enlace! ¿En qué pensaba? ¡Si mi vida es sólo tuya y daría toda mi sangre por no verte triste!

Yo la sentía junto a mi corazón, cálida y enamorada, trémula y deliciosa. De su cuerpo florido y virginal exhalábase un íntimo y vago perfume que embriagó mi sangre y mi espíritu. Volví a tomarla en mis brazos y mi boca buscó su boca en la sombra. Así, en un beso profundo, permanecimos mucho tiempo fuera de la vida, gozando de un placer divino ante el cual son pálidos fantasmas todos los

demás placeres de la tierra.

Enlazados caminamos después—vibrando de felicidad sobrehumana—por las obscuras calles de árboles.

—¿Iremos mañana a Ciudad Vieja?—exclamó suavemente.

—Sí. Haré limpiar temprano el coche grande que traje de Guatemala. Es elegante y cómodo.

Al separarnos junto a su puerta retuve entre las mías sus manos tímidas, y murmuré, besándola en los ojos:

—En agosto nos casaremos, ¿verdad, Lucita?

—Sí, amor mío.

—¿Me quieres?

—Hasta más allá de la muerte

LXIII

Ya en mi cuarto, una emoción extraordinaria me asaltó de pronto. Parecíame que, minuto a minuto, iba acercándome a un tenebroso abismo, y que, después de verlo, mi alma quedaría pavorosamente triste para siempre. Pero una fuerza ciega me impulsaba y sólo la mano de Dios podría detenerme. Vagamente comprendía que un enemigo me lanzaba hacia aquella aventura temeraria, en cuyo fondo agitábase un poder infernal. Confusamente sabía esto y cien cosas más, obscuras e inevitables.

Levantéme de pronto, como movido por una poderosa mano invisible, del amplio sillón en que meditaba. Encendí una linterna y busqué en el escritorio la negra llave. Estaba allí, fría como el rostro de un muerto. Crucé el corredor y rápidamente llegué al sitio alucinante. Puse la linterna en el suelo y una angosta sombra extendióse por la

pared. El viento silbaba en el jardín, y sus ráfagas llegaron hasta mí. Con mano firme introduje la llave en la cerradura. Di tres vueltas hacia la izquierda y empujé fuertemente con la rodilla. Crujieron las maderas, y luego me vi en una gran estancia tapizada de rojo, con alfombra y colgaduras del mismo color de sangre. Bruscamente retrocedí un paso. Junto a la pared del fondo un enorme león erguíase ante mí. Al dirigir la lumbre en dirección a su cabeza miré que era uno de esos aparatosos felinos disecados que adornan los museos. Toqué sus ojos de cristal y sus melenas largas y ásperas, llenas de polvo. Un acre olor, un olor espeso y penetrante, que no hubiera podido definir, y que, sin embargo, vagamente me hacía recordar el *elemento que lo constituía,* me circundaba, me traspasaba, iba tras de mí. Era un olor pegajoso, mareante y nauseabundo, que producía una angustia y un malestar *capaces de dar la muerte.*

Con el pañuelo perfumado sobre la nariz, examiné la habitación. En un extremo vi un gran armario negro, y, diseminados desordenadamente, varios atriles de bronce conteniendo cuadernos, páginas manuscritas y amarillas hojas de música. Hacia la izquierda la pared estaba casi completamente cubierta de armas blancas de épocas remotas. Colgando de altas argollas veíanse espadas, cuchillos de caza, dagas, navajas, puñales, estiletes. Sobre grandes sillones antiguos, mil objetos exóticos se agrupaban extrañamente, mostrando algunos libros sus pastas de cuero comidas por el comején; y fragmentos de una capa de terciopelo con botones de plata caían por la alfombra, casi envolviendo una guitarra con las cuerdas rotas. Todo, excepto las armas, era allí rojo o negro. Pero, fuera de aquel hálito espantoso, nada había en aquel lugar que inspirara horror. ¡Nada! Caminé de un extremo a otro y mis pasos no interrumpieron el silencio. Sentéme en un sofá, meditando largamente en el legendario respeto que inspiraba aquel cuarto, desprovisto de todo aspecto fantástico.

—Es una cámara abandonada— pensé. Eso es todo.

¿De qué provenía la prohibición impuesta por mi

abuelo? ¿Qué había allí que tan trágicamente sorprendiera a mi padre? ¡Todo fue una postrera humorada de don Humberto! Y me hice el razonamiento de que mi progenitor se volvió loco, no de su visita a esta habitación, sino del golpe que recibiera en el cráneo cuando custodiaba su histórico hallazgo en los escombros.

!Y pensar que tal estancia habíame quitado el sueño! !Y que llegó a obsesionarme con su visión diabólica y espectral!

Sentí algo parecido a una decepción, como si se me hubiera humillado con una broma de mal género.

Asaltóme entonces una casi inconsciente alegría, a la que se mezclaba una especie de burla irónica contra los incautos que dimos importancia a tan ridícula quimera. Cobré de improviso una audacia insolente, y echando sobre mis hombros los jirones de la antigua capa, y haciendo rodar de un puntapié el más alto de los atriles, me puse a improvisar, en medio del cuarto, un apóstrofe, que me pareció de gran oportunidad.

—¿Qué es esto, abuelo?—exclamé, con voz vibrante—. ¿Así engañas, con una broma de medio siglo, a tu más sincero admirador? Después de tan tremenda burla de que me has hecho víctima, ¿cómo podré escribir tu fantástica apología? ¿Cuál fué tu intento al ordenar que no se abriera esta cámara? ¿Qué de extraño tiene con sus sillones y sus armas y sus atriles y tu vieja guitarra, para que fuera el horror de tu familia? ¿O acaso resume un emblema siniestro ese polvoroso fantasma felino, ese difunto león de duras greñas, padre, quizá, del que te devoró en Asia? ¿O en esos manuscritos, que luego leeré, encerraste la historia de tus cien hazañas terribles, que nadie deberá conocer? Mas, ¿por qué no los hiciste cenizas? ¿Con ellos reconstruiré tu vida trágica para asombrar a mis hijos? Pero, ¿por qué ha dominado la sombra, durante cincuenta años, en esta habitación? ¡Siquiera se hubiese perpetrado en ella algún horrible crimen, y el espantable grito que Genaro oyó una me-

dianoche, hubiera sido el último que, bajo tu mano celosa y asesina, lanzara la encantadora Leonor Moreira ! ¡Pero, no! Aquí no hay vestigios de dolor ni de muerte, fuera del macabro decorado y de este perfume diabólico que, de ningún modo, debió ser el que usara la gentil desdeñadora de Santisteban. Me retiraré de tu temida estancia sin haber admirado tu sombra heróica. ¡Y juro por mi nombre ilustre que mi decepción es grande, y que, como digno nieto tuyo, habría preferido morir aquí en un fulminante espanto patético, a tener que confesar mañana que tu solemne recomendación testamentaria fué un pueril embuste! ¡Te saludo gravemente, a través de la muerte, abuelo! ¡Y ruégote presentar mis respetos a tu linda amante y a su desventurado consorte, con quien, casi en el mismo minuto, entraste en la Eternidad ! ¡Gloria a ti, en la tierra y en los ámbitos de lo desconocido, grande y legendario Humberto de Mendoza!

Y recordando, en mi febril extravío, que me encontraba en un solitario extremo de la casa y que nadie podría oírme, me puse a reír a carcajadas.

Pero, ¿qué pasaba? ¡Yo mismo no reconocía mi acento! ¿Era yo quien reía? ¿Fué aquella mi voz? ¿Estaba loco?

Un grito lejano y cercano atrajo toda mi atención.

En las ondas del viento se dilató un aullido lúgubre y subterráneo que heló mi sangre. Era uno de esos lamentos angustiosos que lanzan los perros en las tétricas noches, envueltos en las tinieblas. Una de esas quejas prolongadas y lastimeras, que son como clamores de la otra vida, y que hacen persignarse a los que se despiertan oyéndolas.

Aquel aullido, como el inútil grito de socorro de un condenado, eternizábase en el espacio, descendía y se elevaba, ondulaba gimiendo y venía a extinguirse en mi propio corazón. Brotó maléficamente de la sombra como una respuesta a mis frases y a mis carcajadas irónicas; y

yo recordé, como en una pesadilla pavoroso, las fúnebres palabras de Genaro: "Cuando los perrros aullan, de esta manera, en la obscuridad, es porque ven pasar a la Muerte o al Diablo".

El lóbrego lamento cesó, y casi al mismo tiempo, oí un sordo estruendo que avanzaba por el corredor. Apenas habíame formado un juicio erróneo sobre su causa, cuando vi entrar en la habitación a *Bravonel,* saltando enloquecido. Al verme se detuvo y clavó en mí sus ojos relampagueantes, en los que creí notar una mirada humana y espantosa. Introdujo la cabeza en un purpúreo cortinón que bajaba del techo hacia un extremo del armario, y oí el áspero arañar de sus uñas sobre la madera oculta. Avancé, con la linterna en la mano izquierda, y levantando el pesado damasco, descrubrí una puerta baja y angosta. Hasta en ese momento no me di cuenta de que la estancia en que me hallaba era muy pequeña y que no tenía relación con el tamaño que observara del exterior. Existía, pues, otra cámara, y era *Bravonel* quien me enseñaba la puerta de comunicación. Sin intentar comprender tal misterio, empujé las maderas, que se abrieron de par en par. ¡El olor fétido y mortal provenía de allí! Azotóme tan terriblemente que estuve a punto de caer desvanecido. El perro gimió. ¿Qué sentía yo, entonces, en mi alma? ¡Nada! ¡Nada! Mi alma permanecía serena y solamente mi cuerpo temblaba.

En el primer instante sólo vi una alcoba sombría, de la que surgió en la penumbra un lecho negro, un enorme lecho antiguo de labradas columnas; uno de aquellos vastos lechos nupciales de maderas preciosas, en que nacían y morían nuestros antepasados. En extraño desorden había sobre él sábanas desteñidas llenas de manchones negruzcos, en los que fácilmente identifiqué la sangre. En el ancho espaldar veíase un traje de mujer, de matiz borroso, casi deshecho, con las mismas huellas sangrientas. Descubrí junto a un canapé un zapatito bajo, con una cinta negra; y, más lejos, una peineta antigua, de oro y de carey.

Pero el olor pestilente me asfixiaba, e iba a retroceder, cuando mis ojos se detuvieron en un horroroso agujero abierto en un ámbito del piso. La alfombra veíase destrozada en ese lugar y los ladrillos confundidos con la tierra. Era un boquete de sombra; y al inclinarme para examinarlo, supe, al fin, que en él se hallaba el hórrido elemento que constituía el espantoso olor. Apreté el pañuelo e introduje en la abertura el brazo derecho. Tocó mi mano un objeto duro y redondo: una calavera de escaso volumen, de la que salió un polvillo color de ruibarbo, y que, escapándose de mis dedos, rodó secamente por la alfombra, chocando con el perro, que dió un salto para atrás. En el interior del hoyo deberían encontrarse los otros huesos.

Ya retrocedía de nuevo, envenenado por la atmósfera pútrida, cuando un ruido horrible, hermano de aquellos hálitos fétidos, resonó en la alcoba. ¿De qué sitio surgía? ¿De la cama nupcial o de entre los anchos pliegues de las colgaduras? ¿Del techo o de los armarios fijos sobre la pared ? ¡Era un sordo ruido de alas, vago e intermitente, un torpe ruido amenazador, que salía del hueco mismo de la sepultura! ¿En dónde oyera otra vez, hace muchos años, aquel infernal murmullo, *aquel rumor áspero y tenebroso como un estertor de agonizante?* ¿En dónde? ¡Ah. . .! Sí. ¡Lo recordaba al fin!

Retrocedí entonces con las sienes febriles y el corazón iracundo.

—¡Maldito clérigo impuro!—grité—. ¡Maldito! ¡Maldito!

Del hueco sombrío escapóse súbitamente un gigantesco murciélago, que se arrojó sobre mí. Luché con él, agitando con violencia la linterna, que llenó la habitación de sombras y rápidos fulgores. El perro saltaba en mi defensa, lanzando rápidos mordiscos al negro mamífero. Pero éste, revolando en lo alto, atacábame furiosamente. Tres veces sentí el aliento envenenado de sus alas sobre mi rostro, y otras tantas logré rechazarlo. Pero, de pronto,

la linterna rodó por el suelo y se apagó.

Un escalofrío azotó mis espaldas. Hízose un silencio espantoso, en el que oía el latir de mis arterias. De la raíz del cabello hasta la planta de los pies hilos glaciales recorrían mi cuerpo.

Sentí—en un íntimo y sutil estremecimiento de mi cerebro y de mi espíritu— que el asqueroso animal se alejaba por los corredores. Quise correr tras él en un ímpetu de toda mi alma; pero *el poder extraño* y maléfico retúvome inmóvil. Agucé el oído, y, tras una tremenda angustia, asaltó mi corazón un dolor más grande que la muerte.

¿Cuánto duró aquel silencio terrible? Oí, como si vinieran de lo Eterno, doce campanadas en una iglesia lejana. Con un impulso galvánico di un paso hacia la puerta; pero, al mismo tiempo, oyóse otra vez el fúnebre estertor, y vagamente empecé a escuchar el vuelo fatídico en la habitación.

El perro iba y venía desolado, gruñendo lúgubremente. Palpé la cortina, intentando pasar. Mas sentí en el acto como una violenta puñalada en el cuello. Llevé a él mis manos y atrapé al repugnante monstruo. Parecióme enorme, nauseabundo y gelatinoso. Lo apreté con una fuerza brutal; y se agitó de manera increíble, procurando escapar. Oyendo su ruido *áspero y tenebroso* acabé de convencerme de que *no se trataba de un simple murciélago*. Chupó ávidamente uno de mis dedos; pero yo sentía bajo mis puños el fuerte crujido de sus membranas. Trituré, con rabia implacable, su cabeza, que exhaló, por última vez, el ronco estertor.

Entonces busqué en la tiniebla la boca del perro y puse en ella la horrible presa. Y oí, aun inmovilizado en el fúnebre antro, el hórrido crujir espeluznante de las mandíbulas de *Bravone!* despedazando la peluda alimaña, que exhalaba, más que antes, su nauseabundo *olor cada-*

vérico.

Abandoné a tientas las siniestras habitaciones, seguido del perro. En el corredor pude advertir que de mi cuello manaba un hilo de sangre. Una debilidad mortal invadía mis miembros. Ya arrastrándome por el suelo, o deteniéndome en las paredes, llegué a mi cuarto, y, desmayado, caí de bruces sobre la alfombra.

LXIV

Extraños rumores despertáronme un instante, mucho tiempo después. Ruidos de pasos y de sollozos en la habitación inmediata, cerrar de puertas, voces lejanas. Cerca de mí, al fulgor de una lámpara, vi pasar algunas sombras, como fantasmas.

Luego mi ser hundióse de nuevo en la nada. Sueños informes, de una insondable vaguedad quimérica, cruzaron por mi fantasía, presa del vértigo. Actos y emociones de mi vida mezcláronse tenebrosamente. Viajé por un árido sendero sin horizonte, por una comarca de fría blancura, en pos de una huella de sangre. Moribundo de sed y de fatiga, arrastréme sobre una senda de mandrágoras, en un obscuro día boreal, bajo el vuelo de las nubes indiferentes. Ascendí por enormes escarpes negros, bordeando en la penumbra espantables abismos; y las gotas purpúreas extendíanse hacia adelante, eterna y dolorosamente. Alas húmedas y pestilenciales azotábanme el rostro: alas invisibles y pavorosas que surgían de los remotos ámbitos.

Perdíame después en un bosque de ondulantes enredaderas y de nudosos árboles sin hojas cubiertos de parásitas horribles. Los bejucos, a mi paso, trenzábanse en macabros hacinamientos de víboras; y las plantas volvíanse enormes arañas y escorpiones de agudas tenazas. Mil monstruosas formas torturábanme sin piedad.

En uno de aquellos nemorosos mundos fantásticos,

en una región ignota de hielo y de silencio, vi, durante un segundo, una virgen angélica, envuelta en una blancura espectral, con el cuello rodeado por un collar de gotas de sangre.

Pasaron muchas horas. A veces un rápido relámpago disipaba mi densa bruma cerebral. Con los ojos entreabiertos examinaba el cuarto, procurando reconocer las personas que me atendían y darme cuenta de mi estado.

Ahora reinaba un silencio absoluto: ni de cerca, ni de lejos, venía el más leve rumor.

La claridad del día entraba en el aposento, a través de los cortinajes. Dos veces intenté hablar; pero los sonidos extinguíanse en mi garganta, sin llegar a mi boca. ¡Estaba mudo!

Permanecí largas horas con la razón relampagueando fugazmente en mi negra locura; hundiéndome y surgiendo de los abismos brumosos de la fiebre. Poco a poco mis oídos volviéronse tan sutiles que llegué a percibir hasta los más débiles rumores. El sueño torturante huyó de mí, y aunque inmovilizado por una extenuación suprema, y con los ardientes ojos cubiertos por los párpados de plomo, pude comprender que volvía a la vida, oyendo algunas palabras de los que me rodeaban y escuchando el sonar de las horas en un reloj lejano. Era una sutilidad increíble en el profundo caos de mi cerebro, en el que no existía el recuerdo.

Sumergíme, poco a poco, en un vago marasmo, del que me despertó el doblar de las campanas de varias iglesias.

Oí, entonces, distintamente, este breve diálogo a media voz, junto a mi lecho:

—Es la hora del entierro del Padre —dijo una de las

voces extrañas—. ¿Averiguaste cómo fue su muerte?

—Sí. Llegó un telegrama para el párroco. En él se le comunica que anoche, a las doce, en la Alta Verapaz, murió estrangulado el Padre Félix.

¿Qué sentí al escuchar estas frases? ¿Cómo es posible explicar todas las amargas sensaciones que surgieron en mi ser oyendo tales palabras?

Mi memoria se iluminó un instante, y *recordé*. Y al recordar volví a caer en las tinieblas.

Abrí los ojos en el gran silencio de la noche. Una débil claridad difundíase confusamente por la estancia. Mi madre dormitaba en un sillón, a mi cabecera; y al verla en aquel lugar, una idea negra y horrible se apoderó de mí.

Incorporéme en un portentoso impulso y me vestí rápidamente; y sin hacer el ruido más leve salí del cuarto y atravesé el corredor.

Avancé como un autómata, considerándome un espectro surgido del sepulcro. El espíritu arrastraba al cuerpo miserable, detenido en el umbral de la Sombra.

En mi cabeza sólo resplandecía un recuerdo, una imagen; y un nombre, un solo nombre en la Eternidad de mi angustia, vibraba en mi corazón a cada latido.

Al penetrar en el oratorio quedéme paralizado.

Sobre un túmulo blanco, cubierto de rosas blancas, entre cuatro enormes blandones, la vi muerta. Un bucle negro caíale sobre el rostro palidísimo. En la nieve del cuello desnudo brillaba una ligera mancha de sangre.

—¡Luz! —grité, con el alma loca, lanzada fuera de los

horizontes de la vida, por un trágico soplo supraterrestre.

Y rodé, fulminado, sobre el pavimento.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Litografía López, S. de R. L.
en el mes de agosto del 2005,
su edición consta de 1,000 ejemplares.



He aquí la novela romántica, con un toque. de misterio, del gran patriota e intelectual hondureño, Froylán Turcios. La obra tiene como escenario la ciudad de Antigua, en la República de Guatemala, donde el autor pasó algunos años intensos.. Fue escrita y publicada por primer vez durante el año 1910. Su tema principal es la descripción del intenso amor surgido entre dos jóvenes de quince años, Rogerio y Luz, cuyo final es una tragedia en la que intervienen, más que la maldad de los hombres, los hados misteriosos. Sin embargo, el relato de este romance juvenil es aprovechado por el autor para expresar opiniones profundas sobre la poesía, el amor, la muerte, la vida y muchos problemas más de los que siempre inquietan al hombre. Turcios nació en Juticalpa, Olancho, el 7 de octubre de 1875 y murió en San José de Costa Rica el 19 de noviembre de 1943. Entre sus principales obras se encuentran las siguientes: "Mariposas" (1895), "Hojas de otoño" (1905), "El Vampiro" (1910), "Tierra maternal" (1911), "Floresta sonora" (1915), "Cuentos del amor y de la muerte" (1930) y "Flores de almendro" (1931).